

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-IZTAPALAPA**

MAESTRÍA DE HISTORIA

DIRECTOR DE TESIS: MTRO. DANIEL TOLEDO BELTRÁN

***LOCALIDADES QUE ASUMEN LOS CAMBIOS  
Y NO MUEREN EN EL INTENTO:  
MICROHISTORIA DE TEPEHUASTILÁN, 1900-2000***

HILDEBRANDO JAIMES ACUÑA

---

**UAM-IZTAPALAPA**

***LOCALIDADES QUE ASUMEN LOS CAMBIOS  
Y NO MUEREN EN EL INTENTO:  
MICROHISTORIA DE TEPEHUASTILÁN, 1900-2000***

**Hildebrando Jaimes Acuña**

---

## Índice

Reconocimientos y aclaración: 3

Presentación: 4

Introducción: 5

- Cap. 1. Distribución de la propiedad de la tierra y estabilización de la vida en comunidad: Tepehuastitlán, 1900–1940: 34
- 1.1. Definición poblacional y territorial de la cuadrilla: 35
    - 1.1.1. La geografía física y humana de Tepehuastitlán: 36
    - 1.1.2. La huella indígena, la migración mestiza y propiedad de la tierra: 39
    - 1.1.3. Cada quien su cerro: 54
    - 1.1.4. La fundación de la iglesia: 62
  - 1.2. La cultura del maíz: 65
    - 1.2.1. La agricultura de subsistencia: 66
    - 1.2.2. Tepehuastitlán, Chapuluapan y Amatepec: las redes del intercambio: 78
    - 1.2.3. La cultura del maíz: 84
    - 1.2.4. El frijol de milpa: 90
    - 1.2.5. La familia y la tierra: 94
  - 1.3. La educación en Tepehuastitlán: 105
  - 1.4. Del crimen como disruptor del orden comunitario: 109
    - 1.4.1. El alcohol y las pasiones: 109
    - 1.4.2. Las ocasiones del crimen: 110
    - 1.4.3. Las noches y los días: 115
  - 1.5. El equilibrio de la economía maicera: 117
- Cap. 2. Los primeros emigrantes: Tepehuastitlán, 1941–1980: 120
- 2.1. Los caminos del éxodo: Tepehuastitlán, 1941–1960: 121
    - 2.1.1. Los caminos reales: 123
    - 2.1.2. La fascinación de la ciudad: 125
    - 2.1.3. Los vínculos familiares y de paisanaje como puertas a la ciudad: 127
    - 2.1.4. Los destinos del emigrante: 130
    - 2.1.5. Las reservas de Tepehuastitlán: 135
  - 2.2. La crisis: Tepehuastitlán, 1961–1980: 137
    - 2.2.1. El triunfo del ganado cebú: 145
    - 2.2.2. La seguridad que se aleja y la soledad que se acerca: 151
    - 2.2.3. Confinado en la cima, observa el espacioso llano: 157
- Cap. 3. Los nuevos emigrantes: Tepehuastitlán, 1981–2000: 162
- 3.1. Los nuevos emigrantes: 163
  - 3.2. La escasez de mano de obra: 167
  - 3.3. Los migrantes ganaciosos y las nuevas alianzas económicas y familiares: 175
- Conclusiones. Los habitantes de Tepehuastitlán asumen los cambios, se defienden de sus lobos y tratan de vivir pacíficamente su vida: 180
- Glosario: 186
- Bibliohemerografía: 188

## RECONOCIMIENTOS Y ACLARACIÓN

Este trabajo ha sido posible gracias a los testimonios, documentos y fotografías proporcionadas por las siguientes personas (pese al apellido, no todos son familiares): Constantina Acuña Palencia, Lao Jaimes, José López López, Filadelfo López López, Eduardo Jaimes Flores, Román Jaimes López, Juliana López López, Francisco Jaimes Acuña, Juan Tinoco, Adolfo Jaimes, Alejandra Macedo Campuzano, Carlos Rogerio Jaimes Acuña, Armando Silva Jaimes, Martha Jaimes Macedo, Lilia Jaimes Fajardo, Gumersindo Macedo,<sup>†</sup> Gerónimo Martínez, Ramón Jaimes Osorio, German Jaimes Osorio, y muchos más a quienes debo lo que sé sobre la vida en Tepehuastitlán. A todos ellos mi agradecimiento por su generosidad y su paciencia.

Asimismo, mi reconocimiento más sincero al Mtro. Daniel Toledo Beltrán por su eficaz asesoría y dirección en la estructuración y revisión final de este trabajo, que mucho ganó gracias a sus precisas observaciones. Agradezco también a la Hist. Adriana Mota López sus sugerencias al borrador inicial.

No está de más aclarar que la responsabilidad por la interpretación que he dado a la historia de esta localidad –con la que es posible que sus habitantes no estén muy de acuerdo– es íntegramente mía.

## PRESENTACIÓN

Esta es la historia de una localidad que se ha negado a desaparecer. Ha perdido buena parte de su fuerza de trabajo, ha cambiado su modo de vida y muchas de sus costumbres e, incluso, el grueso de la población se ha mudado a la vera de la carretera de terracería construida en 1982, pero se ha negado a desaparecer, y ello tiene su mérito.

Se trata de historiar cien años de la vida de Tepehuastitlán, una pequeña localidad mestiza del suroeste del Estado de México, casi en los límites con el de Guerrero. Su territorio es bastante accidentado y la agricultura que se practica es de temporal. Durante largo tiempo sus habitantes sobrevivieron gracias a esta actividad y a la cría de ganado vacuno en pequeña escala, pero la presión sobre la tierra y el aumento en los niveles de aspiración de las generaciones jóvenes ha determinado que esta tierra sea cuna de emigrantes. Últimamente, con la introducción de la carretera, la luz eléctrica y el teléfono, la comunidad se ha transformado aceleradamente y, si no nos rendimos a esa íntima tristeza reaccionaria propia de quienes observan los cambios en el campo desde la ciudad, tendríamos que decir que las mujeres y hombres de estos apartados rincones han sabido adaptarse a los cambios e, incluso, aprovecharse de ellos, que es lo más que se nos puede pedir a cualquiera de nosotros actualmente.

Son precisamente aquellos elementos que les han permitido sortear los embates del exterior y mantenerse los que me interesa historiar, así como las circunstancias que han rodeado su desarrollo a lo largo de un siglo.

## INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, don Luis González y González describía los terruños o matrias como espacios en peligro de desaparecer:

Los terruños, parroquias o municipios, según lo veo a partir de mi patria chica o patria, son espacios geosociales que tienden a perder en estos tiempos de comunicaciones masivas y transportes rapidísimos, su ser en plenitud, que quizá desaparezcan en los próximos años, pero que todavía imprimen su marca a la mayoría de los mexicanos actuales, principalmente a los millones de mexicanos que han sufrido el doble destierro de su patria y de su patria, de su terruño y de su nación, como los que trabajan en tierras estadounidenses.<sup>1</sup>

Se trata de una reflexión circunstancial, como él mismo señala, pero cabe preguntarse si podría generalizarse a la enorme variedad de terruños que sobreviven en este país. Habría que preguntarse, sobre todo, a qué nos referimos cuando al hablar de las pequeñas localidades decimos que están en peligro de “perder su ser en plenitud” o, simple y llanamente, de desaparecer.

Por supuesto, aquí no se trata de discutir con don Luis acerca de lo certero o fallido de sus apreciaciones, al fin y al cabo su obra puede responder adecuadamente a todas las preguntas que pudiéramos hacerle en ese sentido. Es sencillamente una cierta inquietud intelectual lo que nos lleva a iniciar un estudio sobre otra de esas pequeñas localidades y a matizar un tanto aquellas afirmaciones. Porque hablar de espacios geosociales que tienden a perder su ser en plenitud es casi tanto como afirmar que surgieron completamente desarrollados de un momento para otro en la

---

<sup>1</sup> Luis González y González, “Terruño, microhistoria y ciencias sociales”, en Pedro Pérez Herrero (comp.), *Región e historia en México (1700-1850). Métodos de análisis regional*, México, Instituto Mora-UAM, 1991, p. 24.

historia, como conejos del sombrero de un mago, olvidando que el estado que guarda una comunidad en un momento dado de su devenir es el resultado de una serie variable de factores internos y externos, que cristalizan en la forma particular que observamos cuando nos acercamos a ella. Por lo tanto, no se trataría tanto de que hayan permanecido idénticas a sí mismas hasta que el choque con la modernidad destruyó esa plenitud de la que gozaban, sino que tal vez lo que deberíamos intentar es descubrir el grado de eficacia con que han sido capaces de transformarse para asimilar o resolver los desafíos planteados por el choque con un mundo regido cada vez más por la ley de la oferta y la demanda.

El hecho es, precisamente, que no han desaparecido; pueden haberse modificado sus patrones culturales, la introducción de vías de comunicación puede haber abierto nuevas posibilidades de ganarse la vida para algunos de sus miembros e, incluso, el cultivo de la tierra podría haber dejado de ser la fuente principal de subsistencia, pero eso no necesariamente significa que estén en vías de desaparecer.

Lo que verdaderamente resulta digno de destacarse es su capacidad para adaptarse –con mayor o menor fortuna– a modalidades económicas y culturales que hasta hace poco les eran relativamente ajenas, hasta llegar, en algunos casos, a insertarse ventajosamente en algunas de las nuevas actividades abiertas a la participación de sus miembros.

Las tradiciones de los mayores siguen pesando en las decisiones vitales de la mayoría, pero no tanto como para impedirles desprenderse de aquellas que entran en franca contradicción con las nuevas condiciones económicas derivadas de su integración a centros mayores. La defensa a ultranza de ciertos modos de vida

comunitarios parecería ser más una preocupación de los observadores externos que de la comunidad misma. El imperativo principal sigue siendo el de sobrevivir, y a ello se aplican, aunque en el camino deban dejar actitudes y comportamientos que en otro tiempo pudieron ser adecuados o valiosos, pero que ya parecen haber dejado de serlo.

No se trata de exhibir la expansión del capitalismo a estas comunidades agrarias como de una forma económica que acabará por destruirlas sino, en todo caso, analizar las transformaciones que la misma opera en la interacción de las personas entre ellas mismas y con su entorno.

Es posible que aquélla lleve a formas indeseables de explotación del medio ambiente o a conductas que nos parezcan vejatorias de la dignidad humana, pero el hecho es que muchas de estas localidades no parecen muy decididas a rechazar las nuevas condiciones económicas y sociales a favor de las antiguas sólo porque éstas son eso: antiguas. Parecen decididas a sobrevivir, y hasta ahora parecen estarlo logrando. Esto es lo importante y lo que habría que explicar: algunas pequeñas localidades –como las del municipio del Estado de México que me propongo estudiar– han conseguido sobrevivir pese a que las transformaciones que han enfrentado parecían ser demasiado importantes como para ser superadas. Tal vez lo han hecho en inferioridad de condiciones y su inserción en el mercado de trabajo nacional e internacional las ha vuelto más dependientes, pero lo relevante es esa capacidad de respuesta y la manera en que están sorteando el problema de su sobrevivencia.

## **Actualidad del problema**

Si hace cuarenta años el porcentaje de población urbanizada en el país era de sólo 30 ó 40% con respecto a la población del campo, actualmente esa relación parece haberse invertido; los censos muestran que en los últimos años la población urbana ya representa el 70% del total, y sigue creciendo.

El traspaso de riqueza del campo a la ciudad parece ser enorme y el aparente colapso del primero es un tema que se debate una y otra vez en los foros públicos nacionales. Por lo tanto, tal vez no resulte ocioso volver los ojos hacia municipios como Amatepec y, dentro de éste, hacia algunas de sus localidades cuya situación geográfica en el suroeste del Estado de México las había mantenido en una situación de incomunicación relativa con los centros económicos más importantes de la región (las ciudades de Toluca y México), dentro de cuya corona regional de hecho están ubicadas.

Esta situación empieza a cambiar a partir de la segunda mitad de este siglo, cuando las vías de comunicación empezaron a extenderse cada vez más por la región, lo que trajo como consecuencias una mayor integración a los centros económicos regionales y una intensificación de las corrientes migratorias hacia las ciudades, las cuales empezaban a registrar un crecimiento acelerado y podían absorber todavía sin mayores dificultades la mano de obra llegada del campo.

Son sobre todo estas dos situaciones, así como los fenómenos que traen aparejados, las que afectan la vida de comunidades como aquellas a las que me voy a referir, obligándolas a efectuar cambios drásticos en su modo de vida en el espacio de unas cuantas décadas. Es el estudio de los cambios registrados en una de estas

pequeñas localidades el propósito de este trabajo, lo que tal vez aporte un elemento más a la comprensión de la manera en que el campo está respondiendo a los cambios que con los diversos tratados de libre comercio que se han ido firmando y la llamada globalización de los mercados empiezan a registrarse en el país.

### **Definición del objeto de estudio, actores sociales y delimitación temporal**

En una conferencia pronunciada en mayo de 1984 en la Universidad de California en San Diego, Luis González y González afirmaba que el objeto de estudio de la microhistoria, o historia parroquial, eran los terruños, parroquias o municipios. Señalaba que en México los municipios miden entre 500 y 1000 kilómetros cuadrados, y que su población raramente sobrepasaba los veinte mil habitantes. Distinguía así la microhistoria de la historia regional, cuya unidad de análisis puede llegar a ser hasta diez veces más grande y en cuya definición resultan particularmente importantes los lazos económicos entre una ciudad mercado, núcleo de la región, y su zona de influencia.<sup>2</sup>

El municipio de Amatepec, uno de los 122 con que cuenta el Estado de México, se ajusta bien a los límites establecidos por aquel autor para los estudios microhistóricos: tiene una extensión de 517.62 km<sup>2</sup> y una población de 28 807 habitantes, según el *Conteo de Población y Vivienda* de 1995.<sup>3</sup> Sin embargo, plantear una microhistoria de este municipio implicaría centrar el estudio en el

---

<sup>2</sup> Luis González y González, *op. cit.*, p. 23 y ss.

<sup>3</sup> *Conteo de Población y Vivienda 1995. Resultados definitivos tabulados básicos. Estado de México*, tomo I, México, INEGI, 1995, p. 302.

pueblo de Amatepec, cabecera del municipio, y en otros tres o cuatro núcleos importantes de población, relativamente hablando, dentro del mismo. Diversas circunstancias me han disuadido de ello.

### *Al borde del abismo*

Por una parte, el pueblo de Amatepec es el centro político del municipio, pero no el centro económico, posición que perdió desde hace una treintena de años en favor de lugares como Palmar Chico, situado mil metros sobre el nivel del mar más abajo que la cabecera, en uno de los escasos valles que se pueden encontrar por estos lugares, y casi con el doble de población, y por la competencia comercial de poblaciones vecinas como Tejupilco, cabecera del municipio vecino.

En este desplazamiento han influido varios factores. Hasta la séptima década de este siglo, el pueblo de Amatepec –y el de San Miguel, en menor medida– fungió como centro económico de la mayor parte de las localidades y rancherías del municipio. La situación empezó a cambiar a favor de los pueblos de los valles ubicados al occidente de Amatepec, y de manera particular a favor de Tejupilco (cabecera del municipio vecino), debido sobre todo a la desfavorable ubicación geográfica del pueblo de Amatepec en la cima de una montaña –en la que ya no hay para dónde hacerse– y a la ampliación de la red carretera que, partiendo de Toluca, se extendió hacia el interior del municipio, haciendo que los pequeños asentamientos y rancherías tuvieran un acceso más fácil y rápido hacia poblaciones con una situación geográfica más favorable para el flujo de personas y mercancías. Y es que, como observaba Fernando

Benítez en 1975, el pueblo de Amatepec, situado en la cresta de una montaña, a mil ochocientos metros sobre el nivel del mar, “tiene un kilómetro de extensión y una anchura máxima de cien metros, y así se quedará por los siglos de los siglos sin avanzar un milímetro, pues donde terminan las casas se inician abruptamente los abismos”.<sup>4</sup>

La dispersión demográfica en el municipio fue otra de las circunstancias que me disuadieron: el 76% de la población (21 945 habitantes) vive en localidades de menos de quinientos habitantes; el resto se concentra en cinco pueblos, de los cuales sólo dos rebasan el millar de personas. Esto significa que, si nos ponemos exigentes, el índice de urbanización del municipio difícilmente llega al 24%, y que tomar como unidad de análisis alguno de los pueblos más importantes sería poco representativo de la municipalidad en su conjunto.

### *La historia localista*

Lo que me propongo, entonces, es explorar el modo de enfrentar la vida de un microcosmos todavía más pequeño que aquel que Luis González señalaba como objeto de estudio de la microhistoria tal como él la preconiza: si ésta ha elegido como tema las comunidades mayores de un municipio, tocando sólo tangencialmente las rancherías, último microcosmos de la vida en comunidad, aquí me dedicaré a estudiar la historia de una de estas pequeñas poblaciones, sin dejar de lado las relaciones sociales, políticas y económicas establecidas con las localidades vecinas y con los

---

<sup>4</sup> Fernando Benítez, *Viaje al centro de México*, México, FCE, 1975, p. 215.

centros mayores, las cuales en alguna medida la han condicionado o marcado en su tránsito por el tiempo.

Hacer esto tal vez disperse al máximo los estudios microhistóricos, ya que si partimos del supuesto de que es la suma de los estudios regionales lo que nos dará una imagen más precisa del ente nacional, tal vez no terminemos nunca de conocernos bien, pero, como mencionábamos antes, la justificación de esta investigación podría encontrarse en el rescate de la manera en que localidades pertenecientes a una región como ésta han logrado sobrevivir dentro de un entorno más o menos desfavorable, bien conservando o desechando algunas de sus prácticas o tradiciones, bien adoptando otras, todo lo cual nos llevará quizás a integrar un elemento más en el rompecabezas de nuestra realidad regional y nacional.

### *Tepehuastitlán*

Hay que agregar, finalmente, que la localidad elegida y su gente no me es ajena, pues nací ahí, y si bien esto podría teñir de una excesiva parcialidad mi estudio, también es cierto que podría facilitararlo por el conocimiento directo que tengo de la misma.

Posiblemente no sea esta la mejor razón para elegir a Tepehuastitlán como representativo de las localidades de menos de quinientos habitantes del municipio o de la región, ni de aquel “sur, pobre y montañoso” al que se refiere Angel Bassols en uno de sus ensayos,<sup>5</sup> pero también es posible que la historia de esta minúscula

---

<sup>5</sup> Angel Bassols Batalla, “Las dimensiones regionales del México contemporáneo”, en Carlos Martínez Assad (coord.), *Balance y perspectivas de los estudios regionales en México*, México, UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 1990, p. 118.

población proporcione alguna clave para la comprensión de otras tan ignoradas como ella y que también han resistido el embate de los tiempos y las “modernidades”.

### **La periodización**

Hay que agregar que la periodización elegida es casi totalmente arbitraria, si no fuera porque obedece a criterios de disponibilidad de información demográfica y a la sucesión de los cambios y transformaciones que han dado forma a la localidad.

El primer periodo va de 1900 –que es cuando se empiezan a tener noticias ciertas sobre la población que después dará fundamento a la creación de la cuadrilla objeto de estudio– a 1940, periodo en que se estructura la propiedad de la tierra en Tepehuastitlán y se configura la cuadrilla. El siguiente periodo va de 1941 a 1980, por las mismas razones de cuantificación demográfica, pero tomando ya en cuenta el inicio de la emigración a la ciudad de México, así como la sustitución de semillas y el abandono de antiguas técnicas de cultivo; el último periodo va de 1981 al año 2000, periodo en el que se han registrado los mayores cambios en la vida de la localidad.

De lo anterior se podrá deducir fácilmente que el criterio rector para establecer esta periodización ha sido el de tomar como punto de referencia la generación que ha debido enfrentar dichos cambios, estableciendo a partir de ella las que le sucedieron en la conducción de la comunidad.

## Objetivos

Podríamos decir, entonces, que el objetivo general consiste en averiguar el papel que han jugado la geografía, los fenómenos migratorios y la ampliación de la red carretera en los cambios económicos y sociales sufridos por Tepehuastitlán y otras localidades de los alrededores, particularmente durante los últimos veinte años, periodo en el que aquéllos se han agudizado.

Y nos proponemos averiguar el papel de la geografía porque en principio podemos suponer que fue lo accidentado del terreno, y lo costoso que por ello resultaba la construcción de carreteras hasta estas localidades, lo que las mantuvo en una relativa incomunicación hasta bien entrado el siglo XX y, hasta cierto punto, arraigó en ellas a sus habitantes.

Nos proponemos también indagar el papel de la red carretera y de los fenómenos migratorios porque la ampliación cada vez mayor de las vías de comunicación hacia estos lugares a partir de la década de 1950 fue lo que posibilitó que los habitantes de estos pequeños poblados entraran en contacto cada vez más estrecho con el medio urbano de las ciudades de Toluca y México, propiciando de manera cada vez más intensa la migración hacia ellas –de los varones, primero, y de familias completas después– en busca de una vida con menos sinsabores y mayores oportunidades económicas que las que una agricultura de autoconsumo podía ofrecer.

Aquí cabría una breve digresión: la vida en el campo no siempre es tan placentera y benigna como cierta tradición literaria haría creer;<sup>6</sup> las relativas facilidades ofrecidas por la vida citadina para la

---

<sup>6</sup> En la literatura y en el cine de los años cuarenta la nostalgia de la provincia como sede privilegiada de lo sano, de lo fuerte y de lo puro se da en oposición a lo artificial y vano de la ciudad: “Por otra parte Adolfo estaba bajo la influencia abrumadora que imponen las grandes urbes a los jóvenes. Y así como no podría

diversión y para encontrar trabajos más descansados que los del campo representaron muchas veces tentaciones difíciles de resistir por los campesinos que entraron en contacto con ella, o incluso que supieron de la misma por referencias de quienes se habían atrevido a traspasar las fronteras del terruño: el efecto demostrativo que la ropa nueva y los novedosos aparatos que los tráfugas traían de vuelta a la comunidad, ejercieron poderosos influjos en muchos de ellos.

Es en la interrelación de estos factores –además de los sociales y culturales, que no se mencionan en este espacio, pero que serán referidos a lo largo del texto– que puede explicarse el cambio aparentemente tan drástico que se ha operado en la fisonomía de Tepehuastitlán y de las rancherías vecinas en los últimos tiempos.

Actualmente todas estas pequeñas localidades están comunicadas entre sí por carreteras de terracería, mientras que con la cabecera municipal y los centros mayores lo hace a través de la carretera federal No. 134, la cual pasa por la cercana ciudad de Tejupilco rumbo a la Tierra Caliente de Guerrero y Michoacán. Algunos de los habitantes con mayores recursos incluso han construido brechas hacia sus terrenos y potreros, pues una buena parte de la superficie que antes se destinaba a tierra de labor ha sido sembrada con pasto forrajero.

Por su parte, la introducción de la luz eléctrica y del teléfono inalámbrico ha provocado que todos los que pueden hacerlo adquieran refrigeradores, televisores y otros utensilios domésticos

---

comprender, por ejemplo, que en cualquier charquito de agua donde se agitan millones de seres luminosos y juntos se bañan con las estrellas pudiese haber un contenido de belleza tan grande como en un poema de Goethe, en una sonata de Beethoven, tampoco podría preferir el ébano macizo y criollo de Margarita la única, al maquillaje de una Yolanda, tipo *standard* y en serie de beldades neoyorquinas”, Mariano Azuela, *Avanzada*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 [1940], Obras Completas, tomo I, pp. 974-975. Esta nostalgia se correspondía con la transformación de una sociedad rural en una urbana, que ya se iniciaba.

antes inimaginables, y que se comuniquen entre ellos de una manera mucho más fluida y expedita que antes, cuando los mensajes (escritos u orales) se transmitían usando los servicios de las personas que viajaban al lugar en que residía el destinatario en cuestión.

Podemos afirmar que los lugareños no le han hecho el feo a ningún aparato o máquina que facilite su vida o su labor diaria, incluyendo entre ellas a las nefastas motosierras con que algunos tumban ahora los árboles de valor en el mercado local, mientras que antes el grosor o la dureza de un árbol podían haber desalentado los impulsos de derribarlo valiéndose sólo de hachas.

Además, ha cambiado la manera de cultivar la tierra destinada a la agricultura: si antes se utilizaba el arado en todas las tierras aptas para la labranza utilizando tracción animal, ahora no se utiliza más que una variante de la tradicional coa indígena, pero no porque estos campesinos deseen reivindicar explícitamente los usos y costumbres de sus antepasados, sino porque parecen haber concluido que empleando esta técnica se reducen sensiblemente las posibilidades de erosionar el empobrecido y delgado manto fértil de las empinadas laderas y de los muy escasos valles de la región. Vale la pena señalar que, según la etimología que los interesados en el tema han preferido creer, Tepehuastitlán significa “lugar de los dueños de los cerros”, definición que se ajusta muy bien al carácter fisiográfico de estos parajes.

La imagen ocupará un lugar importante en esta historia, y no sólo como ilustración de lo narrado; la intención es que exprese a la comunidad de manera complementaria al texto, pero no subordinada a éste, o por lo menos no totalmente: en un estudio que pretende

incorporar una cierta perspectiva antropológica sería imperdonable omitir los recursos visuales.

Cabe decir, por último, que aunque este estudio no se ha planeado como una colección de biografías, puede haber partes que produzcan precisamente esa impresión; ello se debe a lo escaso del elemento humano en Tepehuastitlán: todos los que actualmente viven ahí cabrían en dos de los autobuses articulados de la ex Ruta 100.

### **Antecedentes históricos**

Hasta principios de la década de los cincuenta,<sup>7</sup> cuando la única carretera cercana a Tepehuastitlán era la que, viniendo de la ciudad de México y pasando por Toluca, llegaba hasta Ciudad Altamirano, en el estado de Guerrero, los habitantes de muchos de los pequeños pueblos y rancherías del occidente de Amatepec, como Chapuluapan, El Salitre y Tepehuastitlán, tenían que acudir a la cabecera municipal a realizar la compra de todos aquellos artículos que necesitaban para vivir y que no podían producir ellos mismos, pues caminar hasta la carretera, teniendo que cruzar antes dos ríos de regular anchura, les hubiera llevado casi medio día, aparte de que sólo en ciertos días y a determinadas horas podían tomar el camión que los llevaba hasta Tejupilco. El trayecto hasta la lejana ciudad de Toluca, y a la aún más lejana ciudad de México, consumía varios días, y sólo se hacía cuando era absolutamente necesario. Eran

---

<sup>7</sup> Aunque ya estamos instalados en el siglo XXI, parece que no ha perdido validez esta forma de referirse a décadas específicas del siglo pasado como si pertenecieran al siglo que corre, así que en lo que sigue haré uso de esta licencia, aclarando de una vez que me refiero a las décadas del siglo XX.

pocos los hombres que se aventuraban a emigrar fuera del pueblo, y menos todavía aquellos que lo hacían con toda la familia.

Las cosas empezaron a cambiar cuando a fines de los cincuenta se inauguró la carretera que unía a Amatepec con Tejupilco, Temascaltepec y Toluca. A partir de entonces, los poblados del interior del municipio parecen haber dejado de crecer; de hecho, los censos muestran que en las últimas décadas casi todas estas pequeñas localidades mantienen un nivel de población muy similar al que tenían en el primer tercio de siglo, y algunas incluso un nivel más bajo. Este fenómeno es visible, sobre todo, en aquellas que se ubican en la zona más montañosa y accidentada del municipio, pues las que se hallan situadas en los valles de Amatepec han experimentado un crecimiento tanto poblacional como económico.

Paralelamente a estos fenómenos, se han registrado otros como el abandono de los animales de tiro para cultivar los campos y el cambio en los usos del suelo, pues tierras que por generaciones habían sido destinadas al cultivo agrícola, actualmente son utilizadas para cultivos más rentables, relativamente hablando, como el del pasto forrajero, que se siembra en los potreros para después rentar éstos a ganaderos de la localidad o del vecino estado de Guerrero, quienes los utilizan para guardar y alimentar ganado vacuno.

Habría que decir que estos cambios se vinculan con otros fenómenos experimentados no sólo en el nivel municipal, sino, también en el nivel estatal e incluso en el nacional. Uno de estos últimos es el precio del maíz en el mercado, pues si muchos propietarios podían destinar antes todas sus tierras a este cultivo con el fin de vender sus excedentes y hacerse de algún dinero, algunos prefieren ahora sembrar sólo la superficie necesaria para su propio consumo durante el año, destinando el resto a cultivos como

el ya mencionado del pasto, cuya producción les resulta más rentable.

### **Hipótesis**

La hipótesis que guía este trabajo no es estrictamente novedosa, aunque podría resultar valiosa como indicativa de algo que viene sucediendo hace ya largo tiempo en muchas de las pequeñas localidades de la región: la emigración que se ha venido registrando en Tepehuastitlán en las últimas décadas hacia los centros urbanos, facilitada por la apertura de nuevas vías de comunicación, ha provocado rupturas en el relevo generacional de esta “cuadrilla”,<sup>8</sup> induciendo cambios tanto en el uso del suelo y en las técnicas de cultivo, como en las relaciones económicas –internas y externas– de sus habitantes.

Los primeros se refieren, como ya decíamos, al desplazamiento parcial de los cultivos tradicionales en favor de cultivos económicamente más rentables, como el del pasto forrajero. Esto ha sido posible porque muchos de los lugareños ya no dependen como antes de la agricultura como único medio de subsistencia; muchos de los propietarios de terrenos y potreros derivan parte de sus ingresos de labores realizadas fuera de la comunidad, ya sea en la ciudad de Toluca o en la de México, mientras que la mayor parte de los ingresos de otras familias provienen de las remesas de dinero enviadas por sus parientes que se han ido a trabajar a los Estados Unidos.

---

<sup>8</sup> Así se le llama a un conjunto de casas con la disposición y dimensiones de Tepehuastitlán.

Por lo que respecta a los cambios en las técnicas de cultivo, nos referimos principalmente al abandono del arado y de la tracción animal para la labranza de las tierras, técnica que en terrenos con pendientes tan pronunciadas y suelos tan empobrecidos como los de esta región, lo único que propicia es el arrastre del manto fértil por las lluvias y la consiguiente erosión del suelo.

En cuanto a la mudanza experimentada en las relaciones económicas de la comunidad, tanto en las establecidas entre sus miembros como entre éstos y los elementos foráneos, habría que señalar que la contradicción surgida entre las tradicionales formas de intercambio y las nuevas formas monetarias se resuelve de modo cada vez más evidente en favor de las últimas, de suerte que el criterio de la rentabilidad es puesto en juego cada vez con mayor frecuencia cuando se trata de echar a andar algún negocio.

Por ejemplo, casi nadie piensa ahora en matar algún puerco o res para vender su carne en el pueblo, pues casi todos tratarían de comprarle al fiado; cuando algo así se hace debe sacarse la carne al mercado de Tejupilco. De esta contradicción resulta el curioso hecho de que cuando alguien del poblado desea comprar carne, forzosamente debe acudir a aquella ciudad, donde inevitablemente tendrá que pagar con efectivo, y a un precio más caro.

Es por cuestiones como ésta que los fenómenos a los que se dará mayor atención en esta investigación, como factores que han acelerado los procesos de cambio en comunidades como la estudiada, serán los de las características geográficas y usos del suelo, la configuración económica y cultural de la región a lo largo de la historia, los fenómenos migratorios y la extensión hacia estos lugares de la red carretera. Aunque podemos adelantar que la imagen general del proceso histórico por el que ha atravesado

Tepehuastitlán es la de una permanente adaptación –a veces vertiginosa– a las cambiantes condiciones del entorno económico y social, unas veces sustituyendo el tipo de ganado que criaban y las variedades de maíz que se cultivaban, otras eliminando prácticas nocivas de cultivo y volviendo a técnicas primitivas pero menos agresivas y, en fin, adoptando las nuevas condiciones del mercado en cuanto a mercado de trabajo y a las nuevas oportunidades de comercialización de bienes y apertura de nuevas fuentes de empleo que la extensión de la red carretera hasta la localidad ha propiciado.

La manera en que estas hipótesis, tanto la principal como las subordinadas, se ligan a lo largo de esta historia queda suficientemente representada por la distribución del trabajo, el cual se ha dividido en tres apartados que desarrollan en profundidad cada uno de los periodos históricos en que se ha decidido dividir los últimos cien años de Tepehuastitlán, incluidos los factores que explican su permanencia a lo largo del siglo. Los apartados son los siguientes:

*Distribución de la propiedad de la tierra y estabilización de la vida en comunidad: Tepehuastitlán, 1900-1940*

El periodo abarcado en este capítulo es uno de los más agitados y violentos en la historia del México independiente. Los ecos de la lucha revolucionaria llegaban débilmente a las montañas del suroeste del estado, y muchas veces aquélla fue tomada como pretexto por bandas de forajidos y asaltantes, que salieron bien provistos de sus correrías por estos desguarnecidos parajes. Los recuerdos que guarda la gente de esta época no son muy agradables.

En este capítulo se intenta rescatar el progresivo desplazamiento poblacional de la cabecera municipal hacia las cañadas y pequeños valles del sur y occidente del municipio, y en particular la creación de la cuadrilla de Tepehuastitlán en terrenos cedidos por don Carlos Jaimes, uno de los que para ese tiempo y lugar podríamos considerar como uno de los hombres más prominentes de aquellos paisajes cerriles por su riqueza en tierras y ganado, que no precisamente por dinero, difícil de conseguir por la débil integración de estas comunidades al mercado regional.

Fue en este tiempo cuando se inició la construcción de la iglesia del pueblo, a la que los lugareños bajaban desde su cerro cada que al sacerdote se le ocurría dejarse caer por esos lugares para decir misa y lanzar sobre las humilladas cabezas de sus feligreses encendidos sermones, en un inútil intento de rescatar para el Señor sus descarriadas almas.

Hay que decir que el patrón de asentamiento en estos lugares, tan disperso, se debe en buena medida a que los hijos casados (no las hijas, que se van a vivir donde su marido las lleva) construyen su casa en la vecindad de la de sus padres, regularmente dentro de los límites de la propiedad de éstos (se trata de una familia patrilocal), pues su herencia suele consistir –cuando los padres tienen suficiente para darla– en un pedazo de tierra y en alguno o algunos pies de cría con los que deberán formar su propia hacienda.

También se describe y analiza la vida económica de Tepehuastitlán y de la suerte de complementariedad establecida entre ésta y la vecina comunidad de Chapuluapan, situada a no más de tres kilómetros y poseedora de huertas donde se cultivaban naranjas, limas y limones, además de otras frutas y legumbres como

sandías, plátanos, guayabas, tomate, jitomate y chile, lo cual les otorgaba cierta autosuficiencia en cuanto a estos alimentos.

Chapuluapan (que en lengua náhuatl significa “río del chapulín”) está ubicado a las orillas de un río no muy caudaloso (llamado “barranca” por aquellos rumbos) pero suficiente para cubrir sus necesidades de agua para las huertas, ubicadas a las riberas del mismo y periódicamente cubiertas por las crecientes en época de lluvias. Este río es afluente del río San Felipe, y éste, a su vez, del río Balsas, en el estado de Guerrero.

El caso es que los pobladores de comunidades como Tepehuastitlán y Chapuluapan, pero también de San Martín y El Salitre, a lo único que tenían que subir hasta Amatepec era a comprar azúcar, café (cuando no había en Chapuluapan, pues también llegó a cultivarse, aunque sólo para consumo doméstico), petróleo (para los mecheros o “aparatos” con que se alumbraban en la noche), ropa confeccionada, reatas, silla de montar, cuera y espuelas para torturar a los caballos, así como también para hacerse de uno de los instrumento más preciados por el hombre que se quiere sentir más *ídem*: pistola y balas suficientes para disparar en las fiestas como señal de alegría, y también para, de vez en cuando, despachar a algún cristiano al otro mundo. Generalmente, los que subían hasta la cabecera eran los hombres; las mujeres, por su lado, esperaban pacientemente en su casa al “chante”, ese comerciante itinerante (de la etnia otomí, normalmente) que llegaba por los caminos reales desde el lejano norte del estado de México para mercar con las mujeres ollas y cazuelas, agujas y jabones de olor.

Si intentáramos describir de un solo trazo la vida de una de estas comunidades tendríamos que decir que las familias eran numerosas, patrilocales y patrilineales, en las que la mujer ocupaba una posición

social marcadamente inferior a la del hombre. Aun cuando las hijas recibían su parte de la herencia paterna, eran indiscutiblemente los varones los que llevaban la voz cantante.

Por otra parte, las actividades lucrativas nunca tuvieron que ver con la agricultura (excepto en el caso de la naranja, que se vendía a comerciantes llegados de Amatepec o Tejupilco, e incluso de la Tierra Caliente de Guerrero), sino con la cría de ganado porcino y vacuno.

El campo no siempre es el lugar apacible que ha imaginado la literatura; el alcohol, la mujer, la tierra, la pasión y los inesperados cambios de humor siguen rindiendo su cuota de muerte al cementerio, cuya ubicación en Tepehuastitlán, en lo más alto de un cerro, a la vista de todos y como recordándoles el riesgo que conllevan las armas y las relaciones peligrosas, no ha sido suficiente para desanimar a los hombres de esta tierra de darle un empujoncito al prójimo hacia el otro mundo cada vez que se presenta la ocasión.

Los días y las noches, los meses y los años en estos lomeríos transcurren con monotonía, regidos por el tiempo de aguas y de secas, que a su vez determinan el ritmo de las labores de preparación de las tierras, de la siembra y de la cosecha, únicamente alterado por inexplicables fenómenos meteóricos, el paso de un avión perdido en los cielos o los mil y un triviales accidentes que sirven para marcar los días de una comunidad que ve nacer, crecer, procrear y morir a sus miembros.

Una cosa hay que decir: la mujer pertenece a su casa, y dentro de ésta, a la cocina y a la recámara (o al equivalente de ésta en cualquiera de las casas de estas poblaciones); sólo sale de ella al río para lavar la ropa, a la iglesia para oír misa, y a las escasas fiestas del pueblo o de los alrededores, siempre bajo la vigilante mirada del

marido. La vida de éste, en cambio, transcurre casi por completo en el exterior, trabajando la tierra, acarreando leña o luciéndose en su caballo (cuando lo tiene) por los caminos.

La comida es parca, y principalmente se compone de tortillas, frijoles y salsa de chile, aunque tampoco faltan los huevos de vez en cuando y la carne de pollo para celebrar a las visitas, o de puerco (si lo hay, y si no, de chivo) para las celebraciones muy importantes, de esas que se celebran únicamente una vez al año. Fuera de las frutas naturales de estas tórridas tierras (nanches, guayabas, pinzanes, arrayanes, anonas, ilamas, mangos, guayabas y ciruelas), no hay gran cosa con qué halagar el paladar.

Aquí se muere de enfermedades lentamente incubadas y nunca atendidas, de accidentes fortuitos, de inesperados cambios de humor aflorados al calor del alcohol o de viejas rencillas y rencores, como en casi todas partes. Al muerto y a la muerta, se les llora, se les entierra en procesión, se le rezan novenarios y la vida se les descompone un poco más a los deudos. Se desconoce la terapia psicológica y, por lo tanto, la gente sale de pronto contando que fulano de tal se le apareció y le dijo esto; que menganita soñó a su hijo mayor, a su padre o a su marido muertos, y que le recomendaron tal cosa o encargo; así es como la gente se va acomodando a sus desgracias.

### *Los primeros emigrantes: Tepehuastitlán, 1941-1980*

En esta época, que tradicionalmente se suele identificar como la del inicio de la industrialización de México o del modelo de sustitución de importaciones, tanto el gobierno federal como el estatal deciden

ensanchar la infraestructura carretera, con lo cual se propicia la apertura de nuevos mercados para la industria y el flujo de mano de obra hacia las ciudades de Toluca y México, en el caso que nos ocupa.

En el transcurso de unas cuantas décadas, los caminos reales son sustituidos por carreteras –así sean de terracería y, por lo tanto, casi intransitables en tiempo de aguas– y los puntos de destino ya no son los pueblos de Amatepec y Tejupilco para comprar lo que no hay en Tepehuastitlán, Cahapuluapan o El Salitre, sino esas fantásticas ciudades en que abundan los cines, las mujeres guapas, la XEW, el tocadiscos y las cámaras fotográficas, todas ellas tentaciones irresistibles para los hombres y mujeres jóvenes que deciden probar suerte más allá del horizonte natal.

No obstante, siguen fuertemente ligados a la tierra de sus padres, y a la que ellas y ellos mismos pertenecen, y cada año retornan para la fiesta del día de muertos, o para las de fin de año en Tejupilco, Bejucos o Amatepec, pidiendo permiso en sus trabajos, o abandonándolo si no se los dan, que al fin y al cabo no es difícil (todavía) encontrar otro.

Muchos de ellos nunca se habituarán al trabajo metódico, reglamentado y monótono de la fábrica, e irán abandonando trabajos para regresar periódicamente a su tierra, hasta que de pronto se vuelva imposible encontrar otro y tengan que acudir a empleos marginales e irregulares para sobrevivir, como el de policía auxiliar (que en muchos casos no es sino un cuidador de coches), pero que, paradójicamente, será el que les permitirá mantener su posición de seres de dos mundos –del campo y la ciudad– debido al gran margen de acción que les permite.

Serán estos hombres que viven entre el campo y la ciudad, con sus camisas, pantalones y zapatos, con sus radios y tocadiscos, los que harán de mensajeros de la urbe para muchos otros, deseosos de ver con sus propios ojos aquello que sólo de oídas conocen.

Pero eso no sucede con todos. Los que ya tienen su vida hecha, los que desdeñan el canto de las sirenas y deciden quedarse en el pueblo porque vislumbran mayores beneficios quedándose que yéndose, se acomodan a la nueva situación y construyen su casa a la vera de la carretera construida en 1958, abandonando casi por completo la vieja cuadrilla de Tepehuastitlán.

Es a fines de este periodo cuando resulta visible el espectacular crecimiento del pueblo de Tejupilco, que muy pronto alcanza el rango de ciudad al rebasar los quince mil habitantes, efecto de la migración desde localidades como Chapuluapan, en las que la carretera no había podido ser introducida y donde la ausencia de hombres jóvenes había vuelto muy insegura la vida para los viejos, las mujeres y los niños que se habían quedado.

Sin embargo, debemos cuidarnos de condenar sin más esta migración continua del campo a la ciudad. A fin de cuentas, esta insatisfacción con el trabajo del campo manifestada por los que se van ha ayudado a liberar la presión sobre la tierra y los recursos en estos lugares; es gracias a los que migran al D.F., a Toluca o a los Estados Unidos que los que se quedan pueden vivir con lo que la tierra disponible les proporciona: es casi seguro que los limitados recursos de Tepehuastitlán no bastarían para alimentar a tantos hijos como ha dado.

## *Los nuevos emigrantes: Tepehuastitlán, 1981-2000*

Este periodo, que marca la terminación del sueño y el inicio de la pesadilla económica que vive actualmente México, es también la que marca casi el fin de la migración del campo a las ciudades mexicanas (ahora es, sobre todo, al extranjero; al norte rico desde el sur pobre).

Ahora ya no es solamente hacia la ciudad de México, sino hacia el sur y el oeste de los Estados Unidos. En Tejupilco viven polleros conocidos y localizados que se dedican a transportar periódicamente las remesas de jóvenes provenientes de Tepehuastitlán, Chapuluapan, El Salitre y decenas de localidades más, a los campos y ciudades de los Estados Unidos, necesitadas de mano de obra barata y dispuesta a hacer las labores que ni siquiera los negros aceptan de buen grado.

Aunque los efectos del fenómeno en Tepehuastitlán son visibles, no podemos decir que sean desastrosos; por lo menos no parece que así lo consideren los que se han quedado a vivir allí. Es cierto que no hay casi mano de obra, y que la que hay se ha encarecido enormemente, al grado de que –según el testimonio de algunos apesadumbrados agricultores– casi se tiene que rogarle a los peones para que acudan a escardar los terrenos, a sembrar o a cosechar, llegando a darse el insólito caso de que el salario sea mayor al que se paga en la Ciudad de México, aunque el trabajo es obviamente mucho más pesado.

La antigua cuadrilla ha sido casi abandonada. Las casas habitadas son las que quedaron ubicadas a los lados de la nueva carretera de terracería, y las que se han construido desde entonces buscan también su vecindad; aquellos que ni migraron ni quisieron cambiar

de ubicación su casa, pidieron o financiaron la construcción de alguna brecha hasta las puertas de la misma, con lo que sienten haber equilibrado ya la situación.

En general, la variedad de oficios se ha empobrecido: ya casi no hay quien fabrique adobe para las nuevas casas, ni ladrillo, y mucho menos teja. Debido a la ausencia de brazos jóvenes, las tierras de labor han visto disminuida su superficie, en algunos casos en favor de cultivos definitivamente más rentables que el del maíz, como el del pasto forrajero, el cual se vende a ganaderos de ahí mismo o de otras localidades.

El maíz se siembra sólo para el autoconsumo; para los gastos no previstos y para complementar la dieta se dispone de las remesas de los familiares que se han ido de “mojados” a los Estados Unidos, o del producto de otras actividades, como por ejemplo la transportación hasta Tejupilco o hasta Amatepec de la gente que en los días de plaza necesita trasladarse a aquellos lugares para hacer sus compras. Esta función la ejercen habitantes de la propia comunidad con alguna camioneta “chocolata” traída de sus viajes al país de las hamburguesas y los *hot dogs*, y casi siempre de manera irregular, por lo que algunos han recurrido a prácticas clientelares con partidos políticos como el PRD para evitar la acción de la policía de caminos.

En la última década por fin llegó la electricidad a Tepehuastitlán y a las comunidades vecinas, y con ella el refrigerador, la grabadora, la videograbadora, el estéreo, y la televisión, gracias a lo cual ahora los sorprendidos habitantes de estos cerros saben que son compatriotas de Lucero, Luis Miguel y Thalía y que México vive en crisis. En suma: la noche se ha retirado, se puede tomar cerveza fría y hay más temas de conversación.

Resumiendo, podríamos decir que Tepehuastitlán ha resistido los embates del tiempo y de las modernidades que han llegado a su suelo, y se ha dado maña para sortearlas; ha empezado a asomarse al mundo y nada parece indicar que se sienta derrotado de antemano. Al contrario, varios de los conflictos por la tierra y por los puestos políticos que se disputan a este nivel parecen tener su origen en el vehemente deseo por parte de sus pobladores de integrarse de manera mucho más ventajosa que sus vecinos al nuevo orden de cosas.

Debe quedar claro, por lo tanto, que no se trata de la idílica historia de unos buenos campesinos que se dan su maña para resistir por todos los medios a un sistema foráneo que amenaza su ingenuo, puro y sencillo sistema de vida, sino de la lucha de unas mujeres y hombres en su lucha por sobrevivir en un mundo que parece oponer cada vez mayores obstáculos a la vida de las personas. Hasta ahora, mal que bien, la gente de Tepehuastitlán parece decidida a continuar la batalla.

### **Fuentes y metodología**

Como sucede frecuentemente en el quehacer microhistórico, nos enfrentamos en el caso de Tepehuastitlán a la casi inexistencia de fuentes escritas de las que se pueda extraer información sobre los avatares del pueblo y las vicisitudes de sus fundadores, por lo que no nos extenderemos mucho sobre ello; baste decir que el archivo municipal de Amatepec, que tal vez hubiera servido para este

propósito, fue incendiado el 12 de abril de 1912<sup>9</sup> durante los desórdenes revolucionarios, lo cual reduce la disponibilidad de fuentes documentales. Para el período que va de 1921 a 1995<sup>10</sup> se echó mano de la información censal disponible, aunque la fuente principal de información fue indiscutiblemente la indagación oral que se realizó entre las mujeres y hombres memoriosos de Tepehuastitlán.

Las entrevistas y conversaciones en que se recabó la información fueron realizadas y grabadas siguiendo las recomendaciones metodológicas de Eugenia Meyer y Alicia Olivera de Bonfil,<sup>11</sup> aunque no siempre fueron dirigidas, sino abiertas. No se aceptó a ciegas lo dicho por los informantes, pero tampoco se dejó de creer cuando lo dicho por uno pudo ser confirmado por otros o por fuentes documentales. Se utilizó la descripción y la narración, pero no se dejó de lado la inducción, la comparación, y la síntesis cuando ello fue posible; se trató de evitar hacer extrapolaciones abusivas de conceptos como lucha de clases donde sólo había enfrentamiento de familias, pero se utilizaron todos aquellos que en el transcurso de la investigación resultaron necesarios. Por último, se trató de rastrear las permanencias o fenómenos de larga duración en la vida de esta pequeña sociedad, pero sin desdeñar los acontecimientos, fenómenos o personajes que a lo largo del tiempo parecen haber influido en la misma.

Cabe hacer una aclaración con respecto al concepto de larga duración. El uso que se le da en esta investigación no es

---

<sup>9</sup> Cf. "Amatepec", artículo escrito por alumnos y maestros de la Escuela Primaria Estatal 20 de Noviembre, en Margarita Loera (coord.), *Mi pueblo: su historia y sus tradiciones*, México, INAH, 1987, p. 165.

<sup>10</sup> Pese a que se han publicado cifras preliminares del XII Censo General de Población y Vivienda, no proporciona todavía datos a nivel de localidades, por lo que he tenido que usar las del Censo de 1995.

<sup>11</sup> Eugenia Meyer y Alicia Olivera de Bonfil, "La historia oral. Origen, metodología, desarrollo y perspectivas", en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. 21, No. 2 (82).

estrictamente el establecido por Braudel en sus obras clásicas, en las cuales el estudio se aplica de manera omnicomprendiva sobre todas aquellas realidades físicas que enmarcan la vida del hombre en sociedad, sino que se le utiliza de modo similar al descrito por Bernard Lepetit en un ensayo sobre la obra del historiador Denys Lombard.<sup>12</sup> El método seguido por éste consiste “en seguir una serie de hilos, desde el más antiguo pasado reconocible hasta la actualidad”; pero no todos los hilos de la historia, sino sólo los que juegan un papel en la sociedad humana tal como la encontramos hoy, lo cual excluye o deja de lado toda pretensión de historia anticuaria:

Se admitirá que se trata de una definición completamente particular de la historia regresiva. Denys Lombard no reconstruye los estados pasados de la sociedad javanesa. No estudia la génesis del sistema que ella constituye, sino la genealogía de sus elementos. Éstos no se comunican más que en un único punto, el presente, donde los múltiples relatos llegan en apariencia, pero de donde, de hecho, han sacado de antemano la justificación de su necesidad.<sup>13</sup>

Hay que agregar que se intenta estudiar y comprender esta comunidad como un todo específico,<sup>14</sup> por lo que los aspectos sociales, económicos y culturales tratan de ubicarse, en principio, en un contexto regional, no exclusivamente nacional (los acontecimientos que acostumbramos etiquetar como nacionales parecen haber tenido escasa repercusión en estos lugares, por lo menos hasta los años cincuenta de este siglo). Por ello mismo, la

---

<sup>12</sup> Bernard Lepetit, “La larga duración en la actualidad”, en Bernard Lepetit, *et al*, *Segundas Jornadas Braudelianas: Historia y Ciencias Sociales*, México, Instituto Mora, 1995, pp. 15-28.

<sup>13</sup> Bernard Lepetit, *op. cit.*, p. 21.

<sup>14</sup> Pablo Serrano Alvarez, “Análisis y perspectivas de los estudios históricos regionales mexicanos”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Históricas, 1993, p. 218 y ss.

periodización que se propone tiene que ver más con las generaciones que fundaron y han dirigido la vida de la comunidad desde entonces (y con la disponibilidad de información, por supuesto) que con los que acostumbramos llamar acontecimientos nacionales.

No obstante, es obvio que la dimensión nacional, e incluso la internacional, ha venido afectando con el tiempo cada vez de manera más acentuada la vida en esta microrregión, por lo que aquella limitación al ámbito regional será efectiva sobre todo para el principio de nuestra historia, no para el final, ya que de la anterior exposición debe haber quedado claro que muchos de los cambios sufridos por Tepehuastitlán y las comunidades vecinas tuvieron su origen en obras de infraestructura decididas desde la capital del estado de México y aún del propio gobierno federal. De hecho, al principio de cada capítulo se intentará dar una visión de la sociedad mexicana en el periodo, señalando los cambios inducidos por ella –si ese fuere el caso– en las comunidades estudiadas.

Naturalmente, esta perspectiva me llevará a utilizar conceptos o categorías de otras disciplinas sociales, por lo que tal vez resulte inevitable encontrar aquí algo de antropología histórica, geografía económica y, por supuesto, de demografía histórica.

## **CAP. 1**

### **DISTRIBUCIÓN DE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA Y ESTABILIZACIÓN DE LA VIDA EN COMUNIDAD: TEPEHUASTITLÁN, 1900-1940**

Este periodo abarca uno de los más agitados del México independiente y del postrevolucionario, y comprende la institucionalización de la Revolución y el inicio del despegue económico, así como del proceso que convertirá al país de uno preponderantemente rural en otro mayoritariamente urbano, lo cual implica traslados de riqueza del campo a las ciudades.

En este periodo ocurre la estructuración de la propiedad de la tierra en la localidad de Tepehuastitlán; se establecen las bases de lo que será un modesto centro religioso con la construcción de una pequeña capilla en el centro del mismo, lo que provocará que se congreguen alrededor de ella familias de la propia localidad y de otros lugares. El final de este periodo marca, asimismo, el inicio de otro en el que la migración de la segunda generación de pobladores hacia la Ciudad de México será la nota predominante.



### 1.1.1. La geografía física y humana de Tepehuastitlán

La cuadrilla<sup>15</sup> de Tepehuastitlán está situada en el fondo de una depresión formada por las últimas estribaciones del complejo sistema montañoso de la sierra de la Goleta; se encuentra a 970 metros sobre el nivel del mar, a 18° 46.8' de latitud norte y a 100° 15.6' de longitud oeste; su clima es cálido subhúmedo, con una temperatura media anual de 27°C (la temperatura mínima es de 25°C y la máxima de 32°C); la precipitación media anual fluctúa entre 1 000 y 1 500 mm,<sup>16</sup> y tiene una extensión aproximada de 3 km<sup>2</sup>. Al oriente limita con la cuadrilla de El Salitre de López (conocido simplemente como El Salitre); al norte, con el río San Felipe (conocido aquí como el río Grande); al sur, con la cuadrilla de San Martín y, al poniente, con la cuadrilla de El Cerro de las Ánimas.

La orografía del terreno en que se asientan la mayoría de las casas de la cuadrilla es bastante accidentado. Queda ubicada dentro de lo que en términos geológicos se conoce como la Provincia Sierra Madre del Sur o, para ser más precisos, en una de sus divisiones, la Subprovincia Depresión del Balsas caracterizada, sobre todo, por un sistema de topofomas llamado "sierra compleja con cañadas", aunque también se pueden encontrar en ella sistemas como los de

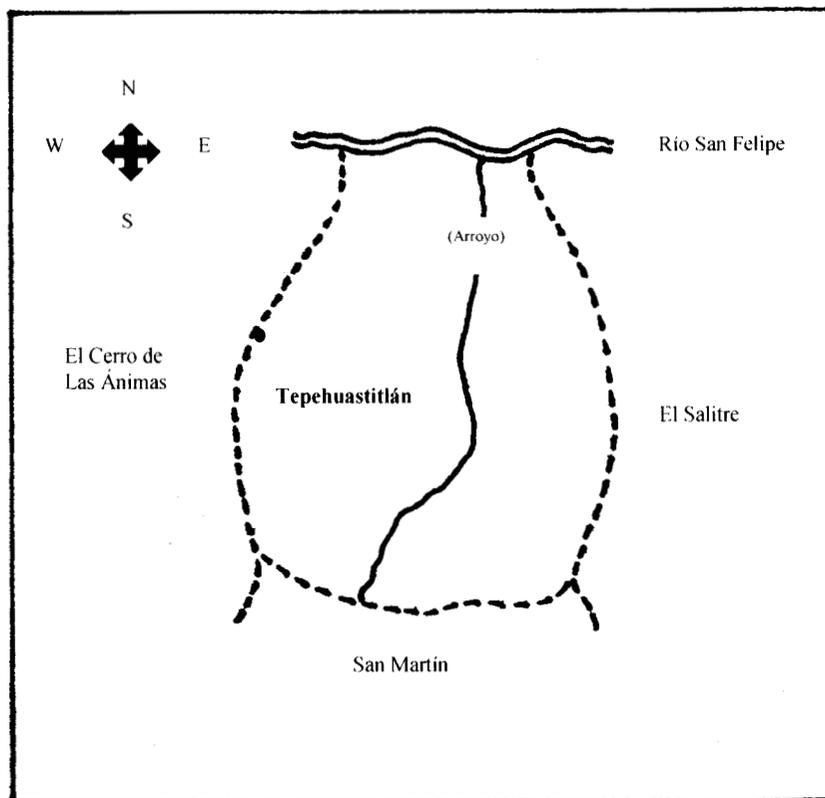
---

<sup>15</sup> Caserío o poblado pequeño. Las casas que lo componen no necesariamente se encuentran concentradas en un solo lugar; por estos lugares suelen estar muy dispersas: lo primero es la excepción, no la norma. Hay que subrayar, no obstante, que la denominación abarca un cierto territorio –de extensión variable– además de las casas, frecuentemente definido por accidentes geográficos o de otro tipo que sirven a sus habitantes para distinguirlo del de otras cuadrillas.

<sup>16</sup> SPP, *Síntesis Geográfica del Estado de México*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto, 1981, p. 9.

"lomerío", el "valle de cañadas convergentes con lomerío", etc.<sup>17</sup> En el caso de Tepehuastitlán en realidad no hay ningún valle, así que se trata de un sistema de cañadas convergentes con lomerío.

Gráfica 1. Croquis de ubicación de Tepehuastitlán\*



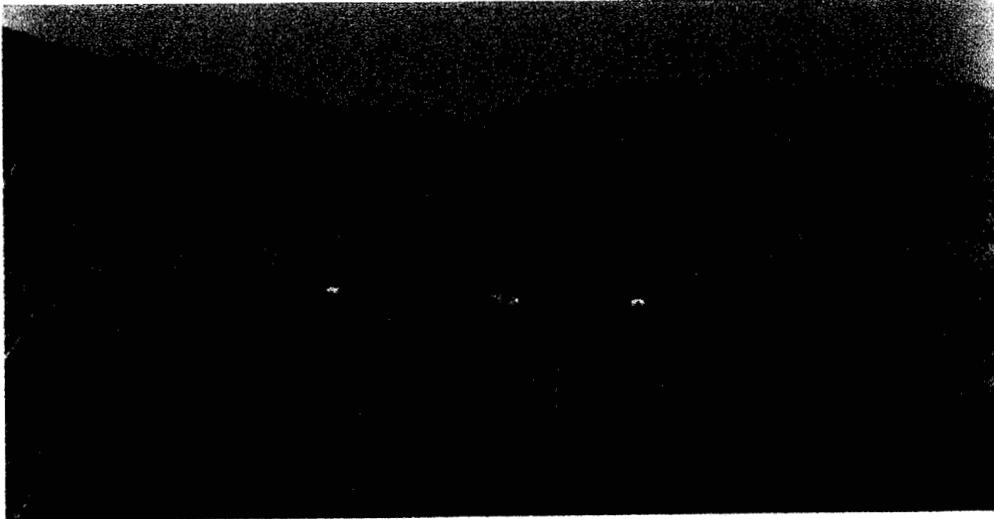
\*Elaboración propia.

Es decir, Tepehuastitlán se encuentra encajonado en una depresión formada por una barrera de montañas en tres de sus lados, al oriente, poniente y sur, quedando libre sólo una salida al norte, al fondo de la cual se distingue la quebrada silueta de la Sierra de

<sup>17</sup> *Op. cit.*, p. 92.

Nanchititla, por lo que la ubicación de la cuadrilla en este lugar es en realidad bastante interesante.

**Tepehuastitlán desde el puerto o paso de montaña  
que lo comunica con El Salitre de López\***



\* Foto tomada por el autor. La capilla es la construcción más visible.

La mayor parte de las casas de la cuadrilla se hallan recostadas sobre la falda occidental de las montañas de El Cerro de las Ánimas, las cuales presentan una pendiente mucho más amable que las del norte, y que corren paralelamente a aquéllas. La cañada o arroyo formado por la convergencia de las tres montañas, la cual corre de suroeste a noreste, es el receptáculo natural de todos los escurrimientos que bajan de las alturas en temporada de lluvias. Este fenómeno natural nos explica en un primer momento la ubicación de Tepehuastitlán, pues la mayor parte de las primeras casas de las que los informantes recuerdan su ubicación se encontraban a lo largo de dicha corriente, la cual descargaba sus

aguas en el río San Felipe. Por otra parte, aproximadamente hasta la séptima década del siglo XX, a lo largo de muchos de los escurrimientos que bajaban de los montes se encontraban multitud de ojos de agua o manantiales, todo lo cual nos lleva a pensar que, dentro del conjunto tan desfavorable de condiciones que estos parajes presentaban para la reproducción de la vida en comunidad, sus habitantes han sabido sacar ventaja de todo lo bueno que las montañas podían ofrecer.

Estamos hablando de un pequeño asentamiento humano que ha sabido aprovechar para su sobrevivencia las mínimas ventajas que el terreno le ofrece: fue así como los habitantes se ubicaron en las cercanías de manantiales y corrientes de agua y edificaron sus viviendas en los terrenos más parejos, aprovechando los materiales del lugar para levantarlas. La mayoría de las casas están construidas con adobe y techadas con teja, ambos elementos fabricados con materiales del lugar, los cuales brindan una gran protección contra el calor, que durante los meses de cuaresma, de marzo a mayo, llega a superar los 32°C. Las dos excepciones corresponden a una vivienda y a una bodega de mercancías; ambas fueron edificadas durante la década de 1990 con tabique, varilla y cemento, materiales que no cuentan con las propiedades térmicas del adobe y la teja, defecto que ahora resienten los propietarios de esta “moderna” casa habitación, quienes actualmente viven la mayor parte del año en la Ciudad de México, pero que en las temporadas de calor que han pasado en el lugar se han visto obligados a salir del horno en que se convierte su casa para dormir en el corredor o en el techo.

### 1.1.2. La huella indígena, migración mestiza y propiedad de la tierra

Tepehuastitlán es una palabra procedente del náhuatl y significa "en el lugar de los dueños de los cerros", según algunos comentaristas, o "en el lugar de los tepeguajes", según otros. Estos últimos afirman que la palabra procede del vocablo "tepehuaxin", que según Rémi Siméon designa un "árbol muy parecido a la encina"<sup>18</sup> –por la dureza de su madera– y que efectivamente se da por esos lugares, aunque no precisamente en terrenos de Tepehuastitlán, al menos en los tiempos que corren. En cuanto al primer significado, tiene bases tan sólidas como el otro y éstas aparecen consignadas en el libro de Siméon, de donde es muy posible que hayan sido extraídas para deducir el significado del término. Ahí se puede leer que "tepeua" o "tepehua" es un sustantivo que significa "dueño de los montes" (su raíz, al igual que en el caso de "tepehuaxin", es "tepetl", cerro o monte);<sup>19</sup> en vista de que la posposición "tlan", en unión de la partícula "ti", puede traducirse como "en el lugar de",<sup>20</sup> la traducción queda así: "en el lugar de los dueños de los montes", o de los cerros, denominación que ciertamente resulta congruente con las características fisiográficas de la región.

El hecho de que el toponímico del lugar sea náhuatl, al igual que el de otros de las cercanías, como Chapuluapan, Tlacotepec y el mismo nombre de Amatepec –que designa tanto a la cabecera como al municipio al que pertenece Tepehuastitlán–, así como muchos otros vocablos utilizados en la vida cotidiana de los habitantes de la región, nos habla de la gran influencia que tuvo el imperio azteca en

<sup>18</sup> Rémi Siméon, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, México, Siglo XXI, 1977 [1885], p. 495, Colección América Nuestra.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, p. 497.

estos parajes, posiblemente desde fines del siglo XIV,<sup>21</sup> aunque no podríamos asegurar que desde entonces haya habido asentamientos humanos en Tepehuastitlán. Lo que sí es cierto es que a escasos tres kilómetros del mismo, a dos horas de camino a pie, aproximadamente, pero en territorio de la cuadrilla de San Simón, del mismo municipio de Amatepec, se encuentran los restos de unas ruinas que posiblemente pertenezcan a un centro ceremonial matlatzinca.<sup>22</sup> Las ruinas se encuentran en el extremo de una especie de península formada en la confluencia del río San Felipe y la Barranca de Chapuluapan. Lo que tal vez fue el adoratorio o templo principal se sitúa en la cima de lo que parece ser un cerro, pero que igual podría ser el cuerpo propiamente dicho del templo, y tiene una orientación suroeste-noreste.

---

<sup>20</sup> *Op. cit.*, pp. 615-616.

<sup>21</sup> *Cf.*, Enrique Florescano, *Atlas histórico de México*, México, Siglo XXI, 1983, p. 36 y ss. Habría sido Tizoc quien culminó la conquista del territorio de lo que ahora es el municipio de Amatepec. Según el autor, este era territorio de frontera, más allá del cual se encontraban los belicosos indios tarascos del actual Michoacán.

<sup>22</sup> Se ha estudiado muy poco; fue parcialmente excavado en 1998 por arqueólogos de Toluca financiados por el municipio, pero los resultados de los estudios no han sido publicados; en todo caso, se desconoce la edad precisa de las ruinas.

Escalinatas del edificio o templo del sitio arqueológico ubicado  
en la confluencia del río San Felipe y la Barranca de Chapuluapan\*



\*Foto tomada por el autor

El dato no es gratuito; de acuerdo a los informantes, algunas de las familias que a mediados de la década de 1920 llegaron a vivir en Tepehuastitlán procedían de asentamientos situados cerca del lugar donde las aguas de la Barranca de Chapuluapan se unen a las del río San Felipe, sólo que en territorio de lo que ahora es El Salitre de López, es decir, en la falda de la montaña opuesta a donde se ubican las ruinas que acabamos de mencionar. De hecho, era en estos lugares donde antiguamente se ubicaba la mayor parte de las casas que componen la cuadrilla de El Salitre, no en la cima del cerro donde se encuentran ahora, junto al puerto que comunica a aquélla con la de Tepehuastitlán. Todo hace suponer que el antiguo asentamiento indígena fue tomado como núcleo para la formación de asentamientos mestizos, mismos que después fueron buscando sitios menos fragosos que aquéllos.<sup>23</sup>

---

<sup>23</sup> Si el territorio de Tepehuastitlán es abrupto, aquél donde se encuentran las ruinas lo es mucho más, y esto tiene una explicación: según José Miranda, antes de la imposición de la *pax hispanica*, los indígenas vivían en estado de guerra permanente, razón por la cual sus edificaciones o centros ceremoniales se

Y aquí tenemos dos cuestiones interesantes: aunque hacia 1925<sup>24</sup> la población de Tepehuastitlán seguramente rebasaba los 129 habitantes<sup>25</sup> (lo cual significa que para esas fechas podrían hallarse viviendo de diez a veinte familias en esa cuadrilla), es muy probable que hacia 1885 fueran mucho más escasos, y algunos de ellos de raza indígena, lo cual explicaría la pervivencia de vocablos utilizados en la vida cotidiana de los habitantes de la cuadrilla incluso hoy en día. Esto lo deducimos de un testimonio de escritura otorgado en la villa de Sultepec –cabecera del distrito del mismo nombre y a cuya jurisdicción pertenecía la municipalidad de Amatepec– a don Fermín Jaymes el 6 de febrero de 1900. En ese testimonio puede leerse que este hombre compró en \$25.00 a don Simón Sebastián una fracción de un terreno que éste poseía en Tepehuastitlán, el cual había obtenido por adjudicación de la Jefatura Política del Distrito de Sultepec el 12 de diciembre de 1885.

Como asienta la escritura, al momento de la adjudicación este terreno era de común repartimiento, es decir, un terreno comunal: el hecho de que todavía existieran terrenos de este tipo en estos lugares no puede significar sino que hacia 1885 la cuadrilla de Tepehuastitlán estaba relativamente poco habitada todavía. Habría que agregar que, según la tradición oral de la localidad, don Simón Sebastián era de raza indígena,<sup>26</sup> y no sería nada raro que así fuese,

---

levantaban en sitios abruptos que dificultaban el ataque de los enemigos; cf. José Miranda, "La *pax hispanica* y los desplazamientos de los pueblos indígenas", en *Cuadernos Americanos*, núm. 6, México 1962, pp. 187-190.

<sup>24</sup> Año en que el informante de más edad fue llevado a vivir a Tepehuastitlán por sus padres.

<sup>25</sup> Es el dato del IV Censo de Población, efectuado en 1921, primero en que aparecen las localidades de los municipios mencionadas por su nombre.

<sup>26</sup> El criterio utilizado por los habitantes de la zona para definir así a un individuo no está del todo claro, aunque parece estar guiado básicamente por los rasgos fisonómicos de la persona; hay que decir, no obstante, que aquí el vocablo se utiliza a veces para designar a una persona obstinada y "mala", es decir belicosa y que porta armas (daga, cuchillo o pistola, sin contar el machete, que era una herramienta tan común y cotidiana para el hombre que salía de su casa a los caminos como para el ciudadano puede serlo el bolígrafo o –ahora– el celular cuando va a la oficina o a realizar algún trámite en la calle). La mayoría de los actuales habitantes de Tepehuastitlán, por no decir todos, poseen claros rasgos mestizos y según la

dada la evidencia del asentamiento indígena en la región y de la posibilidad de que pequeños núcleos indígenas hayan sobrevivido en pequeños asentamientos antes de mezclarse completamente con la población mestiza que iba llegando a estas cuadrillas procedente de otros lugares. De hecho, en las faldas de la montaña situada en la margen norteña del río, enfrente de El Salitre, existe una cuadrilla que llaman de Tirados cuyos miembros, de acuerdo otra vez a la tradición oral del lugar, está integrada por "puros indios".

La otra cuestión se refiere a la procedencia de los habitantes de Tepehuastitlán en el periodo que estamos estudiando, y a este respecto los testimonios afirman que hacia 1921 una buena parte de los habitantes de Tepehuastitlán procedía de otros lugares. Algunos habían salido de sus comunidades de origen en busca de nuevas tierras, debido a la comisión de algún delito y al consiguiente temor de ser aprehendidos por los rurales, así como por la inseguridad reinante entre 1910 y 1920 en esta parte del estado debido a las numerosas bandas de ladrones y abigeos que con el pretexto de la revolución y amparadas en la incapacidad de las autoridades estatales para controlarlas, hacían de las suyas en esta zona.<sup>27</sup> Otros, en fin, eran miembros trashumantes de familias sin tierra que bajaban desde Tejupilco, Temascaltepec o el mismo Amatepec en

---

tradición oral conservada por sus descendientes llegaron a la cuadrilla procedentes de otros lugares del municipio de Amatepec, o incluso de municipios vecinos, como en el caso de don Fermín Jaymes, que procedía de Tejupilco.

<sup>27</sup> Cf. Ricardo Ávila Palafox, *¿Revolución en el Estado de México?*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, p. 44 y ss., y Laura Solares Robles, "El bandidaje en el Estado de México durante el primer gobierno de Mariano Riva Palacio (1849-1852)", en *Secuencia*, núm. 45, sep-dic. de 1999, pp. 27-61. Aquí se establece que el bandolerismo era de carácter endémico en toda la nación, y sólo el gobierno de Porfirio Díaz logró reducir las proporciones del mismo. Según sus estadísticas, para esa época en el Estado de México el mayor porcentaje de delitos estaba relacionado con el robo y los ataques de ladrones en cuadrilla, y eventos como la Revolución mexicana generalmente agudizaron el fenómeno por la imposibilidad de dedicar fuerzas al combate del bandolerismo y por el cobijo que los bandidos podían encontrar ante la población mediante su apelación a la Revolución como justificante de sus acciones.

busca de un pedazo de tierra para ganarse la vida cultivándolo como "mediero".

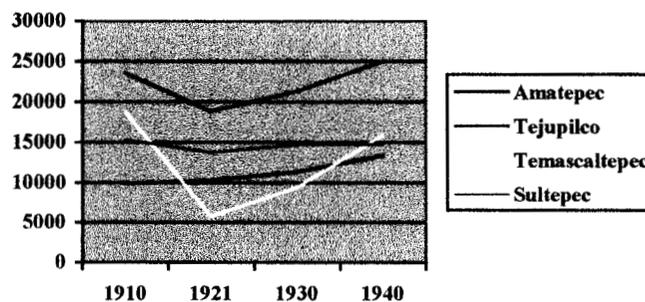
Estas hipótesis sobre la migración hacia Tepehuastitlán pueden sostenerse a partir de la evidencia aportada por los datos censales de 1910 a 1940, que son los que proporcionan información más o menos detallada para esta región del Estado de México, aunque la localidad de Tepehuastitlán aparece mencionada por su nombre hasta el Cuarto Censo de Población, en 1921.

**Cuadro 1. Incremento poblacional por municipio en el suroeste del Estado de México entre 1910 y 1940\***

	1910	1921	%	1930	%	1940	%
Amatepec	9 953	10 329	3.77	11 416	10.52	13 453	17.84
Tejupilco	23 618	18 922	-19.88	21 389	13.03	25 047	17.10
Temascaltepec	18 762	5 810	-69.03	9 455	62.73	15 891	68.06
Sultepec	15 358	13 748	-10.48	14 737	7.19	14 828	0.61

\* Fuente: Dirección General de Estadística, Tercero, Cuarto, Quinto y Sexto Censos de Población de los Estados Unidos Mexicanos,.

**Gráfica 2. Tendencias poblacionales por municipio\***



\* Fuente: Gráfica elaborada por el autor con base en la información censal anterior.

Entre 1910 y 1921, la población del municipio de Amatepec, en contraste con los otros municipios vecinos, creció regularmente, aunque a un ritmo muy lento, incrementándose un poco más a partir del último año, en tanto que los tres municipios restantes vieron disminuida drásticamente la suya (ver gráfica 2), sobre todo Temascaltepec, que en 1921 registró una disminución de más del 69% de sus habitantes con relación a 1910, aunque después parecen haber recuperado por lo menos a una parte de los que se habían ido. Esto no lo podemos atribuir a otra causa que a los desórdenes revolucionarios que afectaron esta región y al bandidaje que con ese pretexto se agudizó, ocasionando una migración masiva hacia ciudades o localidades más seguras, ya que resulta improbable que la disminución registrada se haya debido a encuentros armados, pues ninguna crónica registra batallas revolucionarias en la región.

Por otro lado, si bien es cierto que la migración intermunicipal no se inició con el conflicto revolucionario, pues de acuerdo a lo que sabemos se daba desde antes, parece indudable que éste agravó el fenómeno, afectando menos a Amatepec que a los municipios vecinos, probablemente porque la mayor parte de sus localidades se hallaban relativamente aisladas y fuera de las rutas comerciales importantes de la época, aunque ello no las libró de eventuales actos de pillaje llevados a cabo por supuestos o reales revolucionarios, los cuales derivaron en una migración intramunicipal, según se desprende de varios testimonios.

Un ejemplo de esto es el de don Jesús Jaymes, quien procedía de Tenería, una localidad de Temascaltepec. Según la tradición familiar, don Jesús tenía dos hermanos, y juntos habían criado una gran cantidad de ganado en su lugar de origen, hasta que llegó el tiempo en que sintieron que en la cuadrilla no podían obtener recursos

suficientes para todos y dos de ellos decidieron probar suerte en otros lugares. Don Jesús fue uno de ellos y primero se hizo una casa en terrenos de San Simón, después vivió en Corral de Piedra y, estando allá, compró los terrenos de El Cerro, al sur de la confluencia del río San Felipe y la Barranca de Chapuluapan, adonde se mudó poco después. Con el tiempo, su hijo Fermín construyó casa en la parte baja del cerro, en una altura desde la que se domina el lugar donde la Barranca de Chapuluapan deposita sus aguas en las del río. En ese tiempo –entre 1900 y 1910– vivía mucha gente en los alrededores, justamente a medio kilómetro de donde se encontraban las ruinas prehispánicas. Su casa era de adobe, y fue en ese lugar donde Carlos Jaimes, hijo de don Fermín, conoció a María Flores. Luego, éstos se casaron y, cuando don Fermín murió, vivieron en la casa paterna hasta 1918, año en que tuvieron que huir hacia las abras,<sup>28</sup> cuando los “pronunciados”<sup>29</sup> llegaron a la cuadrilla arramblando con todo lo que encontraban a su paso. Fue en una de ellas donde don Carlos se ocultó junto con su familia, después que los pronunciados se llevaron la casi totalidad de su ganado, dejándole apenas dos o tres vacas, y donde nació su segundo hijo, Eduardo Jaimes. Después, vivieron por un tiempo en El Ancón, donde rentaba un terreno, y de ahí pasaron finalmente a Tepehuastitlán.

---

<sup>28</sup> Hendiduras en la falda de los montes que llegan a tener varios centenares de metros de longitud y una profundidad de hasta treinta o cuarenta metros –como en este caso–, formando concavidades o cuevas internas en el fondo de las mismas.

<sup>29</sup> Este fue el nombre genérico con que los habitantes de la zona designaron a quienes se levantaron (se pronunciaron) en armas; del testimonio rendido por aquellos a quienes sus padres les contaron sobre los acontecimientos de aquella época, se desprende que nunca les interesó averiguar si eran revolucionarios o bandidos, y que ambos fueron sentidos por los habitantes de estos lugares como una amenaza y un peligro para su hacienda y para sus vidas.

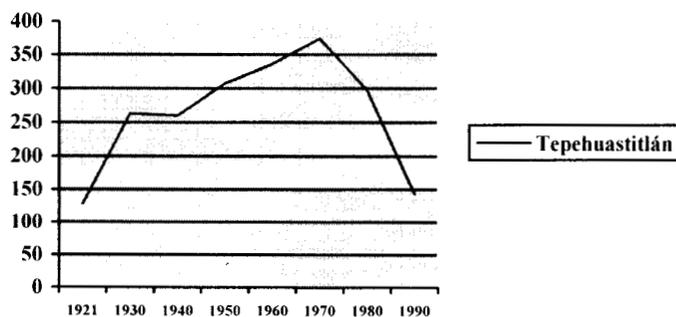
Este no fue un caso aislado, de lo que se concluye que el ocultarse en lugares apartados fue una de las opciones a la mano para mucha gente en lugares en que, como éste, ni se podía acudir a ninguna instancia gubernamental en demanda de auxilio ni se podía cargar con los pocos o muchos bienes que se poseían para huir de la violencia que de pronto se cernía sobre las familias. Incluso, podríamos adelantar la hipótesis de que la violencia de aquellos tiempos provocó una mayor dispersión poblacional hacia las localidades más aisladas, lo cual explicaría, al menos en parte, las sorprendentes cifras ofrecidas por el Cuarto Censo de Población para Tepehuastitlán entre 1921 y 1930, mismas que se aprecian en el siguiente cuadro.

**Cuadro 2. Incremento poblacional en Tepehuastitlán entre 1921 y 1990\***

Años	1921	1930	1940	1950	1960	1970	1980	1990
Población de Tepehuastitlán	129	263	260	307	336	374	297	144

\* Fuente: Dirección General de Estadística, Primero–Noveno Censos de Población; INEGI, Décimo y Onceavo Censos de Población y Vivienda.

**Gráfica 3. Tendencia poblacional de la localidad\***



\* Fuente: Gráfica elaborada por el autor con base en la información censal anterior.

El hecho de que en nueve años, los que van de 1921 a 1930, el número de habitantes de Tepehuastitlán se haya más que duplicado, no se debe a un crecimiento natural de la población, es decir a aquel que resulta de restar al número de nacimientos el de defunciones, sino muy probablemente a que los individuos que se habían dispersado para proteger a su familia de la violencia regresaron, en algunos casos, y en otros se trasladaron a cuadrillas ya constituidas, en las cuales tenían mayores posibilidades de contratarse con campesinos que quisieran darles un pedazo de tierra para cultivarlo a medias.

Y con esto pasamos a la cuestión de la distribución de la propiedad de la tierra en Tepehuastitlán a partir de 1900, cuya consolidación parece terminar en 1940.

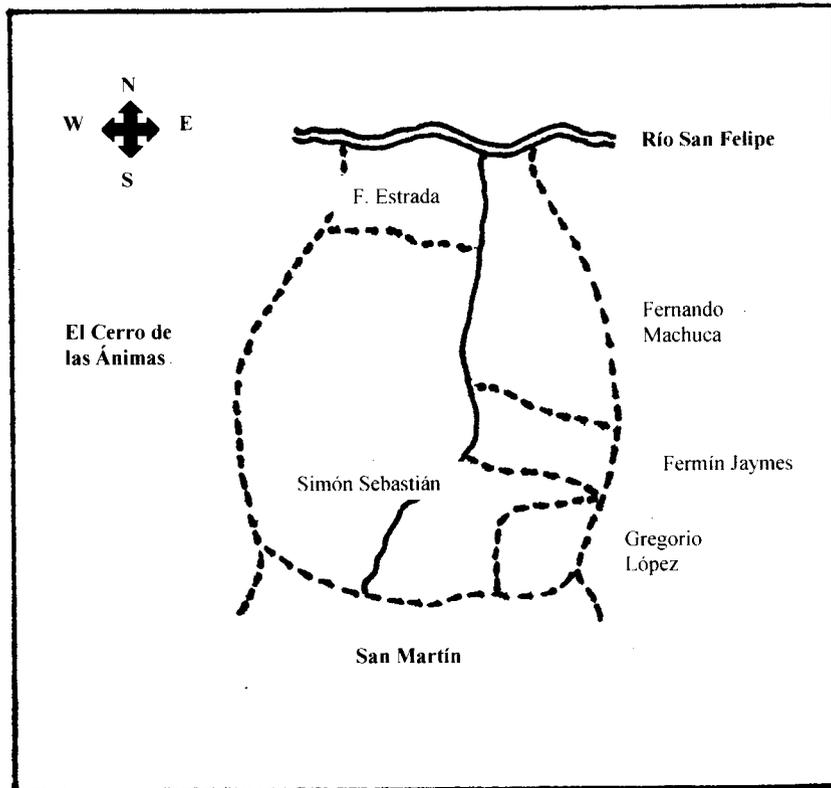
Cuando don Carlos Jaimes, heredero de don Fermín Jaymes,<sup>30</sup> se mudó a la fracción de terreno comprada por su padre a don Simón Sebastián en Tepehuastitlán, la propiedad de la tierra en la cuadrilla se concentraba en muy pocas manos; aparte de don Carlos, cuyo terreno en ese momento era pequeño comparado con el de los otros propietarios, la totalidad de la tierra de la cuadrilla estaba en manos de cuatro personas: Fernando Machuca, Gregorio López, Simón Sebastián y Faustino Estrada, este último también de raza indígena, de acuerdo a la tradición oral. El siguiente croquis muestra las proporciones aproximadas de la propiedad de cada uno de acuerdo a los testimonios de los descendientes de los propietarios.<sup>31</sup>

---

<sup>30</sup> La grafía del nombre cambió: la "y" fue sustituida por la "i"; generalmente, estos cambios seguían las modificaciones introducidas en los documentos oficiales, como escrituras de tierras y actas del registro civil, por los jueces y notarios que registraban el evento.

<sup>31</sup> Una de las primeras cosas que los hijos aprenden de sus padres en la región es a conocer y reconocer las propiedades de la familia, ya sea tierra, ganado, ojos de agua, etc.

**Gráfica 4. Distribución de la propiedad de la tierra  
hacia 1925 en Tepehuastitlán \***



\* Elaboración propia a partir de los testimonios de Eduardo Jaimes y Lao Jaimes.

Debido a que no existen mapas o croquis detallados de Tepehuastitlán elaborados por los organismos oficiales especializados, el croquis de elaboración propia que he mostrado tal vez no señale con claridad un detalle que se vuelve evidente estando en el propio territorio, y es que los límites entre una y otra propiedad generalmente son las pequeñas barrancas o "joyas" formadas por el repliegue de los cerros, el filo de las lomas, los manantiales u ojos de agua e, incluso, árboles muy viejos que pueden servir de mojones o señales difícilmente confundibles, por lo menos para los habitantes

de la cuadrilla. Así, en la escritura de compra ya mencionada, la fracción de tierra vendida aparece delimitada de la siguiente manera:

... siendo sus linderos; al Norte con Fernando Machuca; y Puerto de los Momostles; al Poniente con vendedor; al Oriente con Gregorio López, y al Sur con vendedor y una barranca que baja de Oriente a Poniente y corre el lindero hasta el nacimiento de la barranca, siguiendo por el filo de una lomita a dar a un ojo de agua, siguiendo en línea recta hasta llegar a un árbol llamado "Cuitás",<sup>32</sup> que está en la misma dirección del Puerto de los Momostles...<sup>33</sup>

Esta digresión sobre los límites tiene su importancia: a fines del siglo veinte, cuando las lluvias empezaron a retrasarse y los ojos de agua empezaron a desaparecer, los pocos que quedaron empezaron a ser causa de conflictos porque siempre hubo quien procuró cercar su terreno dejando de su lado el manantial.

Volviendo al tema de la propiedad de la tierra, podemos ver que prácticamente estaba en manos de cinco sujetos, aunque en realidad algunas porciones de los terrenos principales podían estar repartidas entre varios miembros de la familia –los hijos varones casi siempre–; sin embargo, como no siempre se acudía a registrar la donación, formalmente seguía estando en poder del padre hasta que éste moría. Es seguro, no obstante, que estas familias no podían constituir el total de los 129 habitantes que reporta el Cuarto Censo de Población para Tepehuastitlán en 1921, ni puede corresponder a lo que en 1925 vio Eduardo Jaimes, entonces un niño de 6 años,

---

<sup>32</sup> El cuitás es un árbol que puede alcanzar los treinta metros de altura; su tronco es más o menos recto, con pocas bifurcaciones, y su madera es dura y resistente.

<sup>33</sup> *Momostle, mumuztli o momoztli* es una de las pocas palabras matlatzincas que se usan en la zona. Según Rémi Siméon procede del náhuatl, pero estudios más recientes han establecido su verdadero origen; en cambio, el significado que le asigna este autor, es el correcto: "altar, capilla, oratorio levantado en la encrucijada de los caminos", cf. Rémi Siméon, *op. cit.*, pp. 287 y 295. El Puerto de los Momostles que menciona la escritura es el que comunica las cuadrillas de El Salitre y Tepehuastitlán; la tradición oral establece que hace tiempo todavía era posible ver a simple vista los restos de construcciones antiguas, es decir, indígenas, a unos cuantos metros del camino real.

cuando llegó con sus padres a vivir en la cuadrilla. De acuerdo a su testimonio, en aquella época había sólo cuatro casas construidas con adobe y teja: la de don Faustino Estrada, la de don Norberto Núñez, la de doña Juana López y la de doña Magdalena Gaspar, viuda de don Simón Sebastián; el resto de las viviendas era de zacate y carrizo, incluso la que construyó don Carlos Jaimes llegando a la cuadrilla, que fue sustituida por una de adobe y teja hasta una fecha tan tardía como 1940, al incendiárseles en un descuido parte de la de carrizo.

Aun considerando que las familias eran grandes en este tiempo y suponiendo una media de siete u ocho habitantes por vivienda, tendremos que aceptar entonces que había entre quince y veinte viviendas en total, de las cuales entre once y dieciséis eran de un material tan poco durable como el carrizo y el zacate. Sin embargo, esto no debe llevarnos a conclusiones fáciles sobre la precariedad de las condiciones de vida de la gente en la cuadrilla. Es cierto que no vivían en la abundancia, por lo menos no la mayoría, pero si construían las viviendas con materiales tan perecederos como éstos no era sólo por carecer de recursos suficientes para mandar fabricar el adobe y la teja necesarios para construir una casa más firme, sino también por la rapidez con que se podía construir una de carrizo y zacate –sin contar el hecho de que estos materiales no tenían que comprarse–, pero también por una razón de mayor peso que tiene que ver con la propiedad de la tierra: los habitantes de esas 11 ó 16 casas de zacate no eran propietarios de la tierra que pisaban, y hubiera sido un gasto inútil construir una casa firme si no podían estar razonablemente seguros de poder adquirir después el terreno sobre el que la fincarían.

Estas personas, y las que se avecindaron en Tepehuastitlán a lo largo de la década de los veinte, en cantidad tal que para 1930 se había duplicado la población, habían llegado a la cuadrilla esperando que alguno de aquellos propietarios les diera un pedazo de tierra para sembrar a medias y lograr de ese modo el sustento de la familia. Algunos se acomodaban a la vida del lugar y se quedaban largas temporadas, pero otros duraban sólo uno o dos años ahí y se iban a otro lugar, razón por la cual construir una casa sólida no entraba en sus planes, siendo la causa de mayor peso de este fenómeno el hecho de que muchos no podían hacerse de los recursos suficientes para adquirir un terreno en el que pudieran afincarse.

En cuanto a la distribución de la propiedad de la tierra, tendríamos que concluir que hacia 1921 sólo el 20% de los habitantes de Tepehuastitlán eran propietarios de las tierras que podían cultivarse o utilizarse como potreros para ganado,<sup>34</sup> mientras que hacia 1930 este porcentaje se redujo aún más, hasta un 13%, aproximadamente, pues se duplicó la población, pero no el número de propietarios o, al menos, no en la misma proporción. Esta situación no era tan inusual como se podría suponer, incluso para estas alturas del siglo. De hecho, algunos cálculos para el Estado de México en 1910 sitúan en menos del 1% el porcentaje de campesinos poseedores de alguna parcela.<sup>35</sup>

---

<sup>34</sup> La tradición oral establece que en ese entonces ninguna propiedad estaba cercada, y que el ganado de la gente vagaba libremente por todo el territorio que no se sembraba; esto se explica por la abundancia de forraje y de agua para consumo del ganado en aquel tiempo, razón por la cual no podía constituir causa de conflicto.

<sup>35</sup> Cf. Frank Schenk, "Jornaleros y hacendados. La distribución de la propiedad de la tierra en el suroeste del Estado de México hacia 1900", en Manuel Miño Grijalva (comp.), *Haciendas, pueblos y comunidades*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, p. 238 y ss. La estimación es de George McGutchen McBride, y Schenk acota que probablemente el porcentaje de propietarios era un poco más elevado, pues parece que McBride omitió información de la cual no se tenían datos precisos.

El caso es que en esta zona la adjudicación de lo que podían considerarse tierras de comunidad puede darse por concluida hacia 1900, puesto que en la escritura que hemos estudiado toda la tierra aparece en manos de propietarios privados. Por otra parte, si todavía para esta época algunos de dichos propietarios pertenecen presumiblemente a etnias indígenas, hacia 1940, mediante un proceso de compra sucesiva de fracciones de tierra, ésta se distribuye casi en su totalidad entre familias mestizas, procedentes algunas de ellas de otros municipios; esta estructura será la que se conserve hasta fines del siglo XX, y lo que explica muchas de las características de los fenómenos ocurridos aquí durante las siguientes décadas.

### **1.1.3. Cada quien su cerro**

En la gráfica 4 pudimos observar el estado que guardaba la propiedad de la tierra hacia 1925, pero la distribución definitiva de la misma dentro de los límites de Tepehuastitlán –excluyendo las particiones posteriores entre los hijos de los propietarios originales– se dio entre este último año y 1940, periodo en el que algunos de los vecinos del lugar extendieron los límites de sus propiedades mediante la compra de porciones de tierra a doña Magdalena Gaspar, viuda de don Simón Sebastián, quien había obtenido por adjudicación de la jefatura política de Sultepec en 1885 cerca del 60% de la superficie de Tepehuastitlán; es decir, aproximadamente

180 hectáreas de montes, bosques, pastos y arroyos, lo cual representa una superficie bastante extensa.<sup>36</sup>

Recapitulando, podríamos decir que en el periodo comprendido entre 1885 y 1940 la propiedad de la tierra en Tepehuastitlán sufrió una reestructuración a consecuencia de la venta de los terrenos de los primeros propietarios, de tal modo que a fines de dicho periodo ninguno de los propietarios era indígena, concentrándose la mayor parte de la propiedad inmueble en manos de don Carlos Jaimes, quien había llegado a la cuadrilla en 1925, situación que formalmente perduraría hasta su muerte a mediados de la década de 1950. Después de esta fecha las propiedades pasarían a manos de los hijos, con la consiguiente fragmentación de la propiedad de la tierra, fenómeno que se agudizaría cuando esta nueva generación empezara a desaparecer y sus propios hijos fueran tomando posesión de los terrenos que sus mayores les habían heredado, a principios de la década de 1990.

Ahora bien, si por el momento hacemos caso omiso de las viviendas de los pobladores sin tierra, podremos darnos cuenta que las casas de los propietarios se ubican en lugares muy separados entre sí, cada una en un cerro diferente, lo que constituye todo un patrón de asentamiento por estos lugares.

---

<sup>36</sup> Esto contrasta fuertemente con los datos encontrados por Frank Schenk para la extensión promedio de las adjudicaciones en el distrito de Sultepec, al cual pertenece también Amatepec y, en consecuencia, Tepehuastitlán: este autor ha calculado que la superficie promedio de los terrenos de común repartimiento adjudicados a quienes los “denunciaban” era de 20 hectáreas (Schenk, 1991: 263), aun cuando establece que la adjudicación de extensiones mayores no era algo absolutamente excepcional, y cita datos del investigador canadiense Frans Schryer para el municipio de Pisaflores, en el Estado de Hidalgo, en que este tipo de adjudicaciones variaba entre 2 y 200 hectáreas. En última instancia, podríamos decir que incluso en Sultepec se daban estos casos. Una posible explicación podría ser la relativamente escasa densidad de población de la zona, así como la naturaleza de las tierras adjudicadas, gran parte de las cuales resultaba prácticamente inservible para las labores agrícolas.

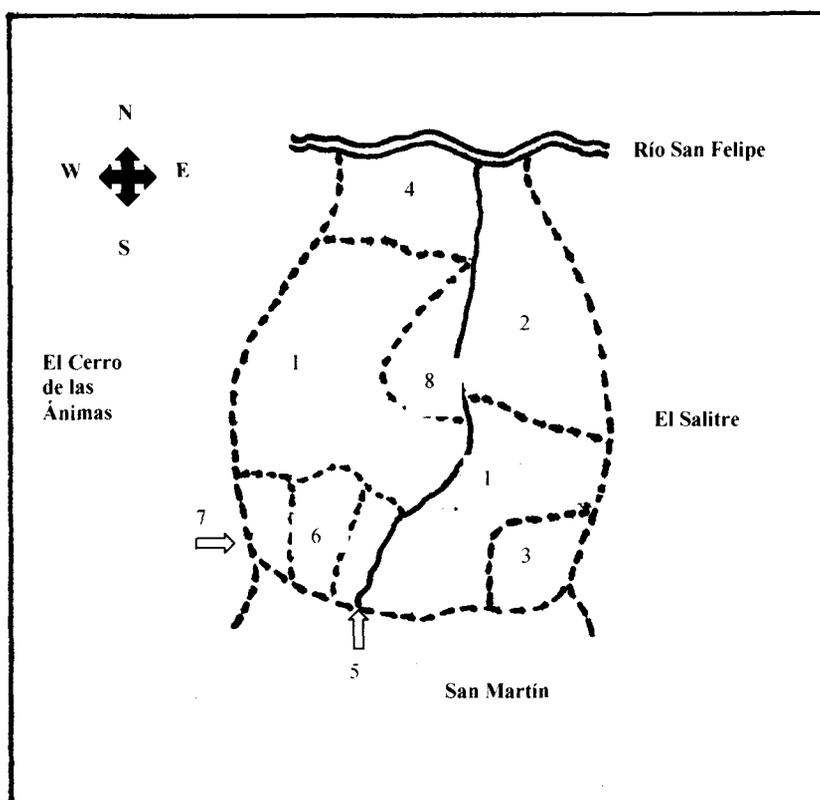
### Ejemplo del patrón habitacional disperso propio de Tepehuastitlán\*



\* Foto tomada por el autor.

Quien vive en la ciudad tiende a creer que la forma natural de la vida en comunidad es un conjunto de casas alrededor de una iglesia o de la sede del poder civil, pero esto no parece darse sino a partir de un cierto desarrollo económico y social; es decir, cuando la concentración de población en un lugar abre la posibilidad para algunos de ellos de no depender en su totalidad del producto de las actividades agrícolas para sobrevivir, o cuando debido al atractivo de los servicios públicos se vuelve demasiado costoso, en términos de comodidades para la vida, habitar en lugares apartados del centro. Mientras tanto, lo natural para los habitantes del campo parece ser construir su casa en los terrenos que le pertenecen, cerca de sus campos de labor, lo que les ahorra tiempo en el traslado hasta los mismos en la época de cultivo y les facilita la labor de vigilancia de las cosechas o del ganado empotrado en ellos.

Gráfica 5. Distribución de la propiedad de la tierra hacia 1940 en Tepehuastitlán\*



- |                     |                       |
|---------------------|-----------------------|
| 1. Carlos Jaimes    | 5. Telésforo Jaimes** |
| 2. Fernando Machuca | 6. Andrés Núñez       |
| 3. Gregorio López   | 7. Herón Jaimes**     |
| 4. Serafín Plata    | 8. Florentino Macedo  |

\* Elaboración propia con base en la información recabada de Eduardo Jaimes y Lao Jaimes.

\*\* Sin relación de parentesco con don Carlos Jaimes.

Es decir, si hacemos abstracción del conglomerado de casas mostrado en la fotografía al principio de este trabajo, hasta 1940 lo que se veía era una serie de casas relativamente alejadas entre sí, construida cada una por su dueño en terrenos de su propiedad, sin seguir ningún patrón preciso, ni en cuanto a orientación ni en cuanto a ubicación, pero sí en cuanto a la forma general de éstas, material y

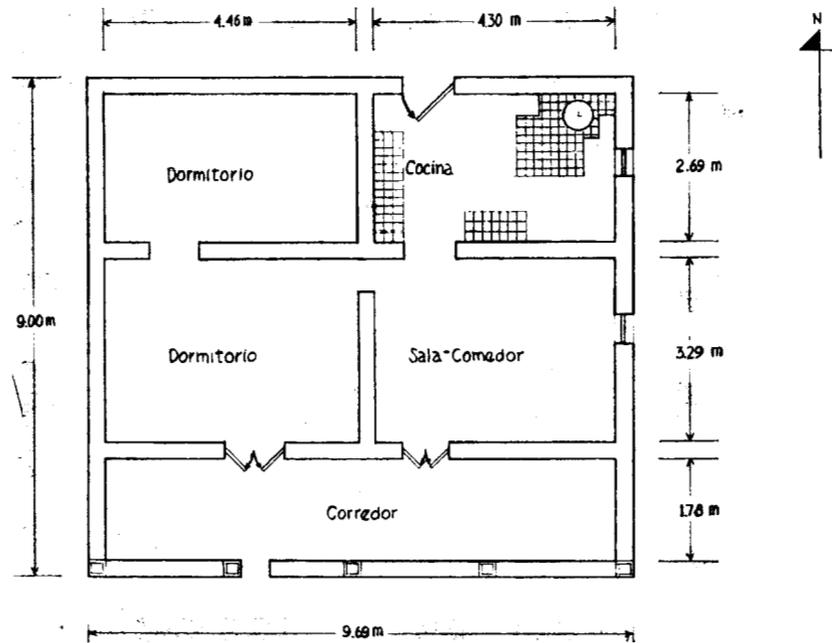
disposición de los espacios. Excepción hecha de las viviendas de carrizo y zacate, que para fines de 1950 habían sido sustituidas casi en su totalidad por casas de adobe y teja, las casas eran de forma rectangular, con techo de teja a dos aguas, un corredor o patio que corría al frente de toda la casa, uno o dos cuartos con piso de tierra y otro aparte para la cocina –aunque en ocasiones ésta se comunicaba directamente con el resto de las habitaciones, seguramente por razones de comodidad–, ya que se cocinaba en fogones alimentados con leña y el humo que se desprendía de ésta podía ser en ocasiones muy molesto para el resto de los habitantes de la vivienda.

Los datos que leemos en los censos sobre las casas en el campo se refieren casi siempre a los servicios con que cuentan, pero nunca se nos ocurre preguntarnos por las dimensiones de las mismas. Como vemos en el plano que se muestra en la gráfica 6, las viviendas no son precisamente espaciosas, pero tampoco son viviendas que impidan el movimiento de sus habitantes, y aunque hay viviendas más grandes y otras más pequeñas que aquella cuyo plano mostramos, es posible que la superficie promedio de las casas en Tepehuastitlán sea muy semejante a ésta.<sup>37</sup>

---

<sup>37</sup> Las casas de zacate y carrizo eran mucho más pequeñas que aquellas que mostramos, pero ello se debía a la poca capacidad de los materiales empleados para cubrir grandes superficies sin riesgo de derrumbarse bajo el peso de la estructura, peligro que se ve sensiblemente reducido al apoyar las soleras o vigas que sostienen el techo sobre muros de adobe, no sobre horcones de madera plantados en el suelo.

Gráfica 6. Plano de una casa construida a principios de la década de 1950\*



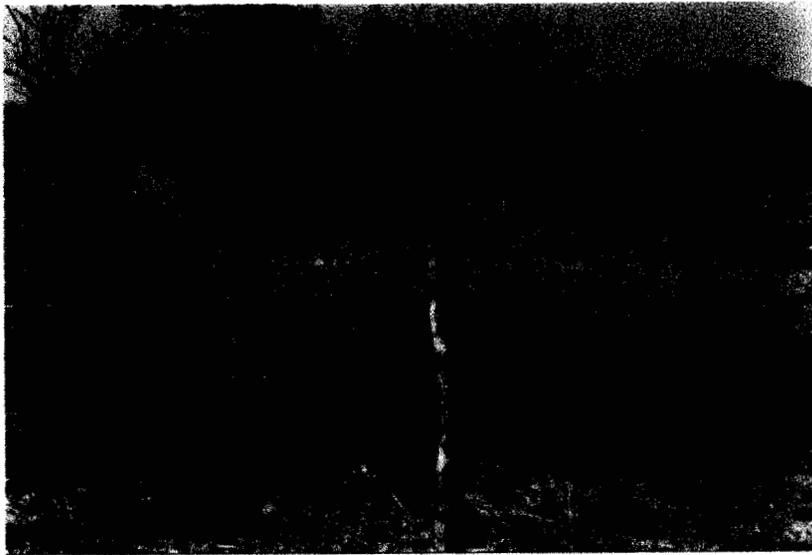
\* Elaboración propia.

En general, podemos adelantar que tanto las técnicas constructivas y la forma de las casas, así como la disposición general de sus distintas dependencias debe atribuirse a la tradición, mientras que las dimensiones de la misma podrían estar en gran parte determinadas por la cantidad de recursos que la familia estaba en condiciones de dedicar a su construcción.

Por otra parte, para este periodo ninguna de estas casas cuentan con servicios de drenaje, agua entubada ni luz eléctrica, y son muy pocas las familias que al final del periodo cuentan con un radio de pilas en su casa y una gran antena para recibir las emisiones de la XEW. Las casas no cuentan con ventanas, lo cual en Tierra Caliente puede verse como una ventaja, pues la penumbra ayuda a

mantenerlas frescas; las funciones de ventilación e iluminación que tienen las ventanas en las viviendas techadas con lozas de cemento, en las casas de adobe las cumplen las puertas, que casi siempre permanecen abiertas, así como las aberturas entre la teja y el borde superior de los muros de adobe, lo que además de ventilar la casa elimina el exceso de calor que se padece afuera durante el día y, en el tiempo de cuaresma, también durante la noche.

**Casa típica de Tepehuastitlán\***



\* Foto tomada por el autor. En primer plano, malla sobrepuesta al alambre de púa.

Aparte de todo esto, cada una de las antiguas casas disponía de un patio al frente del corredor, aunque en ocasiones las circundaba completamente, de unos 50 a 100 m<sup>2</sup>, donde se realizaban un sinnúmero de labores asociadas a los trabajos del campo: deshojar la mazorca, varear el frijol para despojarlo de su cáscara, cortar la leña en trozos para usarla o almacenarla, ensillar las bestias de carga, alimentar al caballo –cuando se tenía– que el dueño montaba cuando decidía salir

a campar o el del visitante que llegaba a saludar a la familia, lugar de juegos para los hijos, etc. Este patio formaba parte del espacio natural de la casa, y nadie se atrevía a trasponerlo si no era invitado a hacerlo, aparte de que casi siempre se encontraba cercado de piedra y guardado cuando menos por un perro, encargado de ladrar desafortunadamente a todo extraño que se acercara o pasara cerca de la casa.

En suma, la dispersión habitacional que puede observarse por estos lugares hasta 1940 tiene mucho sentido: se debe sobre todo a razones económicas conectadas con el tiempo utilizado tanto para desplazarse a los terrenos cultivados como para llevar la comida al esposo o a los peones que trabajaban en el cultivo de las tierras, así como también a la comodidad que la cercanía de las propiedades brindaba para su vigilancia y correcta marcha. Esto queda demostrado cuando sabemos que algunas de las familias –o algunos de sus miembros– poseedoras de ganado acostumbraban “ranchar”, es decir, mudarse durante el tiempo de la ordeña a una casa provisional –generalmente de carrizo y zacate– en el potrero donde guardaban el ganado, cuando se hallaba sembrado el terreno donde se ubicaba la casa principal. Esto es, la gente vivía en el lugar desde donde podía desplazarse con mayor comodidad a realizar sus labores.

Por otra parte, pese a que la gente de esta tierra puede ser considerada hospitalaria y amable, que sus casas parecen abiertas a todos los aires y sus corredores a todas las pláticas, tienen muy bien delimitados los espacios interiores de los exteriores, aunque nada de esto los libra del escrutinio de los demás, por lo que hablar de vida privada o de intimidad en estas pequeñas localidades es algo bastante relativo: todos parecen estar a la vista de todos y pocas son

las cosas que no se sepan a los minutos u horas de haberlas ejecutado.

#### **1.1.4. La fundación de la iglesia**

Para 1940 don Carlos Jaimes, mediante la compra sucesiva de terrenos a sus vecinos, se había convertido en el mayor propietario de tierras de Tepehuastitlán, además de poseer otros terrenos en El Salitre y en Tejupilco, del otro lado del río. Tiene también un rebaño medianamente numeroso de ganado –ganado criollo, o “corriente, como dicen allá– cuya venta en pequeña escala es, de hecho, lo que le permitió comprar poco a poco más tierras, aparte de que entonces, a diferencia de lo que pasaría a partir de 1960, había agua y pastos en abundancia, y sus vacas lecheras llegaron a cobrar fama en la región, además de poseer varias yuntas de bueyes, mismas que rentaba a quien precisaba de ellas en tiempo de aguas para la siembra del maíz. Es decir, si por un momento hacemos caso omiso de la mano de obra, posee los dos medios básicos de producción en esta época para la siembra del maíz en la región, lo que lo coloca, junto con los otros tres o cuatro propietarios de Tepehuastitlán en la época, en una situación relativamente cómoda, o acomodada. Una prueba de su holgada posición puede ser la donación que hizo en 1940 para la construcción de una pequeña capilla en una fracción de terreno comprado a la viuda de don Simón Sebastián, en un pequeño promontorio situado aproximadamente en el centro geográfico de Tepehuastitlán. Al poco tiempo, al oeste de la capilla varias familias fueron construyendo casa, de manera que finalmente terminó por formarse un cuadrángulo, en uno de cuyos lados se ubica la capilla,

la cual tiene una orientación sureste-noroeste, mirando hacia Amatepec, la cabecera municipal, que era de donde venían los sacerdotes a celebrar la misa. Esta capilla tiene la misma forma que las casas del resto de la localidad, sólo que un poco más alta y larga que las otras. Ocupa una superficie de 30 metros de largo por 8 metros de ancho, y sus techos miden aproximadamente 10 metros de altura; adosada a su costado occidental se levanta otra pequeña construcción, la sacristía, que servía para guardar los objetos del culto y para alojar al sacerdote cuando llegaba a cumplir con las celebraciones religiosas.

La tradición local establece que la iniciativa para la construcción de la iglesia partió de doña María Flores, esposa de don Carlos, mujer enérgica y seguramente muy religiosa, como en general tienden a serlo las mujeres y hombres del campo, dada la fragilidad de sus condiciones de vida. Su construcción, junto con las estancias anexas y la cerca de piedra que rodea el conjunto, duró aproximadamente año y medio –los hombres trabajaban en ella en la época de cuaresma solamente, terminadas ya las labores del campo–, de tal manera que para 1942 la capilla estaba ya en servicio. A ella acudía, además de la gente de Tepehuastitlán, la de Chapulupan, El Salitre y San Martín, cada vez que al sacerdote de Amatepec se le ocurría dejarse caer por estos lugares, una vez al mes o cada dos meses, a decir misa y lanzar sobre las humilladas cabezas de sus feligreses encendidos sermones con el fin de rescatar para el Señor sus descarriadas almas.

### Entrada al atrio de la capilla de Tepehuastitlán\*



\* Foto tomada por el autor.

Lo importante, y con lo cual podríamos concluir este breve apartado, es que la construcción de la capilla dotó a la cuadrilla de un centro del que antes carecía, propiciando que, con el tiempo, se creara un pequeño núcleo de población que llegó a construir su casa alrededor de la capilla, atraídos algunos por la relativa seguridad que brindaba el vivir junto a otras personas a las que acudir en caso de necesidad, y también por las oportunidades que el fenómeno abría. No obstante, esta repentina aglomeración de casas no modificó sustancialmente el patrón tradicional de asentamiento que ya señalábamos: don Carlos Jaimes, que había donado el terreno tanto para la iglesia como para los que llegaron a fincar sus casas alrededor de ella, siguió viviendo en su casa de la loma, desde donde dominaba todo el panorama de la cuadrilla, aunque dos de sus hijos mayores, al casarse, construyeron casa a uno y otro lado de la capilla. Pero estos eran miembros de la segunda generación de propietarios, y resulta significativo que ninguno de los de la primera

generación construyera una nueva vivienda dentro del caserío en formación. Ante esto, y desde la perspectiva que nos brinda el tiempo, podríamos decir que esta renuencia de los antiguos propietarios a mudarse al nuevo conglomerado contribuyó en cierto modo a su final despoblación y ruina física, pues la migración a México y a los Estados Unidos determinó el abandono de un buen número de las viviendas, mientras que las casas de los antiguos dueños de la tierra casi nunca dejaron de habitarse. Incluso, los vástagos de la tercera generación que construyeron casa en la década de los noventa, lo hicieron no precisamente en las inmediaciones del caserío, sino en las propiedades de sus mayores o en los terrenos que ellos mismos habían comprado, siguiendo el patrón tradicional.

## **1.2. La cultura del maíz**

Se describe y analiza en este capítulo la vida económica de Tepehuastitlán y la suerte de complementariedad establecida entre ésta y la vecina localidad de Chapuluapan, situada a no más de tres kilómetros y poseedora en este periodo de huertas donde se cultivaban naranjas, plátanos, papayas y guayabas, además de unas cuantas hortalizas como jitomate, tomate y chile, lo cual les otorgaba una cierta autosuficiencia en cuanto a estos alimentos, pero no en cuanto a productos manufacturados, que debían adquirir en los pueblos que funcionaban entonces como centros económicos, como es el caso de San Miguel y San Gaspar Amatepec, este último cabecera municipal. En este capítulo se trata también de argumentar el por qué podemos hablar de algo como “la cultura del maíz” al

referirnos al modo de vida de los habitantes de localidades como las de Tepehuastitlán, Chapuluapan y, en general, las de los alrededores.

### **1.2.1. La agricultura de subsistencia**

Antes de pasar a estudiar el siguiente periodo conviene hablar un poco de las características de la agricultura practicada en Tepehuastitlán y sus alrededores, que como se habrá podido deducir de ciertos datos deslizados a lo largo del texto, para los propietarios de tierras no era estrictamente de autosuficiencia, puesto que frecuentemente –incluso en años de malas cosechas– podían contar con excedentes de granos para colocar en el mercado, es decir, para venderlos a aquellos que veían agotadas sus reservas y que tenían que esperar otro año para tratar de reponerse de sus pérdidas.

Por principio de cuentas, habrá que decir que las malas cosechas por el retraso en las lluvias no eran precisamente excepcionales en esta zona. Entre 1935 y 1960, según recuerda la gente de más edad, las lluvias empezaron a atrasarse con cierta regularidad, a tal grado que llegaba a darse el caso de que por cada dos años de buenas cosechas se tuviera uno malo. Comprobar esto resulta sumamente difícil pues no se encuentran trabajos publicados que registren esta clase de anomalías del tiempo para la zona, ya que muchas veces ni siquiera se trata de verdaderas sequías, es decir, de que cierto año dejen de caer las lluvias, sino de que éstas se retrasaban. Para la gente que no vive del campo esto puede no representar demasiados trastornos pero, por lo menos hasta 1960, para los agricultores de Tepehuastitlán esto significaba verdaderos

descalabros, pues la semilla que utilizaban –llamada por ellos maíz largo, o grande– requería de una gran cantidad de agua, y si las lluvias se retrasaban<sup>38</sup> la planta no alcanzaba a desarrollarse por completo, ocasionando una sensible baja en el rendimiento de la cosecha, de tal modo que podía darse el caso de que un terreno rindiera de dos a cuatro cargas, cuando su rendimiento normal era de catorce o quince.

Las consecuencias eran más graves para quien trabajaba a medias, pues si la cosecha era mala se veía obligado a pedir maíz en préstamo para terminar de cubrir las necesidades alimenticias de su familia durante el año, al tiempo que se veía aun en mayor necesidad de conseguir un terreno a medias para sembrar en la próxima temporada.

Como ya vimos, en Tepehuastitlán los propietarios de tierras eran relativamente pocos; la mayor parte de los jefes de familia se veían obligados a trabajar a medias las tierras de las que sacaban el sustento. Bajo este sistema, el propietario aportaba una yunta de bueyes para labrar la tierra; la semilla para la siembra; una parte del apero para la yunta; dos cargas<sup>39</sup> de maíz y media limpia (del

---

<sup>38</sup> Esto merece una explicación: digamos que la experiencia campesina aconseja empezar a sembrar en determinada fecha a fin de que la época de las más intensas lluvias coincida con el tiempo en que la planta de maíz requiere de más agua; cuando estos cálculos fallan, es decir cuando las lluvias no se ajustan al calendario tradicional de los campesinos, las matas de maíz no alcanzan a desarrollarse como debieran y la mazorca no alcanza su tamaño normal, disminuyendo por ello drásticamente el volumen de la cosecha.

<sup>39</sup> Una carga de maíz equivale en estos lugares a 100 cuartillos, aunque se han registrado equivalencias distintas en otros lugares: “Tratándose de cereales, es la cantidad que se compone de noventa y seis cuartillos”, en Leovigildo Islas Escárcega, *Vocabulario campesino nacional*, México, edición del autor, 1945, p. 22. El cuartillo, por su parte, equivale a dos litros y a poco menos de kilogramo y medio de maíz. Según Leovigildo Islas, se trata de una “antigua unidad de medida para áridos” que, de acuerdo a sus indagaciones, se utilizaba ya muy poco en sus tiempos (1945), “pero todavía existen lugares apartados de la Mesa Central donde la emplean, y su equivalencia es de dos litros”, *Ibid.*, p. 30. Nótese que se habla de su equivalencia en litros y no en kilogramos, lo cual es muy significativo, ya que el peso dependerá del árido medido, por lo que dar una equivalencia en kilogramos sin especificar el árido en cuestión resulta absurdo: un cuartillo de frijol pesa más que uno de maíz, y uno de maíz pesa más que uno de tabaco, por ejemplo. Tepehuastitlán era una de esas regiones apartadas, pues el cuartillo era la unidad de medida común para el frijol y el maíz, sobre todo por razones de comodidad, pues casi todos podían construir o

terreno que se iba a sembrar). La semilla incluía tanto maíz como frijol, y ambos se sembraban al mismo tiempo; los aperos proporcionados por el propietario consistían en la reja de hierro para el arado y las coyundas de cuero para sujetar el yugo a los cuernos del buey; el resto de los aperos, es decir, el arado, el yugo, la mancera, la telera y las cuñas –todos ellos instrumentos de madera y que, por lo tanto, podían ser elaborados sin costo utilizando madera de árboles específicos del lugar– debían ser aportados por aquél que pedía trabajar la tierra a medias. Hay que agregar que las dos cargas de maíz proporcionadas por el propietario eran a título de préstamo para que el mediero y su familia pudieran subsistir mientras llegaba la temporada de cosecha, en noviembre. Por su parte, lo de media limpia significaba que cuando la hierba llegaba a una determinada altura, había que cortarla para que no estorbara el crecimiento de las matas de maíz al restarles nutrientes; esta labor debía de llevarse a cabo con la ayuda de peones, pues debía realizarse rápidamente, de manera que las matas de maíz aprovecharan el mayor número de días de lluvia y de sol sin plantas alrededor que compitieran con ellas. Era por esta razón que el mediero se veía obligado a contratar peones para limpiar su milpa, pues él solo no hubiera podido llevarla a cabo con la suficiente rapidez, y era precisamente la mitad del costo de esta limpia la que era cubierta por el propietario. Hay que agregar que el mediero tenía derecho a cultivar con la misma yunta

---

mandar construir un cuartillo, que es un cubo de madera de 15 cm por lado al que le falta una de sus caras. Las básculas tal como las conocemos no se usaban por aquellas localidades; para pesar otro tipo de artículos se empleaba una balanza rudimentaria en uno de cuyos platos –que aquí eran jícaras– se colocaba una piedra de río cuyo peso era exactamente un kilo o medio kilo, colocando en el otro el producto que se deseara medir hasta que su peso igualara al de la piedra. Para pesar cerdos se usaba la “romana”, una báscula especial que se hacía pender de la rama de un árbol, generalmente, consistente en una barra de hierro con ranuras grabadas sobre ella, cada una correspondiente a un determinado número de kilos, sobre la que se deslizaba un contrapeso: cuando la barra quedaba en posición horizontal era porque se había dado con el peso exacto del animal. De hecho éste es el principio utilizado en las básculas de barra que podemos encontrar todavía en algunas tiendas de barrio.

de bueyes con la que sembraba las tierras del propietario una superficie equivalente a un cuartillo de sembradura, que a su vez equivalía aproximadamente a media carga de maíz, o poco más. A esta superficie se le denominaba *catishla*.<sup>40</sup> Generalmente, esta superficie se le concedía al mediero en los alrededores de su casa, la cual construía en terrenos –por supuesto– del mismo propietario con quien había contratado la “media”, y equivalía aproximadamente a un terreno de media hectárea.

En la *catishla* el mediero sembraba el *tremesino*<sup>41</sup> (derivado de “tres meses”), que era una semilla distinta a la que se sembraba normalmente en el resto de las tierras de labor de Tepehuastitlán. Este tipo de maíz, que de acuerdo a las informaciones recabadas ya nadie en Tepehuastitlán posee –lo que habla del empobrecimiento de las variedades de maíz en la región–, tenía la particularidad de que maduraba más rápido, lo cual tenía sus ventajas, pues si las dos cargas de maíz que el mediero recibía en préstamo se agotaban antes de noviembre, que era cuando el maíz largo podía empezar a cosecharse, tenía la opción del *tremesino*, que para julio ya tenía elotes, y para principios de octubre mazorcas, las cuales todavía no estaban completamente maduras pero sí en sazón, lo que en este caso significaba que ya podían cosecharse, desgranarse, extender el grano al sol para secarlo y, posteriormente, cocerlo a fin de preparar el nixtamal con que se preparaban las tortillas.

Dado que el desarrollo de este tipo de maíz es más acelerado, podríamos preguntarnos por qué se prefería el maíz largo para las tierras de labor. La razón es que, aparte de madurar más rápido y de

---

<sup>40</sup> Se trata seguramente de una palabra náhuatl cuya etimología no he logrado descifrar, pese a que la he buscado en los diccionarios especializados con distintas grafías. La que pongo es sólo una transcripción fonética.

<sup>41</sup> Se le llamaba así porque su periodo de maduración era de tres meses; a los tres meses ya tenía elotes.

tener un sabor bastante dulce, el *tremesino* no tenía ninguna otra ventaja frente a aquél: el olote era grueso y los granos pequeños, lo que hacía que su rendimiento fuera muy inferior al del maíz largo, cuyo olote, en cambio, era bastante delgado, mientras que los granos de la mazorca eran mucho más grandes que los de aquél. En suma, se prefería el maíz largo porque su rendimiento era mayor que el del *tremesino*; éste, por su parte, aunque podría considerarse de inferior calidad en cuanto a rendimiento, cumplía una función muy precisa, esto es, la de proporcionar grano nuevo para preparar las indispensables tortillas cuando los campesinos agotaban sus reservas del primero

Por lo que respecta al préstamo de maíz, en noviembre, después de haber cosechado, limpiado la mazorca y desgranado el maíz, se procedía a medirlo por cuartillos a fin de determinar el número de cargas recogidas en la temporada y a dividir las en dos partes; finalmente, de la mitad correspondiente al mediero, éste debía devolver al propietario, además de la yunta y los aperos que le habían sido facilitados, aquellas dos cargas de maíz.

De acuerdo a las estimaciones de la mayoría de la gente, se necesitaba una carga de maíz para alimentar a una persona al año, por lo que una familia de entre cinco y siete miembros necesitaba sembrar lo suficiente para cosechar un promedio de ocho cargas de maíz al año para cubrir sus necesidades alimenticias. En Tepehuastitlán el terreno sembrado no se mide exactamente por hectáreas, sino por yuntas, es decir, la superficie de tierra que un hombre solo podía cultivar con una yunta de bueyes a lo largo de una temporada de lluvias. Se entiende que para el común de los hombres en regulares condiciones de salud y vigor físico ésta es una cantidad precisa de siembra, generalmente medida en cuartillos; así,

trabajar una yunta equivalía a sembrar de 20 a 25 cuartillos de semilla, lo que a su vez rendía un promedio de 15 a 18 cargas de maíz.<sup>42</sup> Esto significa que hecha la partición con el dueño de la tierra, al mediero le quedaban alrededor de 7 ó 9 cargas de maíz, una cantidad que podía ser suficiente para alimentar a su familia durante un año, pero que difícilmente permitía hablar de suficientes excedentes como para que el campesino sin tierras pudiera ahorrar lo suficiente para estar en capacidad de adquirirlas, lo cual explicaría en parte la escasa circulación de este bien.<sup>43</sup>

Además, habrá que considerar que una cosecha de tal número de cargas de maíz se daba sólo en aquellos años en que el régimen de lluvias seguía patrones que de acuerdo a la experiencia campesina se consideraban normales, es decir, cuando las lluvias no sufrían retraso y seguían cayendo durante el tiempo necesario para que las matas de milpa crecieran y los granos de maíz “llenaran” dentro de la mazorca. Pero, como ya se dijo, no siempre sucedía así; había temporadas en que llegaba agosto, que es cuando la milpa empieza a jilotear y cuando más necesita el agua, y las lluvias no acababan de empezar a caer con regularidad. Era entonces, como dice un informante, “cuando se acongojaba la gente” y empezaba a cundir la desesperación, e incluso se daba el caso de que esa misma gente,

---

<sup>42</sup> De los informes recabados se desprende que el rendimiento promedio por cuartillo de semilla era de 0.6 a 0.8 de carga, es decir, un cuartillo de semilla rendía de 60 a 80 cuartillos de maíz; comparado con el rendimiento del trigo, que es de 1 a 25, el maíz es un grano de alto rendimiento por unidad de medida, aunque parece que en cuanto a su rendimiento energético está en desventaja frente al mismo. La adaptación, en todo caso, del grano a los accidentes de esta zona es total; así, aunque dentro del territorio municipal de Amatepec, dentro del que se ubica Tepehuastlán, existen nueve localidades que proceden de haciendas, en ninguna de ellas se siembra trigo, aunque algunas parecen tener condiciones para ello.

<sup>43</sup> Como se verá más adelante, a este fenómeno contribuía la estructura tradicional de la familia en la zona, la cual favorecía la permanencia de la tierra en manos de los miembros varones de la familia, más bien que en la de las mujeres, en cuyo caso la tierra se consideraba que pasaba a manos de la familia del marido.

sobre todo las mujeres, se fuera “a un cerrito cercano a pedirle a Dios que viniera el agua”.<sup>44</sup>

En las malas temporadas, que al decir de los informantes de más edad no eran tan raras como uno pudiera suponer, incluso para esos tiempos, lo más que llegaba a cosechar una persona eran entre dos y cuatro cargas, si había suerte, y a veces nada, o casi nada, con lo que al mediero no le quedaba más remedio que pedir maíz prestado y esperar que la próxima temporada fuera mejor, o bien, irse a otra parte, lo cual podría explicar la alta rotación de medieros que de acuerdo a los informes se daba en Tepehuastitlán por estos años, fenómeno que resulta más evidente en la década de 1930 a 1940, en la cual –de acuerdo a los censos– la población de Tepehuastitlán no sólo no creció, sino que decreció: de 263 habitantes que tenía en 1930 pasó a 260 en 1940, y esto sólo una década después de que, a raíz de la terminación del conflicto revolucionario, la cuadrilla hubiera visto duplicada su población, de 129 almas en 1921, a 263 en 1930. Y es que aparentemente esta población sin tierra, que sólo era dueña de su fuerza de trabajo, se quedaba en la cuadrilla uno o dos años, a veces incluso más si le tocaban buenas temporadas, y luego se iba a otra parte a seguir probando fortuna.

Los propietarios, al contrario de lo que sucedía con sus medieros, nunca parecieron tener tantos motivos para acongojarse, incluso en las malas temporadas. Y esto resulta bastante comprensible si consideramos que uno solo de sus medieros podía darle en una

---

<sup>44</sup> Testimonio de E. J. F. Es bastante curioso el hecho de acudir precisamente a un cerro para pedir a la divinidad que mande las lluvias. Gabriel Espinosa Pineda, en *El embrujo del lago. El sistema lacustre de la Cuenca de México en la cosmovisión mexicana* (México, UNAM, 1996, p. 76), nos habla acerca del lugar que el cerro ocupaba en la cosmovisión indígena: “Creían que los cerros eran como recipientes que se hallaban repletos de agua (entre otras cosas) y que en época de lluvias liberaban esa agua, mientras en secas la retenían...” Obviamente, haría falta un estudio más riguroso en este sentido para poder hablar de una supervivencia en esta localidad mestiza de creencias indígenas como la que acabamos de citar; no obstante, quise dejar constancia de esta coincidencia precisamente porque podría ser reveladora de la existencia de dicho fenómeno.

buena temporada suficiente maíz para mantener a toda su familia durante un año. Y había propietarios que llegaban a tener hasta cuatro medieros por temporada, como era el caso de don Carlos Jaimes, que llegó a tener hasta ocho medieros en un solo año, lo que puede dar una idea de los excedentes que podían llegar a acumular y del poder económico que ello les confería frente a los vecinos que no tenían la fortuna de ser dueños de un pedazo de tierra en Tepehuastitlán. Esto es lo que explica que, a principios de la década de los cuarenta, don Carlos Jaimes, que había llegado a ser, como ya hemos dicho, tal vez el más importante propietario de tierras y ganado en la localidad, haya estado dispuesto a donar una fracción de uno de sus terrenos para la construcción de una iglesia y, eventualmente, para que quienes así lo desearan construyeran su casa a la vera de la misma, con lo cual ciertas familias que no eran siquiera de la localidad aceptaron la oferta y se acercaron en la localidad, como doña Polonia y su familia, que provenía de Los Cuervos, una localidad de Tejupilco; como ella, otras seis familias al menos se vieron favorecidas por esa donación.<sup>45</sup> Las casas fueron ordenadas de acuerdo al patrón tradicional, pues dejaron frente a la capilla una plaza rectangular de unos cuarenta metros de lado que parecía ser un espacio respetado por todos, pues en 1999 don Eduardo Jaimes manifestaba con algo de escándalo que alguien se había atrevido a construir invadiendo parte del espacio de dicha plaza, aunque con la anuencia del heredero de los terrenos que rodean las edificaciones.

---

<sup>45</sup> Hasta la fecha, los herederos de aquellos primitivos pobladores del casco de la cuadrilla siguen conservando la propiedad de la casa construida por sus ancestros; sólo en los casos en que sus propietarios se fueron para siempre, permitiendo que se arruinara y derrumbara la casa que había sido de ellos, el heredero de don Carlos Jaimes ha podido vender el sitio a quien ha deseado construir una nueva vivienda en ese lugar. En este caso se trata de alguien que generalmente vive en la Ciudad de México o que trabaja en los Estados Unidos, pero que aún conserva algunos bienes en tierra o ganado heredados de sus padres o abuelos y que desea tener un lugar a dónde llegar en caso de necesidad.

No obstante, habrá que tomar en cuenta que, salvo algún defecto o enfermedad que se los impidiera, los dueños de la tierra generalmente no rehuían trabajarla. Según el testimonio de sus hijos, don Carlos continuó cultivando su “rosita”<sup>46</sup> y trabajando con la yunta hasta que sus fuerzas se lo permitieron. La forma de vida era una sola para todos los habitantes de Tepehuastitlán, hecho que se manifestaba en la ropa usada normalmente en aquella época, compuesta de camisa y pantalón de manta, además del indispensable sombrero, para el hombre, y del vestido sencillo para la mujer, como se muestra en esta fotografía de fines de la década de los treinta.

Don Carlos Jaimes y familia hacia 1937\*



\* Foto tomada por don Gumersindo Macedo\*

<sup>46</sup> Así llamaban a una superficie de terreno, impropia por su inclinación para sembrar con yunta, generalmente en las cercanías de la casa, que la gente cultivaba con barreta mediante el sistema de “roza y quema”, de ahí el nombre de “rosita” o “rozita”, que tal vez sea más apropiado.

Eso por una parte; por la otra, hay que agregar que la propiedad de la tierra, además de permitir la concentración de la riqueza mediante el cultivo de la tierra “a medias”, también la favorecía al poder contar con un terreno que podía destinarse a potrero para la crianza y alimentación de ganado. Como generadores de riqueza en Tepehuastitlán, ambos factores iban de la mano: la tierra era la base de la prosperidad, pero el ganado la acrecentaba, pues la venta del mismo permitía, en primer lugar, la compra de más tierra, que era sin discusión el bien máspreciado, así como también la fuente de mayores conflictos. Por otro lado, resulta muy claro, de acuerdo a lo anterior, que el sistema de cultivo en este periodo, y hasta 1980, aproximadamente, precisaba de animales de tiro para llevarse a cabo. Quien no tenía yunta de bueyes se veía obligado a rentarla para poder cultivar sus propias tierras o para dotar a sus medieros de todo lo necesario para cultivar aquéllas. La renta de una yunta también se pagaba en maíz –raramente en moneda–, y para esta época el que rentaba debía pagar 4 cargas de maíz al término de la cosecha, cantidad que con el tiempo se elevó a 10, tal vez porque aumentó el riesgo de pérdida de la misma, o porque disminuyó el número de cabezas de ganado, o a una combinación de ambos.

Resumiendo, en lo que a propiedad de la tierra se refiere y posibilidades de los medieros de hacerse de algún bien inmueble, podría decirse que éstos tenían muy escasas posibilidades de conseguirlo en Tepehuastitlán para el periodo que estamos estudiando, y hasta 1980 por lo menos, cuando los ingresos obtenidos por los emigrados fuera de la región permitió a algunos de ellos aplicar una parte de aquéllos a la compra de tierras. La razón parece ser muy simple: el sistema de trabajo “a medias” colocaba en manos de los propietarios de tierras unos excedentes

desproporcionadamente altos con respecto a sus medieros, excedentes que en la mayoría de los casos eran ahorrados en la forma de acumulación de activo fijo, principalmente tierra y ganado,<sup>47</sup> lo cual los alejaba aún más, en términos de oportunidades de acceso a la propiedad de la tierra, de aquellos que trataban de acceder a ella mediante el ahorro de excedentes desde una posición de mediero. Como ya se dijo, hasta la década de 1980, e incluso hoy en día, excepción hecha de pequeñas fracciones compradas por emigrados que regresan con dinero desde los Estados Unidos, la tierra en Tepehuastitlán ha permanecido en manos de las mismas familias que después de los primeros acomodados se hicieron de ella durante los años que van de 1900 a 1940. Desde este punto de vista, podemos decir entonces que en cuanto a la propiedad de la tierra lo que se registra es una permanencia, mientras que por lo que toca a las técnicas de cultivo y el uso propiamente dicho del suelo se han registrado grandes cambios de aquella época a ésta, como después veremos.

---

<sup>47</sup> Es decir, desde un criterio puramente económico, la adquisición de fincas rurales por parte de quien debido a su situación dentro de las relaciones sociales de producción cuenta con mayores oportunidades de acceso a la tierra, no tiene que ver necesariamente con alguna especie de avaricia con respecto a las fincas rústicas, sino que puede verse como el comportamiento más lógico o razonable por parte de quien llega a acumular excedentes y que no encuentra a la mano ningún otro medio de invertirlos provechosamente (véase, por ejemplo, Catherine Mansell Carsten, 1995, *Las finanzas populares en México*, México, CELAM-ITAM-Edit. Milenio). Con respecto a cierta sabiduría particular en los campesinos por el hecho de invertir su capital en la compra de tierras por ser éste un bien que no pierde su valor, habría que decir que todo depende del lugar y de la época; actualmente, no se ve que todos los que disponen de cierto capital se abalancen a comprar tierras en Tepehuastitlán. Si saben conducir un vehículo, probablemente lo que hagan sea comprar una camioneta *pick up* para dar el servicio de transporte de pasajeros a Amatepec o a Tejupilco, lo cual en la práctica parece ser mucho más rentable. Es decir, las posibilidades de inversión se han diversificado, y con ellas las decisiones de en qué aplicar los ahorros: se invertía en la tierra mientras no hubo la posibilidad de un mercado alterno que atender.

**El cura con mujeres de Tepehuastitlán,  
El Salitre y Chapuluapan, *circa* 1944\***



\* Fotografía de autor desconocido.

Aunque a misa asistían todos por igual, eran siempre las mujeres las que mostraban más apego por el sacerdote.

**Hombre y caballo con enramada al fondo\***



\* Foto tomada por Eduardo Jaimes.  
La enramada que se distingue al fondo a la izquierda está techada con el rastrojo de la milpa y se utilizaba para alimentar al ganado en tiempo de secas.

### **1.2.2. Tepehuastitlán, Chapuluapan y Amatepec: las redes de intercambio**

Hemos mencionado en repetidas ocasiones la Barranca de Chapuluapan. El nombre significa “río del chapulín” y ha dado nombre a una localidad aún más pequeña que Tepehuastitlán, situada unos tres kilómetros al oriente de este último. Como en el caso de la localidad que estudiamos, por Chapuluapan se entiende no sólo el pequeño conjunto de casas que se encuentra en una de las lomas del lugar, más empinadas aún que las de Tepehuastitlán, sino también el lugar por el que se encuentran dispersas las casas a lo largo de tres kilómetros barranca arriba. Los habitantes de las localidades vecinas conocen el lugar como La Barranca, La Barranca de Chapuluapan o simplemente Chapuluapan, que es como aparece registrada en los censos.

La Barranca debe su caudal a los centenares de pequeños escurrimientos que desembocan en esta especie de cañón desde las empinadas cumbres que la flanquean, y deposita sus aguas en el río San Felipe. Aunque la localidad aparece mencionada en los censos sólo a partir de 1950, registrando entonces 107 habitantes, los testimonios dicen que esta zona estuvo habitada por lo menos desde 1920 pues, como ya se dijo, don Carlos Jaimes, después de salir huyendo de su antigua casa a consecuencia de las correrías de los pronunciados en 1919, estuvo viviendo en El Ancón, dentro de los límites de Chapuluapan, y cultivando unas tierras que había rentado a un hombre de esa localidad. Lo que pudo haber sucedido es que ciertamente haya habido menos habitantes que en Tepehuastitlán por aquel entonces, como ocurre incluso en la actualidad, y que por ello mismo sus miembros hayan sido contabilizados como parte de la

población de alguna otra localidad –de San Martín, por ejemplo, de la cual se encuentra muy cerca–, hasta que por fin en 1950 se le haya considerado como una localidad independiente.

Chapuluapan es bastante más húmeda que Tepehuastitlán debido a la existencia de la barranca, que todavía a mediados de la década de 1960 contaba con un caudal que en la época de lluvias llegaba a medir de 10 a 15 metros en sus partes más anchas, lo que abrió la posibilidad para los dueños de los terrenos de las riberas de levantar huertas –sobre todo de naranjos, pero también de sandía, papaya, jitomate y chile, entre otros frutales– aprovechando para ello el agua de la barranca mediante la construcción de zanjas o “sangrías” por las que, valiéndose del desnivel existente entre la parte más alta y la más baja del cauce por el que discurren las aguas de la barranca, canalizaban éstas hacia la huerta para utilizarlas en el riego de los árboles y de los otros cultivos. Estas huertas empezaron a formarse a fines de la década de 1930, y parecen haber tenido su auge entre 1940 y 1970, aunque a fines del siglo XX varias de ellas habían desaparecido, ya sea por emigración de los propietarios o descendientes, ya porque el nivel de las aguas de la barranca había bajado sensiblemente, lo que dificultaba su utilización para las labores de regadío.

Chapuluapan tiene su importancia en esta historia porque durante unas tres o cuatro décadas permitió una cierta autosuficiencia alimentaria de los habitantes de estos lugares en cuanto a los elementos básicos de la dieta cotidiana. No quiero decir que los propietarios de huertas se hayan dedicado sólo a esta actividad; ellos, como todos en esta zona, tenían como actividades fundamentales el cultivo de maíz y frijol para su subsistencia, pero la producción adicional de frutales y de cultivos como jitomate, tomate

y chile permitió una cierta complementariedad entre las localidades favorecidas con el agua de la barranca y las que no disponían de ella, a través del comercio de sus productos. Esto no significa que haya existido un sitio específico en que se comerciaran estos productos, o que los productores de los mismos se hubieran dedicado a ofrecer sus productos por las localidades vecinas. Lo que sucedía es que cuando alguien hacía huerta de sandías, de papayas, o bien de jitomate y chile –aparte de la naranja, que era la fruta que se cultivaba de manera permanente–, los habitantes de las localidades vecinas que necesitaban de algunos de estos productos acudían a la huerta de don Francisco Acuña, de don Daniel Palencia o de su hermano, don Odilón Palencia y compraban ahí mismo el producto que necesitaban para su consumo familiar. Lo mismo sucedía cuando llegaba la temporada de la naranja, sólo que en esta ocasión la gente llegaba no sólo de El Salitre o Tepehuastitlán, sino del pueblo de Amatepec, por el oriente, y de otras localidades de Tejupilco, por el norte y el poniente. En este caso quienes llegaban a comprar no eran los consumidores directos, sino los intermediarios, con sus recuas de burros o mulas, quienes compraban el producto en las huertas de Chapuluapan para revenderlo más tarde en los mercados de la región, situados en los pueblos de San Miguel, Amatepec o Tejupilco. Incluso llegó a darse el caso, de acuerdo a las informaciones recabadas, de que llegaran comerciantes de alguno de los cercanos municipios del estado de Guerrero a comprar esta fruta.

No obstante, estaríamos exagerando la importancia del intercambio entre Tepehuastitlán y Chapuluapan si dijéramos que fue la producción hortícola de Chapuluapan, por otra parte bastante limitada, un factor tan importante como para explicar la permanencia de Tepehuastitlán a través del tiempo, sobre todo

porque lo que podríamos llamar el auge de la producción de frutas y hortalizas en Chapuluapan se dio entre 1940 y 1970; pero Tepehuastitlán existía desde antes, y siguió existiendo después de que varias de las huertas fueron abandonadas y el cultivo de hortalizas suspendido. De hecho, actualmente Chapuluapan, muchos de cuyos antiguos habitantes se encuentran en la margen opuesta a aquella en la que se construyó la carretera que conecta a la localidad con el pueblo de Amatepec y con la carretera que va a Tejupilco, es una localidad casi abandonada... y no por eso ha desaparecido Tepehuastitlán.

El comercio establecido entre Tepehuastitlán y Chapuluapan era estacional y limitado a unos cuantos productos, principalmente las hortalizas y algunas frutas como la sandía, la papaya, los plátanos y la naranja, pues hay que aclarar que para este tiempo muchas frutas que se daban con abundancia en Chapuluapan, como varios tipos de guayaba, el nanche, el bonete, el cuaguayote y otros no estaban sujetos a la fiscalización del propietario del terreno en que crecían, y los paseantes podían tomar de los mismos sin temor a ser reprendidos por ello: el producto abundaba y muchas veces se pudría en los árboles sin ser consumido. Algo semejante ocurría con frutos que se daban con mayor abundancia en el terreno algo más seco y árido de Tepehuastitlán, como el guaje, el mango, el pinzán, la anona y la ilama o chirimoya. Se daba el caso de que estos amables árboles crecieran a la vera del camino real, y algo del carácter público de este último se comunicaba a los frutos de aquéllos, y cada quien tomaba libremente de la fruta que gustaba.

Es decir, aquel comercio era estacional, limitado a unos cuantos productos y poco estructurado, tal vez porque en realidad no se trataba de productos esenciales para la dieta alimenticia de los

habitantes de los alrededores. Pero si estas débiles relaciones comerciales no explican de ninguna manera la reproducción material de la vida campesina de Tepehuastitlán y Chapuluapan, sí lo hacen – en parte, al menos– al nivel de la reproducción de la vida social o comunitaria. Porque tal vez más que ocasión para mercadear un producto, la maduración de las sandías y de las naranjas parece haber sido un motivo más de reunión, de estrechamiento de lazos afectivos o amorosos, de juego y de diversión en un espacio común para viejos, jóvenes y niños. El ‘comercio social’ –en el sentido de reproducción de la vida en comunidad; es decir, el conjunto de eventos encaminados a fortalecer las relaciones sociales de parentesco, compadrazgo, amistad, etc., que caracterizan la vida de cualquier pequeña comunidad– parece haber sido más importante que el mero intercambio material de los productos; o bien, que éste era un magnífico pretexto para propiciar aquél. Así, los jóvenes de El Salitre y de Tepehuastitlán bajaban a Chapuluapan para comer fruta, pero también para ver a las muchachas. Casarse con mujeres de una localidad distinta a la propia, es decir, practicar la exogamia local, es una costumbre que también parece privar aquí, aunque como en todos los lugares hay quienes han contraído matrimonio con miembros de la propia localidad. Pero hombres como Tomás Molina, Eduardo Jaimes, Carlos Jaimes y Abraham Jaimes, todos ellos de Tepehuastitlán, buscaron y encontraron mujer fuera de su localidad; y como ellos, otros.

Volviendo al tema del mercado, podríamos decir que Chapuluapan y Tepehuastitlán se complementaban sólo en lo relativo a unos cuantos productos perecederos; que los *chantes* proveían a la casa de las cosas menudas como botones, peinetas, espejos, ollas y cazuelas de barro, y que los pueblos de Amatepec y San Miguel, que

en aquel tiempo fungían como centro económico de las localidades que acabamos de mencionar, proveían a sus habitantes de todo lo que no podían fabricar por sí mismos.

Los que subían a San Miguel y a San Gaspar Amatepec eran los hombres, a pie o a caballo, y allá mercaban los productos manufacturados que en Tepehuastitlán nunca llegaron a fabricarse. Allá compraban azúcar, café (cuando no había en Chapuluapan, porque también esta planta llegó a cultivarse aquí, lo mismo que el tabaco, aunque sólo para el consumo doméstico de aquellos pocos propietarios que poseían semilla, huerta y agua para regarla), petróleo (para los mecheros o “aparatos” con que se alumbraban de noche), ropa confeccionada, reatas, sillas de montar, cueras y espuelas para torturar a los caballos, así como también esos pesados instrumentos que hacen a los hombres sentirse más *ídem*: pistolas y balas suficientes para disparar en las fiestas y hacer saber a los demás que se está muy alegre, y también para, de vez en cuando, cada que se presenta la ocasión, despachar a algún imprudente cristiano al otro mundo.

Y mientras los hombres subían a los cerros en que se hallan San Miguel y San Gaspar Amatepec, las mujeres, por su parte, esperaban pacientemente en su casa al *chante*, ese comerciante itinerante (de la etnia otomí, generalmente) que llegaba por los caminos reales desde el lejano norte del Estado de México para cambiar ollas, agujas y jabones de olor por gallinas y huevos, pero también por dinero, aunque parece que éste se reservaba para las compras que se hacían con los comerciantes establecidos de aquellos pueblos, los cuales no admitían el trueque en sus operaciones. Y esto es interesante, porque de la existencia del *chante* y de la naturaleza de sus operaciones comerciales con la gente no sólo de Tepehuastitlán,

sino de todas las localidades dispersas por las montañas de los alrededores, podemos concluir que la economía mercantil de base monetaria no se había terminado de imponer aún para este periodo, y que serán los productos manufacturados los que aceleren el cambio hacia una economía de este tipo, pese al desequilibrio que al menos en este caso se resiente entre los valores de los productos del campo frente a los productos manufacturados de las ciudades.

No obstante, lo que hay que dejar claro es que si algo había que verdaderamente fuera esencial para los habitantes de Tepehuastitlán, de Chapuluapan, de El Salitre, de San Martín o de cualquiera de estas localidades del suroeste del Estado de México, era el maíz. Este sí era en ese tiempo, y en gran medida lo sigue siendo, un producto estrictamente esencial, de ahí que podamos hablar de una cultura del maíz, lo cual por supuesto no es nada nuevo, pero tal vez valga la pena recordar algunas de sus características.

### **1.2.3. La cultura del maíz**

Las bondades intrínsecas del maíz frente a cereales como el trigo han sido ya suficientemente documentadas,<sup>48</sup> y tal vez sea innecesario volver sobre la cuestión. Será más útil, me parece, hablar de lo que para el campesino de Tepehuastitlán representaba este grano; de la sabiduría ancestral aplicada a su cultivo y del aprovechamiento que hacían del mismo y de los cultivos con los que lo combinaban.

---

<sup>48</sup> Véase Arturo Warman, *La historia de un bastardo: maíz y capitalismo*, México, UNAM-FCE, 1995, especialmente las pp. 24-40.

En cuanto a lo primero, el maíz lo era prácticamente todo para estas familias; podía no haber frijoles o chile,<sup>49</sup> pero si la familia podía disponer de tortillas para su alimentación, podían sobrevivir: unos tacos con sal les daban la suficiente energía para seguir trabajando y luchando por la vida. Esto tiene que ver con la gran cantidad de almidón contenida en los granos del maíz, “el carbohidrato esencial para la obtención de calorías en la alimentación humana”.<sup>50</sup> El frijol y el chile contienen proteínas necesarias para una alimentación mínimamente balanceada, pero indudablemente el mayor proveedor de energía en estos lugares es el maíz.

Es cierto que casi no había familia, por pobre que fuera, que no tuviera unas cuantas gallinas, un guajolote y a veces uno o algunos puercos, pero los alimentos de origen animal seguían siendo escasos. Las aves se mataban para comer su carne sólo en ocasiones especiales, como la visita repentina de algún familiar o compadre, y generalmente los sacrificados eran los machos, pues las hembras eran necesarias porque la venta de los huevos podía llegar a solventar algunos compromisos que sólo con dinero podían cubrirse. E incluso la cría de estos animales requería una cantidad suplementaria de maíz para alimentarlos, pues aun cuando seguramente desconocen el contenido en carbohidratos del maíz,

---

<sup>49</sup> Por allá, ‘chile’ significa lo mismo que para nosotros ‘salsa’, sólo que prepararla con jitomate, cebolla y cilantro, además del chile propiamente dicho, era un lujo que no siempre estaba al alcance de todos en Tepehuastitlán. Allá se le decía –y se le sigue diciendo– chile tanto a la salsa preparada con algunos de esos ingredientes como a la que se preparaba simplemente con agua, sal y chile, aunque tal vez estoy pintando una imagen demasiado ‘miserabilista’ de la cuestión, porque el tomate o el jitomate se podía sustituir con semillas de parota u otras semillas, tanto o más nutritivas quizá que el jitomate o el tomate, las cuales, tostadas y molidas en el molcajete con el agua, la sal y el chile, producían una salsa cuyo recuerdo aún me hace agua la boca. Y hay bases para hablar así: René O. Cravioto, en “Valor nutritivo de los alimentos mexicanos”, en *América Indígena*, vol. XI, núm. 4, octubre de 1951, p. 303, establece que las semillas del guaje, de la parota y de la calabaza tienen un contenido proteínico más alto incluso que el de los frijoles comunes y corrientes.

<sup>50</sup> Warman, *op. cit.*, p. 39.

saben muy bien que si se trata de engordar un puerco deben alimentarlo diariamente con maíz, y a las gallinas igual, de tal manera que si las disponibilidades de maíz eran pocas, sus posibilidades de poseer este tipo de animales disminuían, y con ello la oportunidad de consumir proteínas animales.

El caso es que este tipo de dieta –que no difiere demasiado, salvo por la escasa carne de aves y cerdos, de la que podía ser habitual para los indígenas antes de la conquista– resulta insuficiente de acuerdo a los estándares oficiales, pero permite la sobrevivencia de la gente, asunto que también ha sido ampliamente discutido.<sup>51</sup> Es decir, los alimentos son escasos, pero permiten la reproducción, y sobre todos ellos priva el maíz, gracias al cual el mundo campesino podía seguir andando.<sup>52</sup>

En Tepehuastitlán el maíz, esto es, tanto la planta como el grano, se aprovechan prácticamente en todas sus fases de maduración: en agosto, cuando la milpa ha empezado a jilotear, esto es, cuando empiezan a surgir las pequeñas mazorcas, éstas sirven como ‘muñecas’ a las niñas en sus juegos, y las hojas de la planta sirven para envolver los tamales, que se preparan, faltaba más, con masa de maíz y una gran diversidad de ingredientes. Después viene la época en que se puede comer bajo la forma de elotes, ya sea cocidos en agua o asados a la lumbre. A fines de octubre, cuando la mazorca ha terminado casi de madurar, las *camaguas* –así se le llama a aquélla en esta fase de su maduración– se les despoja de su cubierta

---

<sup>51</sup> De acuerdo a Brading, antes de ser conquistados por los españoles, la alimentación de los indios era “... exigua, con un consumo de calorías por debajo de las normas actualmente aceptadas, pero suficientes en cantidad y composición para la supervivencia y crecimiento de la población”; en David Brading, “Otra vez la historia: alegría y explotación”, en *Nexos*, núm. 53, mayo de 1982, p. 41.

<sup>52</sup> Del ganado mayor, sólo al bovino y al caprino no se les daba maíz; por su parte, el ganado equino podía vivir del pasto y el forraje constituido por las hojas secas de la caña del maíz, pero si el dueño tenía que hacer un viaje a caballo, antes tenía que alimentar al animal con maíz para que éste resistiera el peso del jinete: también en este caso era este grano una fuente indispensable de calorías.

de hojas, o brácteas, y después son 'rayadas', como se hace con el queso, y la masa producto de esta operación, mezclada con canela, azúcar, manteca y algunos otros ingredientes, es utilizada para preparar las 'gorditas' de muertos (se preparan precisamente para ofrecerlas como ofrenda el día de muertos, en los primeros días de noviembre, aunque sus consumidores finales son los vivos, obviamente), que son a manera de pequeñas galletas cocinadas en hornos de leña y que constituyen uno de los dulces o golosinas más exquisitas que por allá se preparan.

Pero este es un inventario insignificante frente a la variedad de formas en que es preparado el maíz en Tepehuastitlán: hablé de tamales, pero éstos pueden ser de elote, 'nejos', de carne de cerdo, de ejote, de frijol, etc.; el atole que se prepara puede ser blanco, con piloncillo, con piloncillo y ciruelas, etc.; con maíz tierno se preparan laxcales –o lashcales–, que se comen con requesón o crema de leche; también se preparan 'gordas', 'gorditas' de manteca, de carne, de frijoles, etc. En fin, son muchos los guisos que se preparan con base en el maíz, cada uno con un sabor particular y a veces para consumirse en ocasiones específicas, pero el principal producto para el consumo cotidiano es sin lugar a dudas la tortilla, que se consume todos los días durante todo el año y que sirve de base a la alimentación de toda esta gente en este periodo... aún ahora.

No obstante esta diversidad de formas en que el maíz puede ser preparado para el consumo, si tomamos en cuenta que la base de todas ellas es sólo este cereal, tendremos tal vez que concluir que la variedad es sólo aparente, y que la alimentación de la gente de Tepehuastitlán en este periodo, y en general del mundo rural, resulta bastante pobre en cuanto a diversidad y calidad de nutrientes, y eso es precisamente lo que nos hace decir que la vida de la gente giraba

en torno al maíz y que, por lo tanto, puede caracterizarse como una cultura del maíz. Esta afirmación, no obstante, tendríamos que matizarla, pues si no tenemos más remedio que reconocer la casi total dependencia de los productos del maíz por parte de los habitantes de Tepehuastitlán en lo que toca a su alimentación y a la de sus bestias, también tendremos que reconocer, junto con Warman, una similar dependencia del maíz con respecto a los cuidados del campesino:

La maravillosa mazorca, que concentra ordenadamente las semillas y las protege con una cobertura para beneficio de los hombres, impide que el maíz pueda dispersar naturalmente sus semillas para preservarse. Las mazorcas, con cientos de semillas apretadas que si germinan al mismo tiempo compiten hasta aniquilarse, no producen plantas viables dejadas al arbitrio de los fenómenos naturales. Sin el trabajo humano, que separa y dispersa las semillas, el maíz desaparecería en corto tiempo. Hombre y maíz dependen uno del otro para subsistir, reproducirse y preservarse como especie.<sup>53</sup>

La aclaración no es gratuita: decir que el hombre depende casi absolutamente del maíz podría llevar a pensar que el cereal es un gracioso regalo de la naturaleza al hombre americano, de cuyas tradiciones alimentarias y técnicas de cultivo los pobladores de Tepehuastitlán son simples herederos. Como podemos ver, no se trata de esto: de acuerdo a suposiciones no desmentidas hasta ahora, la planta del maíz tal como la conocemos es una paciente obra de selección de material genético y conocimientos de muchas generaciones, que es como decir que el maíz es un producto del hombre americano, hecho a la medida de sus muy específicas y particulares necesidades, lo cual puede resultar coherente con el

---

<sup>53</sup> Warman, *op. cit.*, p. 40.

hecho de que la casi totalidad de las partes de la planta del maíz es aprovechada por las familias que la cultivan, y de que la mazorca puede ser utilizada como alimento prácticamente en casi todas sus fases de maduración, lo cual, si hemos de creer a Juan de Cárdenas, no ocurre con ninguna de las semillas tradicionalmente cultivadas en el viejo Mundo.<sup>54</sup>

Tal vez se exagera un poco y no se trata exactamente de una planta creada a la medida de las necesidades humanas, pues en ese caso las variedades existentes resentirían menos la escasez de las lluvias; lo que se quiere dar a entender es que la vida de los hombres y mujeres del mundo rural, y de Tepehuastitlán en particular, ha logrado adaptarse perfectamente a las posibilidades alimenticias y de todo otro tipo ofrecidas por el maíz, y que la combinación de cultivos en que entraba la planta de esta gramínea para este periodo en Tepehuastitlán era la más adecuada, excepto en lo que a la utilización de animales de tiro se refiere, pues en terrenos tan empinados como los de esta localidad, lo único que se lograba al roturar la tierra con el arado era acelerar la erosión del suelo y la pérdida de los nutrientes necesarios para el desarrollo natural de la planta. Como veremos más adelante, el desarrollo de las vías de comunicación hasta estos montañosos lugares y la puesta al día de sus habitantes implicó una consecuencia paradójica: la modernización en las técnicas de cultivo implicó en lugares con similares condiciones topográficas una vuelta generalizada a la

---

<sup>54</sup> Juan de Cárdenas fue un médico sevillano emigrado a México que en 1591 publicó un libro con el título de *Problemas y secretos maravillosos de las Indias* donde mencionaba a aquella como una de las ventajas de la gramínea americana frente a las europeas: “Lo cuarto, por la brevedad y presteza con que antes, como dicen, de nacido comienza a sustentar al hombre, porque desde el mismo punto que comienza a brotar la pequeñuela mazorca, metida en un zurroncillo de hoja, que es lo que llaman los indios jilote, y después de que se forma el grano, estando como dicen en leche, y después de cogido, siempre sirve de sustento y aun de apetitoso regalo, como lo es el elote verde después de asado o cocido, de suerte que también en esto se aventaja a todas las semillas, pues ninguna es de provecho antes de ser madura y sazónada, y ésta lo es aun antes de que se forme y se pueda llamar maíz.” En A. Warman. *op. cit.*, p. 32.

técnica empleada antiguamente por los indios en el cultivo del maíz, la cual se reconoció de pronto como la más adecuada para lugares con características fisiográficas como las que privan en estos lugares, sólo que el instrumento usado para perforar la tierra y depositar en el hueco la semilla no es ya de madera ni se llama coa, sino barreta, y es de fierro.

Otra cosa que es bastante interesante es que las posibilidades de uso del maíz se extendieron incluso a la alimentación de animales ajenos al ámbito americano, como en el caso del ganado mayor y menor traído a estas tierras por los europeos. Pero primero veamos un poco lo que ahora tenemos forzosamente que calificar como sabiduría ancestral en lo que se refiere a los cultivos que acompañaban al maíz, para ver después cómo la necesidad de alimentar el ganado encontró cabida dentro de las posibilidades del cultivo maicero.

#### **1.2.4. El frijol de milpa**

El cultivo del maíz en Tepehuastitlán va siempre acompañado del cultivo del frijol; éste último, de acuerdo con los especialistas, complementa perfectamente al maíz, y aun ahora los frijoles y las tortillas es algo que casi nunca falta en ninguna de las casas de Tepehuastitlán a la hora de la comida. Se podía prescindir de todo en una vivienda de la localidad, menos de un plato de frijoles y unas tortillas de maíz (con la salvedad mencionada más arriba, en el sentido de que en el último de los casos, incluso de los frijoles se podía prescindir, pero no de las tortillas).

Esta magnífica complementación en el ámbito de la alimentación, pues según se sabe los frijoles son una fuente muy importante de proteínas, se repetía en el ámbito del cultivo propiamente dicho, pues así como el frijol complementaba al maíz en lo que toca a la alimentación de los seres humanos, lo complementaba también por lo que toca a la fijación del nitrógeno en la tierra, que parece ser el elemento que en mayores cantidades necesita éste para crecer; por su parte, el maíz proporciona la guía para la planta de frijol, que en su calidad de planta enredadora requiere de una planta erguida a la que sujetar su tallo en su camino a las alturas para rendir sus frutos. Se trata, en fin de una relación de complementariedad recíproca que tendría que extenderse a la calabaza, pues se trata de dos vegetales que no compiten con el maíz ni por el sol ni por el agua, ni por los minerales que extraen del suelo para desarrollarse plenamente, lo cual significa que la cultura del maíz ha encontrado la manera de hacer más eficiente el trabajo o cultivo de la tierra por unidad de superficie, al haber asociado plantas que no compiten, sino que se ayudan entre sí.<sup>55</sup>

En Tepehuastitlán se cultivaban principalmente cuatro variedades de frijol: el de vara, los judíos, el de matón<sup>56</sup> y el de milpa. El de vara tiene la curiosa particularidad de que, al igual que el maíz *tremesino*,

---

<sup>55</sup> “La calabaza es una planta rastrera que no compite por la luz con el maíz. Su follaje y sombra restringen el surgimiento de las malas hierbas y disminuyen la evaporación de la humedad del suelo.” Véase A. Warman, *op. cit.*, p. 31.

<sup>56</sup> El significado correcto de esta palabra es ‘pendenciero, bravucón’ (según el diccionario de la Real proviene de *matar*), pero en Tepehuastitlán y en las localidades de los alrededores significa lo mismo que ‘matojo’ o ‘matorral’: un arbusto bajo y con muchas ramas o, en este caso, de ‘guías’ de la planta del frijol que se enciman unas sobre otras y así crecen, florecen y rinden su fruto. En desagravio de los de Tepehuastitlán, podría decirse que puede tratarse no de un disparate sino de una pobreza semántica de los diccionarios, pues igual podría tratarse de una derivación de ‘mata’, una de cuyas acepciones, según el Larousse, es “planta perenne de tallo bajo, leñoso y ramificado” y que, por lo mismo, es propuesto como sinónimo de matorral. En Tepehuastitlán, ‘mata’ se aplica tanto a las plantas individuales de maíz, como de frijol o de geranio, pero nadie llamaría ‘matón’ a una planta de maíz, por lo que podríamos concluir que su uso está restringido a las plantas de tallo más bien bajo, mientras que la palabra ‘mata’ se reserva, en última instancia, a las de tallo alto. También se utiliza la palabra ‘matojo’, pero con el significado de haz de plantas o tallos.

madura más rápidamente que la variedad de milpa, tal vez porque habitualmente se siembra en las cercanías de la casa, en un pequeño terreno especialmente preparado y cercado para que no puedan penetrar en él las gallinas, los *cuches* (cerdos) o los perjudiciales chivos y chivas (cabras). Y resulta curioso el paralelismo que esta variedad tiene con el maíz *tremesino*; pareciera incluso que la misma sabiduría que guió al hombre<sup>57</sup> en su ‘creación’ o selección genética de la planta de maíz que conocemos, lo hubiera llevado a buscar otra que complementara a aquélla tanto en el campo de cultivo como en la mesa, pues lo mismo que dijimos para el maíz *tremesino* se puede aplicar al frijol de vara: llegado el caso, este frijol puede llenar las necesidades alimenticias mientras el de milpa termina de madurar.

Los frijoles judíos son más pequeños que los otros, de color negro, y la vaina que los contiene es aproximadamente dos veces más larga, razón por la cual puede contener hasta cuatro veces más semillas que las de las otras variedades. Por regla general, este tipo de frijol no se deja madurar por completo: se cosecha para comerse cuando está en sazón, es decir, cuando ha llegado a la fase de *camagua*. Se coce en agua la vaina completa, aunque sólo los granos son comestibles, con sal al gusto, y se sirve de la misma forma, pero ya sin el agua.

El frijol de matón se siembra entre la milpa o bien junto a la casa, en algún lugar cercado; la ventaja de ésta sobre las otras variedades es que no es una planta trepadora y que, por lo tanto, no precisa de varas o de alguna otra planta para enredarse en ella y desarrollarse,

---

<sup>57</sup> O más precisamente a las mujeres, pues algunos antropólogos sugieren que fueron ellas, más que los hombres –siempre fuera de su casa en persecución de alguna bestia correlona–, quienes debido a su más adecuada situación –respecto a este asunto en particular– en la división sexual del trabajo hicieron los primeros descubrimientos que llevaron a la invención de la agricultura.

aunque su rendimiento es menor, pues no se le dedica tanto espacio como al de milpa.

El frijol de milpa es el que se cultivaba en mayor cantidad, y se sembraba al mismo tiempo que el maíz. El sembrador llevaba dos morrales al frente sujetos a la cintura, y con la mano iba sacando los granos de maíz para dejarlos caer en un hueco hecho en el surco con el pie, hueco que cubría de tierra con otro movimiento del mismo; hacía esto mismo dos veces seguidas, y a la tercera o cuarta, junto con los granos de maíz, sacaba dos o tres granos de frijol y los arrojaba juntos al hoyo, para continuar la misma secuencia a lo largo de toda la extensión trabajada con la yunta. Posteriormente, por octubre o principios de noviembre, cuando los frutos de ambos estaban maduros, se procedía a la cosecha de los mismos; el frijol antes que el maíz por razones de comodidad, ya que al arrancar la mazorca del tallo, éste generalmente se doblaba sobre sí mismo a la altura de donde se le despojaba de la mazorca debido a la fuerza ejercida sobre él, hecho que hubiera entorpecido posteriormente la recolección del frijol.

De acuerdo a las informaciones, hubo un tiempo en que la cosecha del frijol se llevaba a cabo arrancando las vainas una por una del tallo de la planta, lo cual a la hora del vareado, ya en casa, dificultaba la liberación de la semilla de su cubierta protectora, pues ésta se apelmazaba al ser golpeada con la vara, hasta que se descubrió que resultaba más económico en cuanto a tiempo consumido en la cosecha, y también por lo que respecta a la limpieza de la semilla, arrancarlo de los surcos con todo y mata, reunir éstas en haces y formar rollos para transportarlos en hombros o en bestia a la casa y proceder a varearlo, lo cual tuvo mejores

resultados, pues el tallo y las hojas impidieron que las vainas se apelmazaran, facilitando así la liberación de la semilla.

Lo importante de todo esto, la sabiduría campesina a que nos referíamos, es la eficiencia en el trabajo a que este sistema de cultivo daba lugar, pues los dos pilares de la dieta básica de la gente de Tepehuastitlán en este periodo se cultivaban al mismo tiempo y sin que el frijol requiriera de una cantidad de trabajo adicional a aquella que se requería para el cultivo del maíz. Es decir, la cantidad de trabajo invertida en la preparación de la tierra era suficiente no sólo para el cultivo del maíz, sino también para el del frijol, e incluso de la calabaza, lo que medido en términos de eficiencia del trabajo para proveer a las personas de los medios necesarios de vida me atrevería a decir que resulta sorprendente, pues aunque el trabajo era duro, una buena cosecha podía ser suficiente para asegurar la comida de todo un año; una dieta pobre, es cierto, la cual de acuerdo a los estándares actuales es insuficiente para nutrir adecuadamente a las personas, pero que por lo menos libraba a estas familias de la preocupación por el futuro inmediato, cosa que tal vez no podamos decir de muchas personas que venden su fuerza de trabajo en la ciudad, cuya capacidad de adquirir alimentos depende en la mayoría de los casos de que se mantengan en condiciones de ofrecer diariamente su trabajo a cambio de una cantidad de dinero suficiente para comprar aquellos productos básicos.

### **1.2.5. La familia y la tierra**

Desde el punto de vista de los propietarios, por lo menos, este periodo fue de relativa abundancia; la tierra era bastante fértil, pese

a que no se abonaba y, salvo los años en que las lluvias se retrasaban, las cosechas solían ser suficientes para mantener cómodamente a los dueños de la tierra y a sus medieros. Alguien recuerda que una vez salieron de Chapuluapan hasta seis familias a trabajar las tierras de doña Magdalena Gaspar, la viuda de don Simón Sebastián. Cornelio Pudencio y su hermano Leoncio eran las cabezas de dos de esas familias. Pasaron en Tepehuastitlán dos años trabajando, al cabo de los cuales regresaron a su casa de Chapuluapan. Cuando las tierras que los medieros trabajaban estaban en otra cuadrilla, como en este caso, lo más común era que se construyeran una casa de zacate, relativamente fácil de construir y con un material que en ese entonces abundaba, en lo que duraba la temporada de aguas, con el fin de estar cerca de los campos de labor y no perder tiempo en los traslados, tiempo que podía llegar a ser vital.

La abundancia de gente a que se refieren estos testimonios no es una falsa impresión, sobre todo si consideramos que, aunque la revolución de 1910 no afectó de modo directo esta comarca, el temor a ser despojados de su vida o de sus bienes a manos de las bandas de “pronunciados” que con aquel pretexto arrasaron la zona, parece haber inducido a algunos a apartarse de los centros de población de más fácil acceso, fenómeno que se revirtió a partir de 1921 de acuerdo a las cifras censales. Reflejan también una relativa escasez de la mano de obra y de una correlativa abundancia de tierras, hipótesis que podría estar confirmada por el hecho de que los mismos informantes afirman que en dicho periodo la tierra se dejaba descansar uno y a veces dos años, con lo que incluso la afirmación de que entonces no era preciso abonar la tierra para obtener buenas cosechas debe ser matizada, pues es igualmente

cierto que en las tierras que se dejaban descansar era donde se acostumbraba guardar el ganado; es decir, eran utilizadas como potrero, por lo que tendríamos que concluir que aquella afirmación no toma en cuenta el abono natural proporcionado por las bestias.

Si intentáramos describir en unas cuantas líneas la estructura familiar de los habitantes de Tepehuastitlán, tendríamos que decir que las familias eran bastante numerosas, aunque para los estándares de la familia rural de la época en realidad no resultaban tan desmesuradas. Eran familias con un promedio de ocho hijos, de tipo patrilocal y patrilineal, en las que la mujer ocupaba una posición social marcadamente inferior a la del hombre.

Por ejemplo, don Carlos Jaimes y doña María Flores tuvieron nueve hijos, seis varones y tres mujeres; de estas últimas sólo una se casó, aunque no en Tepehuastitlán, sino en la Ciudad de México, donde vivía con una de sus tías. Su esposo es de Chapuluapan, y es la familia con menos descendencia, pues tuvieron sólo tres hijos. Si consideramos sólo a los hijos varones de don Carlos y de doña María, resulta que cada uno tuvo, a su vez, un promedio de entre ocho y diez vástagos (8.5 hijos), lo que es señal de una tasa bastante alta de natalidad, aunque si tomamos en cuenta también a las hijas este índice disminuye hasta un promedio de 6 hijos por familia, que de todos modos no resulta un promedio muy bajo. De acuerdo a la información recabada, no parece que se utilizara ningún método de control natal, y el argumento más socorrido para explicar la amplitud de las familias rurales es que con ello se respondía a la mayor necesidad de mano de obra por parte de una agricultura extensiva, como lo era la de Tepehuastitlán en esta época, y a la idea de que una pareja debía tener todos los hijos que Dios le mandara. En caso de que aceptáramos este supuesto, hay una afirmación de Arturo

Warman con la que podríamos relacionarlo, aunque las bases de esta última parecen demasiado endebles, pues si nos ponemos exigentes no pasan de meras suposiciones, aunque no dejan de tener cierta verosimilitud. En una parte de su libro donde habla sobre la manera en que se medía el rendimiento del maíz en diversas épocas y medios, dice el autor:

En los tiempos en que escribía el doctor Cárdenas, como todavía lo hacen muchos campesinos, los rendimientos agrícolas se medían por la relación entre la semilla sembrada y la cosecha obtenida. Probablemente este sistema de medidas reflejaba una concepción en que la tierra se suponía abundante y la fuerza de trabajo escasa, por lo que se trataba de elevar su productividad o de aumentar el retorno en producto respecto al trabajo necesario para sembrar.<sup>58</sup>

Esta manera de medir los rendimientos contrasta con otra en que la relación entre mano de obra y tierra disponible parece haberse invertido:

Desde el siglo pasado empezó a generalizarse la medición del producto cosechado como una relación con la superficie de tierra sembrada. Esta manera de medir refleja indirectamente la relativa escasez de la tierra frente a la abundancia de la mano de obra, resultado del explosivo crecimiento demográfico registrado desde el siglo XVIII.<sup>59</sup>

Aunque el sentido del primer párrafo resulta en parte oscuro, probablemente quiere decir que en condiciones de abundancia de tierra y escasez de mano de obra, el medio más natural para aumentar el rendimiento del maíz era abrir más tierras al cultivo, es

---

<sup>58</sup> A. Warman, *op. cit.*, p. 27.

<sup>59</sup> *Ibidem.*

decir, incrementar la superficie sembrada. Ya hemos dicho que en Tepehuastitlán la manera de medir el rendimiento en maíz era precisamente ésta, pues la cosecha de maíz, en cargas, se medía por yuntas, esto es, por la cantidad de cuartillos de semilla que un hombre solo podía sembrar en una determinada temporada. De acuerdo a estas premisas podríamos concluir que en realidad en Tepehuastitlán lo que faltaba eran brazos para cultivar la tierra, por lo que la alta natalidad registrada entre la generación que formó familia entre 1900 y 1940 en esta localidad, como aquella a la que pertenecían don Carlos Jaimes y doña María Flores, y posteriormente sus hijos, entre 1940 y 1980, en realidad estarían respondiendo a condiciones concretas de su existencia en ese tiempo y en ese medio. Esta interpretación podría verse apoyada por el hecho que ya hemos mencionado de que todos los medieros que llegaban a Tepehuastitlán encontraban tierra que trabajar, ya que los propietarios de la misma, muy pocos en realidad, era imposible que se dieran abasto para cultivarla toda, aparte de que en realidad no existía ningún estímulo económico para hacerlo, pues no parece que existiera un mercado estructurado de maíz en el que pudieran colocar sus excedentes, mientras que el sistema de trabajo “a medias” les reportaba utilidades importantes sin tener que invertir un solo centavo en mano de obra, cosa que indefectiblemente habrían tenido que hacer si decidían cultivar una extensión de tierra mayor a aquella que podían atender ellos solos sin ayuda de nadie en una temporada.

Otro hecho que podría aducirse en favor de la hipótesis es que durante este periodo, e incluso hasta principios de la década de 1960, ciertas fases del trabajo relacionado con el cultivo del maíz eran realizadas colectivamente y sin retribución monetaria. A este

tipo de trabajo colectivo se le llamaba *combate*. Los *combates* eran una forma de trabajo intensivo en que participaban prácticamente todos los miembros de la familia que aceptaba el llamado del convocante, y se hacían generalmente para cosechar y desgranar el maíz. El día elegido –o los días, dependiendo de la cantidad de trabajo o de la gente que hubiera acudido al llamado–, familias enteras se trasladaban a la casa del propietario de la milpa, que se convertía en el centro de operaciones, y mientras los hombres se dedicaban a cosechar y a desgranar, y los niños a acarrear leña para los fogones, las mujeres se encargaban de preparar todo lo necesario para mantener a todos bien abastecidos de comida y de café, bebida que ya en la última etapa se acompañaba de aguardiente. Se acostumbraba en estas ocasiones que el propietario sacrificara gallinas, cerdos o chivos para dar de comer a todos los que acudían a su llamado y, aunque ciertamente no había un pago en efectivo, el convocante quedaba moralmente obligado a retribuir este servicio acudiendo a su vez en ayuda de todo aquel que se lo requiriese.

Hay que agregar que el hecho de que este tipo de trabajo colectivo sin remuneración monetaria se acostumbrase sólo para la cosecha y el desgranado de la mazorca se debía a que esta última etapa del cultivo del maíz no era en realidad tan apremiante como las primeras, en las cuales se trataba casi de una lucha contra reloj para aprovechar las lluvias. A los *combates* se acudía en un ambiente de relajación, y para muchos más que de trabajo se trataba de una ocasión de fiesta,<sup>60</sup> en la cual se reafirmaban los lazos de amistad, de camaradería o de solidaridad entre los habitantes de

---

<sup>60</sup> No he logrado concluir nada definitivo al respecto, pero parece que el término *combate* aludía a una suerte de competencia amistosa que se entablaba entre los convocados para ver quién cosechaba o desgranaba una mayor cantidad de maíz durante el evento, lo que por una parte podía incrementar el carácter festivo de la actividad, y, por otra, contrasta fuertemente con la competencia laboral en la industria, vista como obligación de incrementar la productividad del trabajo, no como ocasión festiva.

Tepehuastitlán y de las localidades cercanas después del duro, y en ocasiones angustioso, trabajo por hacer producir a la tierra.

Aunque la interpretación sobre la escasez de mano de obra parece sostenerse, tal vez haya que reducir su alcance temporal, pues podría resultar válida para todo aquel periodo en que los hijos de los viejos propietarios de la tierra vivieron en la casa paterna, hasta 1950 ó 1955 en el caso de los hijos de don Carlos Jaimes, que era el mayor propietario de tierras en la época, e incluso un poco después, cuando los hijos se casaron y recibieron un pedazo de tierra y algunas cabezas de ganado de su padre para empezar a trabajar por su cuenta y tuvieron a sus hijos pequeños, pero no resulta creíble suponer que esta situación hubiera durado mucho tiempo después de que los hijos de los hijos de don Carlos hubieran debido acudir a sus respectivos padres para que les donara una fracción de tierra cuyo cultivo les permitiera alimentar a su familia. Esta suposición, a su vez, podría estar respaldada por la cifras de población de que disponemos para Tepehuastitlán, las cuales muestran un marcado descenso en la misma a partir de 1970, época para la cual los nietos de más edad de don Carlos Jaimes, quien había muerto en 1958, habían llegado a la edad en que podían contraer matrimonio. Claro que para esta época ya había otros factores a tomar en cuenta para la explicación de este fenómeno, como veremos más adelante.

Por lo que se refiere al carácter patrilocal de los asentamientos, lo que se quiere decir es que a medida que los hijos toman pareja van construyendo su casa alrededor de la casa paterna, de manera que en una localidad como Tepehuastitlán los núcleos de casas que pueden observarse, excepción hecha otra vez de las agrupadas alrededor de la capilla, alojan a la familia de los hijos varones de la familia originaria en cuestión, como en los casos de don Florentino

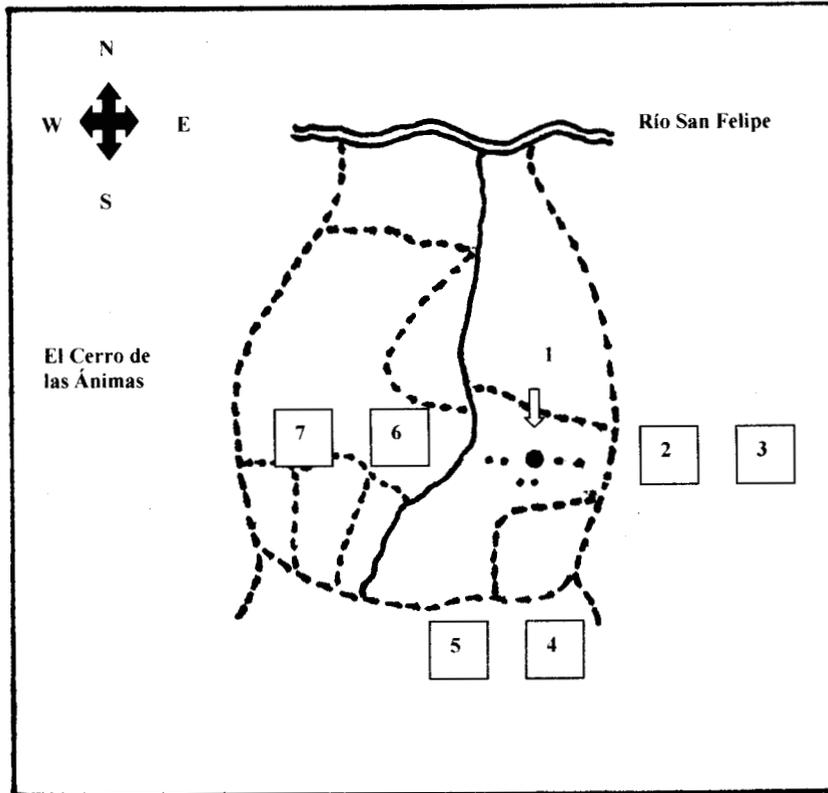
Macedo, don Celestino o don Carlos Jaimes. En este último caso en particular, sus hijos Abraham, Eduardo, Jesús, Porfirio y Moisés construyeron su casa familiar siguiendo este modelo. Sin embargo, Abraham construyó después otra casa junto a la iglesia cuando se fundó la cuadrilla, lo mismo que Eduardo, aunque en este caso quien aportó los fondos para la construcción de la misma fue su esposa, Constantina Acuña.<sup>61</sup> Carlos Jaimes, por su parte, fue el único que no se sujetó estrictamente a la regla, pues edificó la suya en terrenos que le habían sido asignados por su padre muy cerca de la cuadrilla. Aclaremos que el hecho de que los hijos construyeran casa en las cercanías de la de sus padres no implicaba que dicho terreno fuese necesariamente de su propiedad, aunque ello no obsta para que con el tiempo la división de la herencia paterna pudiese llevar a formalizar la propiedad del mismo.

Habría que agregar que el permiso paterno para construir en terrenos adyacentes a la casa principal va generalmente acompañado, si los padres son de recursos, de una determinada cantidad de cabezas de ganado mayor o menor y de una cierta extensión de tierra, suficiente a veces para que la nueva familia se mantenga con su producto, hasta que mueren los padres y los hijos hacen el reparto final de la herencia, con el cual no siempre todos quedan contentos, dando origen a conflictos que pueden abarcar a varias generaciones.

---

<sup>61</sup> Se hizo así porque ella era la interesada: le tenía pánico a las culebras y víboras, y ya le había sucedido encontrar varias de ellas en la casa que Eduardo había construido en las cercanías de la de sus padres; subían a la casa en busca de calor desde los *pajonales* y las pequeñas barrancas que la rodeaban.

Gráfica 7. Ubicación de las casas de los hijos de don Carlos Jaimes y de doña María Flores\*



- |                    |   |
|--------------------|---|
| 1. La casa paterna | 5. Eduardo  |
| 2. Moisés          | 6. Carlos   |
| 3. Porfirio        | 7. Abraham  |
| 4. Jesús           | Las hermanas solteras siempre vivieron en la casa paterna |

\* Elaboración propia a partir de la observación del sitio.

Vale la pena recalcar el hecho de que quienes construyen su casa en las inmediaciones de la de sus padres son habitualmente los hijos varones; las hijas, por su parte, son llevadas a vivir en tierra ajena, es decir a la de sus maridos, pues como ya decíamos lo más común es que contraigan matrimonio con miembros de otra localidad, que puede estar cercana a su lugar de origen, pero también muy alejada:

Eduardo Jaimes contrajo matrimonio en 1948 con Constantina Acuña, de Chapuluapan, mientras que Carlos Jaimes se casó con Cidonia Benítez, originaria de Las Cañitas, una localidad de la sierra de Nanchititla, que se encuentra a casi cien kilómetros de Tepehuastitlán, mientras que Chapuluapan se encuentra a no más de tres.

El carácter patrilocal de la familia se encuentra íntimamente vinculado con el patrón de parentesco patrilineal de la misma. Esto puede ejemplificarse con el hecho de que cuando los hermanos se casan, los hijos de uno le dirán “tío” al hermano de su padre, pero no usarán el tratamiento de “tía” para la esposa del mismo, sino que la llamarán por su nombre de pila: Alejandra, Constantina, Lorenza, etc. En cambio, cuando dos hermanas se casan, los hijos de cualquiera de ellas darán invariablemente el tratamiento de “tío” al esposo de su tía, y también a las hermanas de éste, cosa que para el caso de las hermanas de la esposa de sus tíos es algo simplemente impensable. Es decir, el linaje que importa es el del padre; las mujeres no pertenecientes a la rama paterna son simbólicamente separadas de la familia, la finalidad de lo cual sería evitar la dispersión de la propiedad familiar, cuando la hay, claro. Esto resulta evidente si observamos el hecho de que, a la muerte del padre, las propiedades por él acumuladas se consideran propiedad de los hijos, no de la madre; en todo caso, si los hijos son menores de edad, ésta puede hacer las veces de custodio de los bienes, o de albacea, en tanto éstos llegan a la mayoría de edad.

Habría que agregar que incluso en el seno de la familia paterna son relegadas las mujeres a un segundo plano, debido sobre todo a la distinta preparación a que eran sometidas con relación a los hombres. Estos últimos son enseñados por sus padres a ocuparse de

las labores que se realizan fuera de la casa, en tanto que las niñas son preparadas para encargarse del molino, del metate, del comal y de los hijos, aunque ciertamente esto no constituye ninguna ley pues, por ejemplo, cuando llega la época de escardar –limpiar de malas yerbas las matas de maíz– y hacen falta brazos, al campo de labor acuden tanto los hombres como las mujeres de la casa, aunque el caso opuesto, un hombre encargándose de las labores de la cocina, es algo de lo que ciertamente no se tiene noticia.

En todo caso, el que lleva las riendas de la hacienda familiar es el hombre, y es al menor de los hijos, no a alguna de las hijas que se haya quedado soltera, aunque sea mayor que cualquiera de sus hermanos, a quien le corresponderá la casa de sus padres.<sup>62</sup> Que así suceda es hasta cierto punto bastante natural. Es el hombre el que trata con el mediero, el que sale por la mañana al potrero a ponerse al tanto del ganado mayor, si lo hubiere, el que cerca la propiedad y el que contrata los peones para la cosecha, la escarda o la construcción de la casa. Mientras tanto, la mujer observa calladamente, y a veces ni tanto, desde el hogar.

No obstante, aunque resulta innegable que la mujer ocupa un lugar secundario en esta sociedad, no se encuentra totalmente desposeída. En realidad puede poseer bienes, y aunque éstos se

---

<sup>62</sup> Cuando, muchos años después de la muerte de don Carlos Jaimes, surgió la disputa por el menaje de la casa paterna, y por la casa misma, la esposa de uno de los hijos mayores de don Carlos aprobó el proceder del menor de ellos de quedarse con la casa recordando que esa era la costumbre: que el menor de los hijos se quedara con la casa de los padres a la muerte de éstos. Se podrían dar varias explicaciones, la más sencilla de las cuales es ésta: era el hijo menor el que en esos tiempos permanecía más cerca de los viejos en sus últimos días, cuando todos los demás se habían casado. Además, para abundar en algo que es común incluso entre las familias urbanas: en Tepehuastitlán, en Chapuluapan, El Salitre, etc., el hombre es indiscutiblemente la figura protectora de la casa, la que brinda a la familia no sólo sustento, sino protección, algo muy necesario por estos lugares, donde no hay un servicio regular de policía que vea por el bienestar de las mujeres y de los ancianos. Ante esto, se ve muy natural que cuando los padres son ya demasiado viejos para trabajar o para valerse por sí mismos, sea el hijo menor –quien tal vez se casó al último– el que vea por los padres en sus últimos días. Y esto lo hará trasladándose a la casa paterna, si acaso vivía en otra.

agreguen al patrimonio familiar del nuevo núcleo, ello no implica su renuncia al derecho sobre los mismos, si bien es cierto que, desde un punto de vista meramente económico, este es uno de los principales medios por los que el patrimonio paterno –es decir, el del padre de la novia– se dispersa para engrosar el de la familia del esposo de la mujer.

### **1.3. La educación en Tepehuastitlán**

Contra lo que pudiera creerse debido a lo que llevamos dicho acerca del relativo aislamiento de los habitantes de Tepehuastitlán y localidades de los alrededores, el analfabetismo no era absoluto, aunque la educación que aquí podía obtenerse no se debía en absoluto a los esfuerzos de alguna instancia oficial. Hasta la primera mitad de la década de los cincuenta, no hubo en Tepehuastitlán escuela estatal ni federal. Después de esta fecha se estableció una rudimentaria escuela estatal, atendida por alumnos de la cabecera municipal –es decir, del pueblo de Amatepec– habilitados para impartir, de manera bastante deficiente, por cierto, los tres primeros grados de la escuela primaria.<sup>63</sup> Quienes, de cuando en cuando, habían ejercido hasta entonces las funciones de maestro en Tepehuastitlán y las localidades aledañas de San Martín y El Salitre eran habitantes del mismo lugar que por diversas circunstancias habían aprendido a leer y a escribir, y que enseñaban eso mismo que

---

<sup>63</sup> Algunos alumnos de dicha escuela que estudiaron los primeros grados ahí y después fueron llevados a México, fueron obligados a repetirlos debido a que no lograron aprobar el examen de conocimientos que se les aplicó para ser inscritos en el siguiente grado. Claro que pudo haberse tratado de alumnos particularmente incapaces...

sabían a quien quería escucharlos a cambio de una modesta paga proporcionada por los padres de los alumnos.

Sin embargo, existía el precedente de una escuela improvisada que databa de 1929, cuando a Tepehuastitlán llegaron Telémaco Salazar y su hermano, maestros de profesión originarios de Tlalchapa, Gro. Habían llegado aquí “de malas”,<sup>64</sup> huyendo del ejército, pues habían combatido en las filas de los cristeros. Telémaco llegó con su mujer e hijos, y la manera en que él y su hermano se ganaron la vida fue dando clases a quien quiso tomarlas. La escuela se improvisó en una enramada construida en El Salitre, y a ella llegaron a asistir hasta veinte hombres y ocho mujeres, entre niños y adultos.<sup>65</sup> Los cuadernos que utilizaban los confeccionaban ellos mismos utilizando pliegos de papel que compraban en el pueblo de Amatepec; escribían con plumillas encastradas en mangos de madera y la tinta que usaban la compraban en polvo, al que posteriormente añadían agua. Las clases se impartían de noviembre a mayo, en el tiempo de secas, cuando casi no hay trabajo en el campo;<sup>66</sup> empezaban con la salida del sol y terminaban cuando se ocultaba tras las montañas, con un receso a mediodía para comer. Telémaco enseñaba gramática, geografía y aritmética y era un buen maestro, al decir de uno de sus alumnos. Recibía a cambio de las clases que impartía un peso mensual de cada uno de los alumnos que atendía, con lo que su paga era de veinte pesos mensuales, cuando todos los padres pagaban. En ese tiempo una vaca costaba \$25.00 y \$2.00 la carga de maíz, por lo que podían vivir

---

<sup>64</sup> Se decía que alguien “andaba de malas” cuando era perseguido a causa de la comisión de un delito.

<sup>65</sup> Si se quiere seguir acumulando pruebas de la maldad de los hombres, ésta es otra: eran los hombres los que disponían de mayor libertad para mejorar sus situación educativa; en cuanto a las mujeres, era difícil que en ese entonces los padres asintieran de buen grado a prescindir del trabajo de las hijas en la casa, acarreado agua o realizando las múltiples tareas asignadas a ellas por la tradición.

<sup>66</sup> Por lo menos para los hombres, porque para las mujeres no parece haber algo equivalente al “tiempo de secas”.

tranquilamente de su trabajo. Falta decir que el hermano de Telémaco Salazar se encargaba de dar clases a las niñas y mujeres que asistían a la escuela, que pocas veces pasaron de ocho o nueve. Los hermanos Salazar permanecieron en El Salitre dos años, al cabo de los cuales volvieron a su tierra.

El detalle es interesante porque ciertamente establece la ausencia de una infraestructura educativa en la región, pero también por el destino seguido por algunos de los que asistieron a la escuela de temporada. Se podría establecer una relación, por ejemplo, entre los alumnos más aventajados, o con una inclinación digamos natural por el estudio –niños a los que circunstancialmente sus padres podían permitirse mantener durante todo el año en la escuela; es decir, que podían prescindir de ellos en las labores del campo por disponer de suficientes recursos–, y quienes primero sintieron el deseo de emigrar de estas tierras para establecerse en otros lugares.

Eduardo Jaimes Flores, por ejemplo, entonces de diez años, fue uno de los cuatro niños que tomaron clases durante todo el año, incluyendo la temporada de aguas. Dos años después, aprovechando el viaje a Toluca de su hermano mayor, a quien su padre había ordenado ir a la ciudad a vender unas vacas, porfió con don Carlos hasta que éste por fin le permitió acompañar a su hermano, pues quería conocer la gran ciudad. El viaje a Toluca duraba tres días y se hacía a pie todo el trayecto. En Toluca vivían dos hermanas de su padre, que habían salido de El Salitre cuando murió don Fermín Jaymes, así que además de conocer la ciudad podía aducir su deseo de visitarlas. El caso es que en Toluca se quedó dos años. Sus tías lo metieron a estudiar a una escuela oficial donde, según sus palabras, durante dos años –lo habían admitido al tercer año después de hacerle un examen de conocimientos– no hizo otra cosa que repasar

lo que ya había aprendido con Telémaco Salazar. Lo más sobresaliente del caso es la razón que tuvo al cabo de este tiempo para abandonar la escuela: la implantación de la educación socialista en 1934 fue algo tan desagradable para él –por su formación familiar–, que decidió abandonar las aulas y regresar a Tepehuastitlán. Tal vez valga la pena recordar que su madre había sido la impulsora de la construcción de la iglesia de Tepehuastitlán, y que en la casa paterna no había más de dos o tres libros, y éstos eran de carácter religioso... su familia era bastante persignada. Él mismo ha sido bastante cuidadoso a este respecto: hasta la fecha, es abstemio, y mientras vivió en Tepehuastitlán, e incluso ya en la ciudad de México, se le llamaba cada vez que había que orar por el alma de un muerto o que había que rezar un novenario.

Tal vez influyera el ambiente familiar en Toluca; quizá su educación religiosa o las prédicas en la iglesia le predispusieran en contra de este tipo de educación; lo cierto es que seguramente era un sentimiento muy hondo. A fines de la década de 1960, ya en la Ciudad de México, sus hijos recuerdan la animadversión que le provocaban las manifestaciones de simpatía de alguno de sus hijos mayores hacia estas ideas. Podrá decirse que ello no revela sino un cierto conservadurismo propio de la gente del campo, pero también habrá que tomar en cuenta el clima de “guerra fría” que se vivía en la época, y que don Eduardo Jaimes estuvo suscrito a la revista *Selecciones del Reader's Digest* hasta hace muy poco tiempo y seguramente fue muy influenciado por ella, e influyó a su vez a otros, pues cuando viajaba a Tepehuastitlán llevaba esas revistas para leer los artículos a sus hermanos y amistades... esa era la interpretación del mundo que llegaba a Tepehuastitlán.

## **1.4. Del crimen como disruptor del orden comunitario**

Hubo un tiempo en el que las fiestas fueron prohibidas en Tepehuastitlán. La razón era el aguardiente que corría con ocasión de cualquiera de ellas, aun de las celebradas por motivos religiosos, pues la experiencia decía que el alcohol despertaba viejas rencillas y pasiones, y casi siempre que esto ocurría los hombres acudían al machete, al cuchillo, a la pistola o simplemente a las manos para dirimir sus diferencias, aunque si esto último hubiese sido la norma y no la excepción, tal vez no hubiera surgido la necesidad de prohibirlas.

### **1.4.1. El alcohol y las pasiones**

Las causas concretas de los asesinatos ocurridos en Tepehuastitlán no siempre salen a la luz y la mayor parte de las veces las versiones están hechas sólo de conjeturas. Algunos llegaron a la condición de víctima simplemente por estar con la persona equivocada en el momento en que el o los asesinos llegaron a ejecutar a su enemigo. Pero todos parecen estar de acuerdo en que muchos episodios violentos tuvieron como motor inicial las pasiones despertadas al calor de discusiones iniciadas después de ingerir alcohol. Y aunque no parece haber una regla al respecto, la edad más peligrosa para este tipo de reyertas era entre los veinte y los treinta años, por lo menos eso es lo que puede deducirse de la inspección realizada entre las lápidas que señalan las tumbas del cementerio de Tepehuastitlán. De las que aún conservan el registro de su

ocupante<sup>67</sup> y murieron de muerte violenta pueden ser ilustrativos los casos de Maximino Acuña Palencia, de Chapuluapan, y de Vicente Prudencio, de Tepehuastitlán. El primero fue asesinado a balazos por uno de sus “amigos” después de haber estado ingiriendo bebidas embriagantes en el pueblo de Amatepec. El segundo murió en Tepehuastitlán en el transcurso de una reunión animada también con ese líquido.

#### **1.4.2. Las ocasiones del crimen**

Pero no eran esas las únicas ocasiones o causas de los crímenes cometidos en Tepehuastitlán y localidades de las cercanías, a las que en este caso extendemos el estudio por ser rasgos comunes a todas ellas. Así, por ejemplo, en el cementerio se encuentra también la tumba de Laureano Aguirre, asesinado el 11 de enero de 1972 por ladrones que asaltaron su casa en Chapuluapan. Los asaltos no eran raros en estas localidades, sobre todo en esta época, en que varios de los hombres jóvenes habían empezado a emigrar y la seguridad de los hogares se había debilitado.

No obstante, las ocasiones para el conflicto no se restringían a las que acabamos de mencionar, y tal vez las mayores disputas tenían lugar entre los miembros de una misma familia por cuestiones tan concretas y comprensibles como la propiedad de la tierra, el bien económico más valioso, si excluimos a la mujer, cuya posesión estaba más relacionada con la cuestión del honor masculino. A este

---

<sup>67</sup> Muchas de ellas sólo cuentan con una piedra en la que aparece registrado el nombre y las fechas de nacimiento y muerte; en otras, ni eso. Pero no todas las tumbas son de este tipo; las de las familias más ricas de Tepehuastitlán y de las localidades cercanas, como El Salitre o Chapuluapan, cuentan con tumbas lujosas, con su catedral a escala encima de algunas de ellas, y construidas de cemento, como en cualquier otro lugar.

respecto vale la pena mencionar que el único corrido<sup>68</sup> compuesto en estos cerros pelones trata del pleito entre un tío y sus sobrinos por un potrero. No obstante, hay que matizar esta afirmación. Es cierto que la propia letra del corrido es bastante explícita respecto a la causa directa del conflicto, pero debo decir que las veces que he escuchado cantar este corrido en compañía de personas que conocen tanto a los protagonistas como a los autores del mismo, el aire que se respira no es dramático, sino cómico. Los oyentes, más que verse sobrecogidos por el drama de unos hombres enredados por la propiedad de un terreno, ríen al escuchar la descripción del cambio operado por el miedo en el aspecto de uno de los involucrados ante la inminencia de la pelea. Es lo chusco de las actitudes tomadas por unos personajes que nunca se deciden a nada definitivo por lo que la gente se arrima a oír el corrido, no por el drama que el historiador esperaría encontrar en él. Eso por una parte; por la otra, tampoco podemos negar que el hecho de que en la obra se mencione por su nombre la causa de la pelea brinda pistas sobre las principales fuentes de conflicto en Tepehuastitlán y en las localidades vecinas, aun cuando sus habitantes parezcan no ser precisamente sensibles a factores como ése.

---

<sup>68</sup> La canción no se ajusta totalmente a la idea que tenemos de los corridos clásicos, sobre todo por la casi ausencia de rima, aunque la música de acompañamiento (guitarra) no es mala. El corrido lo tengo grabado en la voz de Anastasio Palencia, de Chapuluapan. El autor es de El Salitre, mismo lugar del que son los protagonistas mencionados en la canción.

## EL CORRIDO DE LOS LÓPEZ

Ahora sí con sentimiento  
les diré lo que nos pasa,  
en cuadrilla del Salitre  
ha pasado una desgracia.

Se juntaron a tomar  
los sobrinos con el tío;  
empezó la discusión  
por el potrero del río.

Luego que estaban borrachos  
se hicieron los valientes.  
Refugio de ahí se fue  
con un cartón de cerveza,

se fue pa' en casa de Mateo,  
pero luego dio la vuelta;  
los otros de ahí se fueron  
a tomar en cas'Erasto.

Refugio de ahí volvió,  
pero ahora sí muy enojado,  
Malaquías estaba adentro  
con el rosario en la mano.

Encendió una parafina  
figurando que era cera,  
le gritaba al Dios divino  
¡Ay, Dios mío, que no me muera!

Trigidopo se llegó,  
preguntando qué pasaba,  
se sentó en el pretil

con la mano en la quijada.

[Venía en defensa]  
de su querido patrón,  
traiba un machete de vuelta  
que se halló en un rincón.

Trigidopo se llegó,  
pero venía hasta cenizo;  
traiba el sombrero clavado  
hasta la muela del juicio.

El corrido se acabó  
ahora les canto canciones,  
yo no sé lo que será  
de la vida de estos hombres.

Volvamos sobre la afirmación anterior. Tal vez la falta de énfasis en la causa manifiesta del conflicto no se deba precisamente por falta de sensibilidad en el autor del corrido; a fin de cuentas esto nos parece importante y lo rescatamos debido al tema a propósito del cual decidimos sacar a cuento el corrido, pero incluso la poca importancia que dentro de la obra se le da al hecho puede ser un indicio de que los conflictos a causa de la tierra eran algo tan común, tan usual y tan corriente para los habitantes de estos lugares que resultaba innecesario destacarlo... Algo que, de tan sabido, se calla. Y es que, como ya señalábamos, el énfasis está puesto no en la causa del conflicto, a la que se le dedican apenas dos renglones, sino a las actitudes tomadas por los hombres ante la inminencia de la pelea.

Esto será más claro si nos fijamos en la estructura del corrido. Si dejamos a un lado la primera y la última cuarteta, que en cierto modo son exteriores al hecho relatado y funcionan a manera de presentación y reflexión final del caso, los antecedentes del conflicto son despachados en cuatro líneas, y casi solamente para cumplir el requisito de enterar al oyente sobre la causa primera que dio origen a los hechos y actitudes que después se relatan. Pero lo más curioso es que a los protagonistas directos del conflicto se les dedican sólo las diez líneas siguientes, dos cuartetas y media, mientras que a la descripción de las actitudes adoptadas por los dos protagonistas secundarios de la acción se le dedican cinco cuartillas y media, es decir, veintidós líneas repartidas a partes iguales entre cada uno de ellos. De esto resulta, cuantitativamente hablando, que el fin del corrido es la descripción de las hasta cierto punto ridículas o exageradas actitudes adoptadas por Malaquíás, dueño de la casa en que los rijosos empezaron a beber, y Trigidopo, peón de este último y del que los escuchas del corrido más se podían reír, pues aparece revestido de caracteres contradictorios: había llegado a la escena en el plan de valiente (*traiba el sombrero clavado/hasta la muela del juicio*),<sup>69</sup> pose reafirmada por el hecho de que había llegado armado (*traiba un machete de vuelta/que se halló en un rincón*), lo cual contrasta con la actitud de serenidad que quiere adoptar (*se sentó en el pretil/con la mano en la quijada*), pero sobre todo con los signos del miedo que es incapaz de ocultar (*pero venía hasta cenizo*),<sup>70</sup> emoción que resulta totalmente explicable si se piensa que tal vez un equívoco sentimiento de solidaridad es lo que lo había llevado a tomar partido activo por su patrón en un pleito que quizá no le

---

<sup>69</sup> Por aquellos lugares, acomodarse de ese modo el sombrero podía considerarse como una actitud desafiante, de reto... De hombre que no le teme a la pelea o que la anda buscando.

<sup>70</sup> "Cenizo", es decir, pálido de miedo; como si la sangre hubiera abandonado su rostro.

incumbía, y en el cual estaba expuesto a herir o a ser herido, e incluso a perder la vida. El otro personaje chusco es Malaquías, quien ante la posibilidad de un estallido de violencia se encierra en su casa –como se supone que hacen las mujeres–, agarra un rosario, enciende una vela y ruega a Dios que lo libre del peligro.

Da qué pensar el hecho de que sea precisamente un acontecimiento chusco lo único que hasta ahora haya sido considerado digno de tomarse como tema para una composición como ésta, pues es innegable que los conflictos en los que la sangre efectivamente ha corrido son bastante más numerosos. Tal vez esto no haga sino reafirmar nuestra hipótesis: los pleitos por la tierra y los conflictos en que las armas efectivamente son usadas, eran bastante más comunes que este simulacro de pleito en que unos hombres se limitan meramente a hacerla “de valientes”; es decir, a bravuconear, sin llegar jamás a las manos, por lo cual lo único recordable son las actitudes de los personajes secundarios. Por eso precisamente, porque las disputas por la tierra son tan comunes –y no solamente entre tíos y sobrinos, como en el corrido, sino entre hermanos y hermanas–, es que ya ni siquiera se hace caso de ellas.

### **1.4.3. Las noches y los días**

Como acaba de sugerirse, el trabajo para la mujer no se terminaba con el tiempo de aguas; cierto que tampoco para los hombres, aunque comparado con la rudeza de los trabajos que requería la preparación de la tierra para la siembra del maíz, la cuaresma<sup>71</sup> era relativamente tranquila. Desde el punto de vista de la mayoría de los

---

<sup>71</sup> La época del año que va de diciembre a abril.

hombres, el trabajo de la mujer era tal vez más ligero –cosa que éstas podrían poner en duda– pero, en cambio, era interminable. Lo cierto, sin embargo, es que no siempre era tan monótono, y que durante el tiempo de aguas, de mayo a noviembre, el trabajo para la mujer se volvía más pesado, pues a las tareas normales se agregaba la necesidad de preparar comida no sólo para los miembros de su familia, sino también para los peones, cuando los había. Lo que sigue es un testimonio de una de esas mujeres:

Me levantaba a las cinco de la mañana a moler en el molino o en el metate, a acarrear la leña a la cocina, a prender la lumbre en el comal, a hacer las tortillas y a hacer un chile<sup>72</sup> o lo que fuera para almorzar. Luego, acabando de almorzar, ya que se habían ido a trabajar, iba a acarrear agua con el cántaro. Si tenía tiempo de barrer, barría; si no, me iba otra vez a moler y a hacer tortillas y, como a la una de la tarde, a llevar la comida. Ensilaba mi caballo y me iba. Unas veces encargaba a mi hija pequeña con mi cuñada, otras con otra persona, y me iba al cerro o donde estuvieran trabajando [el esposo y los peones]. Ya de regreso en la casa, otra vez a acarrear agua, a barrer, a poner *nixcomel*<sup>73</sup> para el otro día... Entonces sólo tenía a mi hija mayor, pero cuando tuve a los demás fue igual; todo hacía: comida, lavaba, planchaba, atendía a todos los niños, les hacía la ropa; bueno, qué no hacía...

En la cuaresma, mientras tanto, los hombres veían disminuidas sensiblemente sus labores, pues fuera de proveer de leña al hogar, cuidar de los animales en los potreros, cuando los tenían, o desempeñarse en alguno de los oficios que podían practicarse por estos lugares, como carpintero, fabricante de adobes o ladrillo y teja,

---

<sup>72</sup> “Chile” en estos lugares es lo mismo que salsa de chile para nosotros.

<sup>73</sup> Nixtamal. El maíz se cocía en agua con cal en botes alcoholeros y se dejaba descansar de un día para otro. Del bote pasaba directamente al molino o al metate, para convertirlo en masa con la que se preparaban las tortillas, que eran cocinadas en el comal, del que pasaban a las manos de la familia para ser comidas en forma de taco, con los frijoles, o con cualquier otro guiso. No había cubiertos; los pedazos de tortilla eran usados como cuchara, que iban a dar a la boca junto con el guiso que se hubiera servido; frijoles, generalmente.

panadero en ocasiones especiales o alguna otra labor ocasional, pocas tareas pesadas tenían. Así era la vida en Tepehuastitlán.

### **1.5. El equilibrio de la economía maicera**

Esta fue una época de relativo equilibrio económico. Durante todo este periodo no se utilizó abono industrial en la preparación de las tierras de Tepehuastitlán; había suficiente en relación al número de habitantes, y las fracciones que se sembraban un año se dejaban descansar uno o dos años, tiempo que la experiencia campesina había demostrado ser suficiente para que la tierra recuperara su capacidad generadora. Como no se usaba abono, junto al maíz podía sembrarse el frijol de milpa, que era el otro elemento básico en la dieta alimenticia de la gente de Tepehuastitlán, así como la calabaza, ciertamente menos importante que los granos que acabamos de mencionar, pero que también jugaba un papel en la dieta de esta gente.<sup>74</sup> Las variedades de maíz que se sembraban entonces eran dos: el *tremesino* y el maíz grande o largo; el primero complementaba muy bien al segundo, y el campesino los sembraba para alimentarse de uno cuando se le agotaban las reservas del otro. La hoja de estos dos tipos de maíz era bastante suave, nutritiva y muy buena como alimento para el ganado. Después de la cosecha, la hoja era arrancada de la caña y manejada,<sup>75</sup> para después ser

---

<sup>74</sup> La calabaza, cocida en agua con piloncillo, era uno de los platos que nunca faltaba en las ofrendas del día de muertos, en que también se ofrecía mole y pan de huevo preparado por panaderos del lugar, los cuales eran contratados por las familias para que les preparase ese manjar, entonces propio sólo de ocasiones especiales.

<sup>75</sup> Se formaban haces de hojas amarradas con pedazos de corteza de *cuaguilote*, un árbol de ramas muy flexibles cuya corteza es extraordinariamente resistente; a veces ni se amarraba, simplemente era amarrada al fuste del burro o a la silla del caballo en el que se transportaba hasta la casa.

llevada a la casa y colocada en una enramada<sup>76</sup> que, además, servía para dar sombra. Estos haces de hojas eran bajados de la enramada a medida que se necesitaban para alimentar el caballo del dueño o el ganado, que para marzo a veces estaba ya bastante flaco por la falta de pasto y de agua.

El ganado que se tenía en esta época era criollo, pequeño y magro en carne, si lo comparamos con el criado especialmente para ello; era también un mediano productor de leche y relativamente manso, por lo que resultaba bastante manejable. En época de lluvias los grandes propietarios llegaban a reunir hasta veinte vacas en ordeña y casi toda la gente que lo deseaba podía obtener leche, ya sea comprándola u obteniéndola a cambio de trabajo; es decir, ordeñando, acarreando la leche a casa del dueño, cuidando los becerros por la tarde, después de la ordeña, para que no se fueran con las vacas, o yendo por éstas en la mañana para llevarlas a los corrales donde serían ordeñadas.

Era un tipo de ganado que quizá no resistía el calor tanto como otros, pero en este periodo, y en parte del siguiente, el agua abundaba en todos los pequeños arroyuelos que bajaban de los cerros; por su parte, el zacate o variedad de pasto que crecía de manera silvestre en todo Tepehuastitlán engordaba mucho a las vacas y, al decir de los informantes, la leche, la crema y el queso que éstas producían alimentándose de él era muy buena. Este zacate era el mismo que usaba la gente para techar sus casas todavía a fines de la década de 1930.<sup>77</sup> Llegaba a medir más de un metro de alto y,

---

<sup>76</sup> Estructura formada por cuatro palos clavados en la tierra y unidos por la parte superior por otros transversales sobre los que se colocaban ramas o, en este caso, los haces de hojas, para proporcionar sombra.

<sup>77</sup> Hasta 1934, don Carlos Jaimes y su familia, pese a ser tal vez uno de los grandes propietarios de tierras y ganado, vivía en casa de zacate. Ese año, sin embargo, se le quemó la cocina y el fuego estuvo a punto de propagarse al resto de la casa; a raíz de esto, las nuevas habitaciones fueron construidas con adobe, y poco a poco fue sustituyendo las restantes, hasta que todas estuvieron construidas del mismo material.

desde este punto de vista, había suficiente para alimentar todo el ganado que había en la localidad. Es cierto que los años en que las lluvias escaseaban las vacas llegaban a enflacar mucho, sobre todo hacia marzo o abril, y que era entonces cuando los propietarios de ganado debían darles algún alimento suplementario, como la hoja guardada de la milpa, pero aparentemente nunca se llegó al extremo de que el ganado llegara a morir por falta de agua o de la comida brindada de manera natural por la tierra.

Sin caer en los excesos del “todo tiempo pasado fue mejor”, podría decirse que los habitantes de Tepehuastitlán habían alcanzado un cierto equilibrio con su medio y aprovechaban al máximo los recursos a su disposición, tanto en lo que se refiere a la agricultura de subsistencia que practicaban, como en cuanto a la crianza de ganado vacuno, porcino y caprino que ciertos propietarios poseían y que se alimentaba libremente de los productos de la tierra, que para entonces y hasta 1960 casi no se cercaba,<sup>78</sup> aportando excedentes monetarios que les permitían adquirir de los centros locales de mercadeo aquellos productos industrializados que no producían y que necesitaban para llevar a acabo sus tareas y complementar más o menos su dieta; pobre en proteínas, ciertamente, pero que mal que bien les permitía seguir viviendo y trabajando.

---

<sup>78</sup> Efectivamente; según los testimonios, en todo este periodo, y hasta 1960, eran muy pocos los terrenos cercados. Parecía haber un acuerdo entre los propietarios para mantener alejado el ganado de los terrenos que se sembraban, cambiándolo de potrero a medida que se iba dejando descansar la tierra. Lo común era que los terrenos sembrados un año fueran utilizados como potrero al año siguiente, lo cual beneficiaba a la tierra, por el abono animal – escaso, por cierto–, y al ganado, por los restos comestibles de la caña y la hoja de milpa que no era recogida y almacenada por el dueño. Esta situación de los cercamientos cambió a mediados del periodo que estudiaremos a continuación; por 1960, aproximadamente.

## **CAP. 2**

### **LOS PRIMEROS EMIGRANTES: TEPEHUASTITLÁN, 1941-1980**

En el primer subperiodo (1941-1960) se termina la capilla de Tepehuastitlán y se establece la cuadrilla; también se dan las primeras migraciones de vecinos de Tepehuastitlán hacia Morelos y Veracruz, que se intensificarán a medida que se incremente la presión sobre los recursos naturales de la localidad, el “efecto demostración” causado por aquellos que volvían al terruño desde la ciudad y las facilidades brindadas para el desplazamiento de personas por la ampliación de la carretera que, partiendo de Toluca, llegó hasta Tejupilco en 1958.

En el segundo subperiodo, 1961-1980, se introduce el maíz híbrido, empieza a adoptarse el ganado cebú, las propiedades se cercan y el pasto se acaba. El frijol de milpa deja de sembrarse debido a la utilización de abono y las migraciones hacia Toluca primero, y hacia el Distrito Federal después, se intensifican.

## **2.1. Los caminos del éxodo: Tepehuastitlán, 1941-1960**

Si hacemos una breve recapitulación del fenómeno migratorio hacia Tepehuastitlán y de Tepehuastitlán hacia otros lugares, tendremos que reconocer que éste empezó muy temprano, y que la dirección del mismo se invirtió al paso del tiempo. Hemos visto que en un primer momento, algunas de las familias que después llegaron a ser grandes propietarias de tierra en Tepehuastitlán y otras localidades aledañas habían llegado de otros municipios, sobre todo de Temascaltepec y Tejupilco, como en el caso de don Fermín Jaymes en Tepehuastitlán, y de don Arcadio Acuña en Chapuluapan.

Sin embargo, la Revolución y sus efectos colaterales, como el bandidaje y la consiguiente inseguridad para las familias que no contaban con varones adultos que defendieran la casa paterna, obligó a la separación de las familias y a la emigración desde Tepehuastitlán, El Salitre y otras localidades, hacia centros de mayor importancia poblacional en donde los desplazados podían sentirse más seguros. Esto significó un movimiento migratorio inverso al que había llevado a ciertos hombres a buscar tierras nuevas en lugares apartados, de tal modo que ahora la gente, movida por la inseguridad reinante, se empezó a mover otra vez hacia los centros mayores de población, como San Miguel, San Gaspar Amatepec e, incluso, la ciudad de Toluca.

Un caso ilustrativo es el de doña Librada Gómez, viuda de don Fermín Jaymes, quien en compañía de sus hijas Cira, Rosa y Eduviges se mudaron a San Martín durante la década revolucionaria; después a una localidad llamada Las Guijas y, finalmente, a Toluca. Posteriormente, Rosa Jaimes Gómez y su hijo Gumersindo se mudarían a México en la década de los cuarenta, donde ella se

dedicaría al corte y confección de ropa y él entraría a trabajar a una fábrica. Esto debe mencionarse porque uno de los mayores incentivos que a principios de la década de los treinta tuvo Eduardo Jaimes para desear conocer Toluca fueron precisamente los relatos que de la ciudad le hacía su primo Gumersindo, hasta que por fin en 1932 consiguió el permiso paterno para visitar a sus tías, quedándose a estudiar ahí durante dos años, en el transcurso de los cuales visitó varias veces la Ciudad de México. Como ya vimos, Eduardo Jaimes regresó a Tepehuastlán a raíz de la implantación de la educación socialista a fines de 1934 por don Lázaro Cárdenas, pero su estadía tuvo el efecto de familiarizarlo con el ámbito citadino y de aficionarlo a sus distracciones, de tal modo que el traslado de sus tías al Distrito Federal prácticamente le abrió las puertas de la ciudad y de su primer trabajo como obrero en la gran metrópoli a principios de la década de 1940, que es cuando el Estado mexicano empieza a preocuparse seriamente por impulsar el crecimiento económico del país, y cuando empieza a notarse un fuerte incremento en la población urbana con respecto a la rural.

En 1900 la población total del país era de 13.6 millones de habitantes, y aumentó a 19.7 en para 1940. La población urbana creció casi tres veces más que la total, al pasar de 1.4 millones en 1900 a 3.9 en 1940, multiplicando el número de ciudades de 33 a 55, respectivamente.<sup>79</sup>

Y la mayor de todas las ciudades era la Ciudad de México, la cual hasta fines del siglo XIX todavía padecía carencias en cuanto a infraestructura básica, como drenaje, agua, alumbrado, etc., pero a partir de 1940, “su expansión económica le permitió realizar

---

<sup>79</sup> Gustavo Garza, *Cincuenta años de investigación urbana y regional en México, 1940-1991*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 21-22.

importantes obras públicas, cambiando no sólo su imagen, sino su funcionalidad económica, para adecuarse a los nuevos requerimientos del proceso de desarrollo y modernización de México”.<sup>80</sup> Prácticamente todo el noroeste del Estado de México cae dentro de la esfera de influencia (o de la “corona regional”, como se dice ahora) de la Ciudad de México, la ciudad por antonomasia. El municipio de Amatepec, junto con todas sus localidades, Tepehuastitlán entre ellas, no era la excepción, y naturalmente fue hacia ella que dirigieron sus pasos los primeros emigrantes de Tepehuastitlán a partir de la década de los cuarenta.

### **2.1.1. Los caminos reales**

Resulta curioso constatar cómo a nivel micro el movimiento de población detectado desde Tepehuastitlán y las localidades vecinas hacia la Ciudad de México coincide con el fenómeno macro de concentración de la población en las ciudades a partir de 1940, lo cual tendría que llevarnos a plantear la hipótesis de que el fenómeno de aquello que desde la ciudad calificamos como “incomunicación” de las localidades ubicadas en lugares abruptos como ésta de la que venimos hablando podría ser un concepto que debe ser bastante matizado, y de que los fenómenos migratorios impulsados por la expansión económica y las nuevas divisiones territoriales del trabajo que ello trae consigo tienen una fuerza mucho mayor de lo que podría haberse pensado. Sobre todo porque nosotros asociamos incomunicación con la carencia de carreteras o vías férreas para trasladarse a un determinado lugar, sin considerar que aun los

---

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 22.

lugares más apartados cuentan con una red bastante completa de caminos reales que pueden cubrir satisfactoriamente las necesidades de sus pobladores, aunque con bastantes menos comodidades y demandando mucho más tiempo y esfuerzo que las vías de comunicación usuales para los habitantes de la ciudad. Pero para los habitantes de estos lugares el esfuerzo y el tiempo empleados es algo normal, y el hecho de que el viaje de Tepehuastitlán a Toluca se llevase tres días de camino hasta 1958, año en que la carretera procedente de Toluca y de la Ciudad de México llegó a Tejupilco, no requería más que de la decisión de emprender el trayecto. Por otra parte, muchos de estos caminos eran antiquísimos y, en particular, el utilizado por los vecinos de Tepehuastitlán, y que comunicaba a la Ciudad de México con la Tierra Caliente de Guerrero y Michoacán, debe ser una ruta muy antigua y eje comercial de toda esta región de Tierra Caliente: la música, la vestimenta y el estilo de vida –de Temascaltepec a Ciudad Altamirano– así lo sugiere. Este camino aparece señalado por don Antonio García Cubas, quien en 1881, en sus *Itinerarios generales de la República Mexicana*, lo señala con el número 23, y unía a la Ciudad de México con la Barra de Zacatula, en la costa michoacana. Tenía una extensión de 574.49 km entre ambas localidades y tocaba los siguientes puntos: Toluca, Temascaltepec, Tejupilco (que era a donde los vecinos de Tepehuastitlán confluían para seguir camino a la Ciudad de México), Cutzamala, Coyuca, Zirándaro, Zenzénquaro, Balsas, Coahuayutla, Zacatula y Barra de Zacatula.<sup>81</sup>

---

<sup>81</sup> Cf. Antonio García Cubas, *Itinerarios generales de la república Mexicana, con expresión de las distancias en leguas y kilómetros*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1881, p. 40.

### 2.1.2. La fascinación de la ciudad

El fenómeno migratorio de Tepehuastitlán reviste características que no presenta muchas similitudes con las llamadas zonas de expulsión de mano de obra, por lo menos hasta 1960, y ésta es una de las principales razones para subdividir el periodo en intervalos de veinte años, pues después de este último año puede observarse un cambio en las condiciones materiales de subsistencia de los habitantes de Tepehuastitlán que habría podido impulsar la emigración. Tradicionalmente, el flujo de población hacia los centros urbanos económicamente más desarrollados ha sido visto desde la perspectiva de la pobreza estructural que aqueja a las regiones de origen del emigrante, la cual es medida principalmente en términos de vivienda, nutrición, educación e ingreso monetario.<sup>82</sup> No obstante, varios de los primeros emigrantes de Tepehuastitlán no eran precisamente pobres, de acuerdo a los cánones de la gente de la localidad, e incluso podríamos decir que se trataba de personas que gozaban de una posición hasta cierto punto holgada, de acuerdo a esos mismos criterios. Eduardo, Cirilo, Atanasio, Sebastián, Tomás, Rosa María, Lilia, Misael y Noel, los primeros emigrantes de Tepehuastitlán, El Salitre y Chapuluapan, no eran personas que carecieran de medios para vivir ni estaban expuestos a morir de hambre en su tierra. Eduardo Jaimes, como ya vimos, era el segundo hijo de uno de los más grandes propietarios de tierra y ganado de Tepehuastitlán; fue uno de los pocos privilegiados que pudieron dedicarse dos temporadas seguidas a estudiar en la improvisada escuela establecida por los hermanos Salazar y era, por tanto, una

---

<sup>82</sup> Cf. Frank W. Young, Donald K. Freebairn y Reuben Sniper, "El contexto estructural de la pobreza en México. Estudio comparativo interestatal", en *Revista Mexicana de sociología*, vol. 42, núm. 1, enero-marzo de 1980, p. 154.

de las personas más preparadas de la localidad; en cuanto a vivienda y nutrición su situación no era precisamente desesperada, y tal vez sólo en cuanto a ingreso monetario podría decirse que registraba carencias. Esta situación de relativo desahogo podría estar apoyada en el hecho de que aparte de él y de uno de sus hermanos menores, ninguno de los otros cuatro hijos varones de don Carlos Jaimes, ni tampoco dos de sus tres hijas, emigraron a la Ciudad de México (la tercera lo hizo a edad muy temprana, y más con la finalidad de acompañar a una de sus tías que por alguna otra razón). De acuerdo a su testimonio, lo que lo motivó a visitar a sus tías en Toluca fue conocer las maravillas que de ella contaba su primo; fue la fascinación de la urbe, no la necesidad de dinero, la que por lo menos al principio lo movió a conocer la ciudad.

Años después, en 1942, a los veintitrés años de su edad, no fue tampoco la necesidad de efectivo la que lo hizo viajar a la Ciudad de México, lugar al que se había mudado una de sus tías de Toluca y su primo, ya que casi todo lo que ganaba cuando entró a trabajar se lo gastaba en ropa y en sus aficiones, que eran el cine, la lectura y los paseos con familiares y amigos.

Por su parte, Rosa María y Lilia, y Misael y Noel, eran hijos de Abraham y Carlos Jaimes Flores, es decir, nietos todos de uno de los mayores propietarios del lugar, por lo que tampoco podría decirse que era la pobreza lo que los había orillado a dejar el rancho por la ciudad. Lo que de acuerdo a los testimonios ha podido concluirse es que todos ellos viajaron porque fueron animados por parientes que ya vivían en la ciudad y que les hablaban de las comodidades, servicios y posibilidades de la misma; fue la posibilidad de comprarse ropa, de disfrutar de las diversiones y servicios de los que carecía la comunidad lo que los animó a dar el salto a la urbe, así

como el ofrecimiento hecho por aquellos que los animaban de que los ayudarían a encontrar trabajo.

A final de cuentas, esta serie de circunstancias resultó decisiva. Es decir, que fueran precisamente los más privilegiados y educados de la localidad los mejor preparados para emigrar a la ciudad –en lugar de aquellos para quienes hacer esto podía suponer un riesgoso salto a lo desconocido–, suena en realidad bastante lógico; los más pobres, los que no eran propietarios de tierras y carecían de recursos, tenían que aferrarse a lo más inmediato para subsistir, no para andar de turistas. En general, los primeros emigrantes no necesitaban trabajar en la ciudad como último recurso para sobrevivir; de hecho, Eduardo Jaimes se pasó buena parte de la década de 1940 yendo y viniendo de Tepehuastitlán a la Ciudad de México y de la Ciudad de México a Tepehuastitlán, hasta que en 1948, en uno de sus frecuentes retornos al terruño, contrajo matrimonio, a partir de lo cual se espaciaron sus viajes a la capital, hasta la última y definitiva incursión en 1960, pero ahora ya con toda su familia.

### **2.1.3. Los vínculos familiares y de paisanaje como puertas a la ciudad**

Hay algo que desde ahora debemos destacar, y es el hecho de que el tránsito de los habitantes de Tepehuastitlán hacia la ciudad estuvo marcado desde el inicio por la existencia de puentes familiares que facilitaban el paso a la urbe. Es decir, la migración desde Tepehuastitlán a partir de 1940, que coincide con el fenómeno de crecimiento urbano a nivel nacional, fue facilitado por la existencia

en las ciudades de Toluca y México de familiares cuyas viviendas funcionaban como bases para el establecimiento en la ciudad de los recién llegados. Los familiares y los paisanos eran las aduanas a la urbe.

Los pueblerinos llegaban a la casa de sus parientes y, ayudados por ellos, conseguían trabajo, hasta que llegaba el momento en que lograban estabilizar sus situación económica de tal forma que podían rentar una vivienda para vivir aparte, generalmente en una vecindad. Si contaban con esposa, e hijos los mandaban traer del rancho; si no era el caso, seguían viviendo con sus familiares, aportando dinero para el gasto de la casa hasta que decidían regresar al pueblo, pues en un primer momento, el ahorro para forjar un patrimonio o para cooperar con los gastos de la casa paterna en el rancho no parece haber sido el objetivo en ninguno de los casos, lo cual es fácilmente entendible si tomamos en consideración la situación económica de las familias de estos primeros emigrantes. Hay que decir, en consecuencia, que el sistema de vida de los que se quedaron en Tepehuastitlán no cambió mayormente por el hecho de que algunos de sus miembros hubieran emigrado a la ciudad, y que el trabajo realizado por algunos de sus miembros en la ciudad no se reflejó en la infraestructura material de la vida en Tepehuastitlán, excepto por la introducción de algunas novedades tecnológicas como el radio de bulbos y de sencillas cámaras fotográficas, con las cuales algunos de aquellos emigrados regresaban armados de sus estadías en la ciudad a su retorno al terruño.

No obstante, aunque es cierto que ni la vestimenta, ni las costumbres de todo tipo, ni las técnicas de trabajo se vieron alteradas, la ropa, el calzado, las revistas y el radio produjeron en algunos el mismo efecto que las pláticas de los parientes

avecindados en Toluca habían causado en Eduardo, en Rosa María, en Tomás o en Cirilo: muchos sintieron de pronto la curiosidad por ver con sus propios ojos aquellas cosas desconocidas que los retornados les platicaban de la vida en la ciudad, y esto, que en la literatura histórica se llama “efecto demostración”,<sup>83</sup> fue lo que animó a otros a seguir el ejemplo de los que ya habían estado en la urbe.

La familia Jaimes Flores, *circa* 1944\*



\* Foto familiar tomada por Gumersindo Macedo. El de atuendo citadino, que contrasta absolutamente en todas sus prendas con el de sus padres y hermanos –en su mayor parte confeccionado con manta–, es Eduardo. Don Carlos Jaimes es el primero de derecha a izquierda; pese a ser gran propietario, su atuendo era como el de cualquier otro habitante de Tepehuastitlán. En su mano izquierda sostiene el cigarro de hoja.

---

<sup>83</sup> Florescano y Gil utilizan el concepto cuando se refieren a la introducción de la filosofía de la Ilustración en la Nueva España. Afirman que al lado de las obras de Rousseau, Voltaire y Diderot debe colocarse el ejemplo de los propios virreyes y sus séquitos a partir de 1766, quienes a través de sus ideas y comportamientos tuvieron un tremendo efecto “en los medios sociales inferiores que los veían actuar”; cf. Enrique Florescano e Isabel Gil Díaz, “La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico, 1750-1808”, en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1981, p. 584.

Primero llegaban a la casa de sus conocidos o parientes, probaban lo que era la ciudad, el trabajo asalariado encerrados en una fábrica y las diversiones que la vida citadina les podía brindar en sus ratos libres. Algunos se dejaban seducir y acababan radicándose definitivamente en la ciudad, aunque casi todos los ejemplos de este último fenómeno se empezaron a dar a fines de la década de los cincuenta y principios de la década de los sesenta, impulsados por fenómenos que tienen que ver directamente con la disponibilidad de los recursos en Tepehuastitlán en el segundo subperiodo.

#### **2.1.4. Los destinos del emigrante**

Si el destino de los que por curiosidad se asomaron a los grandes conglomerados urbanos antes de 1940 había sido la ciudad de Toluca, y sólo ocasionalmente la de México, ello se debió sobre todo a la facilidad que suponía el llegar a la vivienda de un familiar o de un paisano, aunque finalmente el destino de todos aquellos que emigraron desde Tepehuastitlán entre 1940 y 1960 acabó siendo la Ciudad de México, tanto porque era ese el lugar a donde finalmente se habían mudado las familias que residían en Toluca, como por su prestigio de capital de la nación y centro religioso<sup>84</sup> y político, así como por ser el sitio donde se hallaban establecidas las principales fuentes de trabajo para quien deseaba ganar dinero, con el que compraba las cosas y recuerdos que llevaba como regalo a los que se habían quedado en el pueblo. Porque no hay que olvidarlo, hasta

---

<sup>84</sup> Uno de los lugares que visitaban en primer lugar era la Basílica de Guadalupe, y nunca falta una fotografía del templo como recuerdo en las fotos familiares.

antes de 1960, la Ciudad de México no era vista como un lugar permanente de residencia por los viajeros de Tepehuastitlán, sino como un lugar de paseo, lo que a final de cuentas resulta congruente con la situación relativamente acomodada de los primeros emigrantes y su particular estado civil: casi todos eran solteros.

Hay que agregar, a este respecto, que durante las décadas de los cuarenta y cincuenta, la ciudad de México cumplía todas las expectativas, por lo menos en cuanto a la migración proveniente de Tepehuastitlán: de las siete personas identificadas que en este periodo llegaron a la urbe, cinco encontraron trabajo en fábricas de vinos, de cartón y en laboratorios; sólo dos llegaron a desempeñarse como empleados en empresas de servicios, y ninguno de ellos parece haber tenido dificultades para encontrar empleo. Ciertamente, otra vez, la presencia de un pariente o paisano era el que ayudaba o recomendaba a los recién llegados ante sus jefes para que se les diera empleo, y ello casi sin requisitos de ingreso y pese a la inconstancia de algunos de los recomendados. Eduardo Jaimes, por ejemplo, obtuvo empleo en los laboratorios Bauer & Black de México, S. A. (futura Kendall de México, S. A.) de manera muy fácil: no le pidieron ni acta de nacimiento, ni identificación ni ningún otro documento, sólo le pedían saber leer y escribir; de acuerdo a su testimonio, había otros obreros dentro de los laboratorios que sabían menos aún que él. Es decir, el trabajo abundaba y, de acuerdo a esto, los requisitos para obtenerlo eran mínimos, lo cual podría tal vez ser un reflejo de la fuerte expansión económica registrada en esas décadas y de la fuerte demanda de mano de obra –no necesariamente calificada– por parte de las empresas. Eduardo entró a trabajar a este lugar en 1942 por recomendación de su primo Gumersindo Macedo, que ya trabajaba ahí, y permaneció en este

lugar hasta principios de 1944, cuando decidió regresar al pueblo. Permaneció en Tepehuastitlán un año, hasta que en 1945 decidió regresar otra vez a la ciudad. Le volvieron a dar trabajo en el mismo lugar, “casi sin pedirlo”, según su testimonio, y trabajó ahí otros dos años, hasta 1947, año en que decidió volver otra vez al terruño. Al año siguiente, en 1948, contrajo matrimonio, y regresó a la ciudad de México, pero sólo de paseo. Si entonces acudió a los laboratorios fue sólo porque pensó que no estaría nada mal ganar unos pesos mientras estaba en la ciudad, y aunque lo recriminaron por haber abandonado antes el trabajo, lo emplearon nuevamente, previa promesa de que ahora sí se quedaría a trabajar permanentemente. Lo que sucedió después es algo que a la distancia de los años al propio Eduardo le resulta inexplicable: a los dos meses abandonó el trabajo y regresó a Tepehuastitlán. Aun ahora lo lamenta porque cuando en 1960 la necesidad lo obligó a regresar a la ciudad, ahora sí para radicarse definitivamente en ella, la situación había cambiado radicalmente, o por lo menos así se lo pareció, pues pasó más de cuatro meses buscando empleo en fábricas sin encontrarlo. En Bauer & Black no volvieron a aceptarlo, aunque ello parece haberse debido no a su inconstancia como empleado, sino a que ahora existían políticas por parte de la empresa que prohibían emplear a cualquiera que hubiese laborado en ella con anterioridad, lo cual podría significar que la oferta de mano de obra era ya más abundante que la demanda, razón por la cual las empresas podían darse el lujo de condicionar el ingreso a los solicitantes.

Tal vez quepa hacer una última observación: aun con la inconstancia que caracterizó a una parte de los trabajadores fabriles salidos de Tepehuastitlán –o tal vez precisamente por ello–, el hecho de que este trabajo no se haya reflejado en mejoras dignas de

consideración en la localidad podría llevarnos a estar de acuerdo con afirmaciones como la Guadalupe Sánchez Burgos,<sup>85</sup> para quien las relaciones campo-ciudad revisten rasgos de una exacción pura y simple de la riqueza del primero por la segunda a través de la explotación de la mano de obra barata que aquél le proporciona. Esto podría aplicarse al caso de Tepehuastitlán al menos en los primeros tiempos, es decir en el periodo que va de la década de 1940 a la de 1980 pues, como veremos posteriormente, la ampliación de las vías de comunicación hasta Tepehuastitlán a mediados de esta última, así como la introducción de la energía eléctrica en 1997, ha reportado mejoras y proporcionado comodidades que vuelven cuestionable aquella afirmación. Son este tipo de situaciones lo que ha obligado a algunos investigadores a dejar en suspenso la respuesta a esta cuestión, pues parecen existir evidencias igualmente abundantes de que la ampliación del ámbito de influencia de la ciudad sobre su corona regional ha provocado beneficios igualmente apreciables. Como sea, en los últimos tiempos Tepehuastitlán ha terminado por ser integrado casi totalmente a la vía de desarrollo elegida para este país desde el centro –si bien todo esto no ha sido gratis, pues sus habitantes han tenido que renunciar, así sea parcialmente, a su autosuficiencia alimentaria.

---

<sup>85</sup> Guadalupe Sánchez Burgos, *La región fundamental de economía campesina en México*, México, Nueva Imagen, 1980. La autora, en cuyo esquema pesa quizá excesivamente la visión de un México en el que el capitalismo ha logrado penetrar el campo, y que desarrolla sus hipótesis con base en los datos del *V Censo Agrícola, ganadero y Ejidal, 1970*, la economía campesina subsidia a la economía capitalista mediante la oferta de mano de obra barata cuya retribución sólo representa una parte del costo del mantenimiento de la misma, “la otra parte es cubierta por ellos mismos con la escuálida producción de lo destinado al autoabasto”, (p. 22). Según ella, “En el caso de México se puede afirmar que el campesinado ha cumplido con el papel de impulsar este tipo de desarrollo en el país, fundamentalmente a través de la transferencia de excedentes que se ha realizado del sector agrícola al resto de la economía” (pp. 23-24).

Obreros de Bauer & Black, *circa* 1947\*



\* Foto tomada por otro obrero de la fábrica.  
Eduardo Jaimes es el primero de derecha a izquierda.

Partiendo de todo lo anterior, podríamos adelantar algunas conclusiones:

1. Al menos en lo que toca a la población migrante de Tepehuastitlán y localidades aledañas, entre 1940 y 1960 la Ciudad de México fue capaz de proporcionar suficientes fuentes de empleo a la fuerza de trabajo procedente del campo.
2. Pese a que esta población migrante se sentía atraída por la ciudad y los servicios, oportunidades y diversiones que ofrecía, para una parte de ella fue difícil romper con el terruño, lo que se manifiesta en la incapacidad para sujetarse a una rutina de

trabajo que implicaba prácticamente la renuncia a volver a la patria chica, sobre todo en el periodo que va de 1940 a 1958, en el que la falta de carreteras hacia el suroeste del Estado de México, una de las regiones más accidentadas del mismo, los hacía invertir hasta dos o tres días en el traslado a la localidad, y viceversa. Algunos, sin embargo, casi siempre los más jóvenes, se acostumbraron muy pronto a la ciudad y lograron prescindir de la protección de la casa paterna, volviendo a ella sólo por periodos muy cortos, generalmente en sus vacaciones, para visitar a su familia y amigos.

3. La última observación se refiere al tipo de preparación que pedía una empresa como Bauer & Black para contratar a sus empleados, y que se reducía a que supieran a leer y escribir, lo que para efectos de este trabajo se interpreta como el reflejo de la necesidad de fuerza de trabajo por parte de la industria mexicana en el periodo; una necesidad que los hacía reducir al mínimo los requisitos, de tal manera que incluso los miembros de comunidades que carecían de servicios educativos y cuya preparación podía ser de lo más elemental, podían ser incorporados como fuerza de trabajo. Esta situación parece haber empezado a cambiar en la década de los sesenta.

### **2.1.5. Las reservas de Tepehuastitlán**

Hemos tratado de dejar establecido que los primeros emigrantes de Tepehuastitlán, es decir los que salieron entre 1940 y 1960, no lo hicieron precisamente por necesidad, o al menos no la mayoría, sino por la fascinación que la ciudad despertó en ellos a través de los

relatos de familiares establecidos de tiempo atrás en ella, así como por el “efecto demostración” propiciado por quienes migraban temporalmente a la ciudad para visitar a sus parientes y regresaban con ropa, zapatos y pequeñas chucherías y novedades que servían para despertar en otros el deseo de conocerla.<sup>86</sup> Pero ahora habría que establecer que este fenómeno era posibilitado por la existencia en Tepehuastitlán de recursos suficientes como para equilibrar la población que a partir de 1940 había venido creciendo a un ritmo sostenido. Si volvemos a los datos de población señalados en el capítulo anterior, veremos que en 1940 Tepehuastitlán contaba con 260 habitantes; en 1950, con 307; y en 1960, con 336 almas; es decir, que entre 1940 y 1950 registró un crecimiento bruto del 18%, mientras que en las dos siguientes décadas el crecimiento fue de 9 y 11%, respectivamente, lo que en términos relativos significó un decremento con respecto a aquélla, pero nada comparable al decremento en términos absolutos que se registró entre 1970 y 1980, al pasar de 374 habitantes a sólo 297, lo que representó una pérdida poblacional de -20.5%. Lo que ahora veremos es que si no podemos afirmar que las primeras migraciones tuvieron motivaciones estrictamente económicas, tenemos muchas menos

---

<sup>86</sup> Por supuesto, no todo era tan idílico. Hubo casos en que la migración a la ciudad, entre los jóvenes casi siempre, revistió los caracteres de una huida de la violencia paterna. La violencia intrafamiliar, ejercida sobre todo por los hombres contra sus hijos y su mujer, no es algo desconocido en el campo, donde la sumisión al padre es casi absoluta y la única defensa de que disponen las víctimas es la huida. También se daba el caso del que se iba a la ciudad debido a los relatos de los ya emigrados, exagerados en la mayoría de los casos, relativos a la facilidad con que uno se podía ganar la vida en la ciudad, lo que hacía que valorara negativamente el quedarse a esperar el azar de las lluvias y resignarse a su plato de frijoles y sus tortillas (y que en la ciudad no lograra mucho más que eso, precisamente).

razones para afirmar que la que empezó a darse a partir de la década de los sesenta no las tuviera.

## **2.2. La crisis: Tepehuastitlán, 1961-1980**

Es un hecho que la población seguía creciendo, y hacia mediados de la década de los sesenta el equilibrio entre recursos y población que parecía haber existido en los veinte años anteriores empezó a romperse. El incremento poblacional había provocado la apertura de nuevas tierras al cultivo, pero ahora ya no fueron trabajadas sólo por medieros, sino por los hijos ya adultos de los viejos propietarios, varios de los cuales habían ya contraído matrimonio y empezado a su vez a tener descendencia, con lo que la presión sobre los limitados recursos de Tepehuastitlán empezó a incrementarse, hasta que llegó el momento en que la tierra, los acuíferos y el régimen de lluvias empezaron a resentir los efectos de la deforestación y la erosión provocadas por ampliación de la superficie de siembra y los inadecuados métodos de cultivo.<sup>87</sup>

Hemos hablado ya de las sequías, las cuales, de acuerdo a la memoria que de ellas se conserva, no eran tan infrecuentes como uno podría creer dada la cantidad de precipitación pluvial media anual registrada todavía en la década de 1970 –más de 1 000 mm anuales–,<sup>88</sup> pero la tumba y quema de árboles pudo haber provocado

---

<sup>87</sup> Años más tarde terminaron por aceptarlo: el cultivo con arado de tierras con tanta pendiente como éstas lo único que provocaba era la erosión y la pérdida del manto fértil del suelo, provocando con el tiempo la necesidad de enriquecerlo artificialmente, es decir abonarlo, lo que encareció el cultivo y dificultó el cultivo del frijol de milpa, como veremos más adelante.

<sup>88</sup> SPP, *Síntesis geográfica del Estado de México*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto, 1981, p. 9.

tanto una mayor inestabilidad en el régimen de lluvias<sup>89</sup> como un agotamiento progresivo de los acuíferos superficiales –manantiales u ojos de agua, antes tan abundantes en las barranquillas o cañadas, de los que los pobladores echaban mano para abastecer sus hogares y para dar de beber a sus animales– debido a la insuficiencia del volumen de recarga.

El caso es que la degradación del medio físico fue cada vez más visible, lo que de pronto volvió más preciosos todos y cada uno de los ojos de agua, *joyas*<sup>90</sup> y árboles de que se disponía en el propio campo. Fue entonces, por 1960, cuando la gente empezó a cercar sus terrenos y potreros, una acción a la que retrospectivamente los vecinos más viejos tienden a atribuir la desaparición del pasto forrajero silvestre que tapizaba los potreros y campos incultos de Tepehuastitlán, y del que todos sacaban provecho.

De buenas a primeras, los vecinos empezaron a comprar alambre de púa y a cortar más árboles para hacerse de troncos, con los cuales cercaban sus terrenos y las pequeñas corrientes de agua que caían dentro de sus límites. Los más afortunados eran precisamente aquellos en cuyo terreno se ubicaba un ojo de agua o alguna corriente superficial de agua, pues podían echar en ese potrero a sus animales con la tranquilidad que les daba el no tener que andar moviéndolos de un lugar a otro para darles de beber el vital líquido, o de tener que pedir permiso para introducirlos a un terreno ajeno que dispusiera de aquél.

---

<sup>89</sup> Esto parece difícil de comprobar, pero lo cierto es que al paso de los años las pequeñas corrientes de agua y manantiales y ojos de agua se han ido secando y desapareciendo, razón por la cual ahora el clima se siente más extremo y las lluvias menos abundantes.

<sup>90</sup> Depresión formada en la intersección de dos cerros o montañas en su descenso, a lo largo de la cual corre el agua pluvial hacia sus vertederos naturales –arroyos más grandes o ríos; en ellas se ubican los ojos de agua o manantiales de los que la comunidad se abastecía de agua y a los que las bestias acudían a beber. En realidad se trata de una deformación fonética del término ‘hoya’ (en el campo, lugar bajo y hondo: véase Sebastián de Cobarruvias, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, México, Ediciones Turner, 1984 [1611], p. 693), del mismo tipo que otros como ‘jallar’, por hallar, y ‘jerrar’ por errar.

Los cercamientos fueron algo nuevo en la década de los sesenta; antes habían sido innecesarios, seguramente porque tanto la tierra apta para cultivo como los pastos abundaban, además de que sólo unos cuantos poseían ganado. Pero cuando los hatos empezaron a multiplicarse y aumentó el número de vecinos con alguno que otro animalito, se hizo evidente que los propietarios tenían que empezar a ser más cuidadosos con los pastos y aguas necesarios para alimentarlo, y la solución más natural fue la separación, la definición precisa de la tierra que era propia de la que no lo era.<sup>91</sup> Lo paradójico del caso es que la decisión de delimitar la propiedad se vio acompañada al poco tiempo de otro fenómeno que afectó directamente los recursos naturales de Tepehuastitlán: la gradual desaparición de ese pasto forrajero tan apreciado por los vecinos debido a sus propiedades alimenticias e impermeables,<sup>92</sup> lo que a su vez provocó otros cambios en la vida económica de la localidad.

Como ya se ha mencionado, los campos de Tepehuastitlán se encontraban cubiertos hasta 1960 de ese pasto que se daba de manera silvestre, el cual en ocasiones alcanzaba casi metro y medio de altura y era utilizado como forraje para el ganado criollo que se criaba entonces en el lugar. Los testimonios refieren que su consumo por parte del ganado hacía que las vacas produjeran una leche cremosa, rica en grasas y excelente como alimento y materia prima para los quesos de consumo casero que se elaboraban con ella. Era ese pasto tan bueno como alimento y se desarrollaba tan bien el

---

<sup>91</sup> Hay que decir, no obstante, que estos cercamientos no alcanzaron ni remotamente la magnitud de los que se dieron a partir de la década de 1990, cuando ya ni los caminos reales parecen respetarse. La ampliación de la brecha carretera hasta la localidad volvió aún más estratégica la delimitación precisa de la propiedad inmobiliaria, pues ser dueño de un terreno por el que algún rival debía atravesar si quería construir un tramo de brecha hasta su vivienda, se volvió vital en la lucha por arruinarle la vida u obligarle a concesiones desventajosas.

<sup>92</sup> Recordemos que era este pasto el material utilizado mayoritariamente hasta 1940, y aún después, pero en menor escala, para techas las casas construidas con horcones de madera, antes de que se generalizara el empleo del adobe y la teja, materiales más seguros, durables y térmicos que aquél.

ganado con él, que éste llegó incluso a adquirir cierta notoriedad en los alrededores como productor de leche. Y esto es algo que debe señalarse claramente: el ganado criollo que se criaba entonces en la localidad se valoraba en primer lugar por su capacidad para producir leche y sus productos derivados, y sólo en segundo lugar como productor de carne para el mercado, que para ese entonces podía considerarse casi inexistente. La gente vendía una ternera, un toro o una yunta solamente si quería agenciarse de efectivo para satisfacer una necesidad inmediata, o si empezaba a tener problemas para alimentarlos, pero no porque existiera un mercado de carne en Tejupilco, Amatepec o Toluca cuya demanda debiera ser cubierta.

En fin, la desaparición del pasto en Tepehuastitlán coincide en la memoria de los informantes con el cercamiento de las tierras, y retrospectivamente es visto como una desgracia: “Fue como una maldición –dicen algunos–: la gente empezó a cercar sus terrenos y se acabó el pasto”.

La razón de tal desaparición puede no haber sido esa, precisamente; tal vez no fue sino el punto culminante de un proceso en que la tierra se fue volviendo más árida a consecuencia de la erosión, o cualquier otra causa, pero lo cierto es que el recurso desapareció, y entonces los campos empezaron a ser invadidos por una hierba leñosa impropia para alimentar el ganado, llamada *güinar* por aquellos rumbos, y que sólo servía para confeccionar las escobas con las que se barrían las casas.<sup>93</sup>

---

<sup>93</sup> Los tallos de esa yerba son muy parecidos a los que todavía usan al extremo de sus escoba los barrenderos del servicio de limpia del Departamento del Distrito Federal para barrer las calles por las mañanas, sólo que aquéllas se improvisaban reuniendo directamente en un haz varias matas de *güinar*, atándolas con *sicuas* por el tallo; los barrenderos, en cambio, atan estas varas al extremo de un mango de madera de casi 1.80 m de largo, de manera que pueden barrer erguidos. En Tepehuastitlán, las mujeres tenían que inclinarse para barrer sus casas con estas escobas, lo que volvía la tarea más penosa, o cansada.

A partir de entonces, el ritmo de los sucesos que afectan la vida económica de la localidad parece intensificarse. Fue en esta década, 1960-1970, cuando empezaron a llegar noticias desde el pueblo de Amatepec de un nuevo tipo de maíz –maíz híbrido lo llamaban– mucho más rendidor que el maíz largo que hasta entonces se había sembrado. La nueva semilla tenía una ventaja esencial con respecto a la que se utilizaba entonces en Tepehuastitlán y en todas las demás localidades de la región: no necesitaba tanta agua como ésta para crecer: con que lloviera un poco en junio o julio era suficiente para que la milpa se fuera para arriba, aparte de que no era necesario dejar tanto espacio entre mata y mata, o entre surco y surco, para que éstas se desarrollaran de manera óptima, lo cual significaba que tenía un mayor rendimiento por unidad de superficie. Con el maíz largo el sembrador debía dejar dos pasos entre mata y mata, y los surcos no debían estar tan juntos; que la planta pudiera recibir libremente el sol, que no tuviera que competir con las otras por su ración de luz era indispensable para que el tallo creciera a su máxima capacidad y los granos de maíz se desarrollaran uniformemente a lo largo de la mazorca. Claro, los campesinos tienen aprendido cuánto espacio debían dejar entre una planta y otra de manera que éstas no compitieran entre sí por la luz del sol, pero también para que no quedaran tan espaciadas que su rendimiento en granos de maíz bajara por unidad de superficie. No se trataba, por ejemplo, de dejar un espacio muy grande entre las plantas, aunque ello hubiera redundado en una cosecha de mazorcas más grandes que el promedio, pues la calidad de las mazorcas producidas por mil plantas de maíz sembradas en una superficie dada no compensaba la cantidad de grano que podían producir dos mil matas sembradas en la misma superficie. El agricultor había

aprendido a cultivar la cantidad precisa de maíz de manera que tuviera el máximo rendimiento con la mejor calidad posible. Así se entiende, por ejemplo, que cuando Eduardo Jaimes recibió de su padre la encomienda de sembrar a yunta un terreno pedregoso de su propiedad situado en las márgenes del río San Felipe en 1938, y que le sirvió de aprendizaje, no faltó quién le dijera, al ver los surcos que iba haciendo –bastante separados entre sí a consecuencia de lo fragoso del terreno, pero también a su inexperiencia en el manejo de la yunta–, no que lo estaba haciendo mal, sino que “se le iba a dar una milpa muy bonita”...<sup>94</sup> como efectivamente sucedió, pero a costa del rendimiento por unidad de superficie, y ese era uno de los aprendizajes que había de hacer todo el que se preparaba para el cultivo de la tierra. Es a esto a lo que Arturo Warman se refiere cuando dice que el maíz es un producto del hombre en el mismo sentido que el hombre lo es del maíz: ambos se han condicionado...

El caso es que el maíz híbrido no necesitaba tanto espacio para desarrollarse y dar su fruto, además de necesitar menos agua que aquel que se venía sembrando en Tepehuastitlán. De hecho, se trataba de una gran ventaja si consideramos que esta clase de maíz necesitaba tan solo de tres meses de lluvia para desarrollarse completamente, en tanto que el maíz delgado necesitaba seis. Aparte de todo ello, el híbrido era menos alto que el delgado, lo que también podía llegar a ser una ventaja si consideramos que estaba menos expuesto a ser abatido por los vientos que de pronto se desatan por esas tierras (porque presenta menor resistencia, en virtud de su menor masa y porque se encuentra más cerca de su centro de equilibrio). Estas características, aunadas al retraso en las lluvias que ya para 1960 empezaba a observarse, así como al

---

<sup>94</sup> Datos comunicados por Eduardo Jaimes Flores.

progresivo agotamiento de los mantos acuíferos que surtían los ojos de agua y los escurrimientos que bajaban de los cerros, hicieron que la adopción de la nueva semilla por parte de los agricultores de Tepehuastitlán y los alrededores se llevara a cabo de manera muy rápida; es decir, en el espacio de unos tres a cinco años, entre 1960 y 1965.

Pero el híbrido también presentaba lo que podría llamarse desventajas: tenía un sabor distinto, los elotes no salían tan sabrosos ni tan dulces como los del maíz largo y, por otra parte, al modificar su ritmo de maduración –abreviándolo– la fase de transición entre el elote y la mazorca lista para cosecharse y desgranarse casi desapareció, y con ello la posibilidad de preparar *laxcales* con las *camaguas*, una especie de pequeños panes triangulares preparados con las mazorcas en sazón y que se acostumbraba comer acompañados de requesón o queso. Y aunque estos podrían parecer inconvenientes menores, y de hecho así fueron considerados por los habitantes de Tepehuastitlán, puesto que el maíz híbrido fue aceptado pese a ello, había otro que en términos de productividad no era tan despreciable, y es que la mazorca del híbrido era en realidad inferior en calidad a la del maíz delgado, pues el olote de aquél era mucho más grueso que el de éste, aunque el tamaño de la mazorca era semejante en ambas variedades, con lo cual se quiere decir que los granos de maíz híbrido eran más pequeños que los del maíz largo, lo que habría incidido directamente en la productividad de no haber sido compensado por la particularidad ya mencionada del híbrido de que necesitaba menos luz que el delgado y que, por lo tanto, en el espacio en que antes se sembraban dos matas<sup>95</sup> de maíz

---

<sup>95</sup> Decimos una mata por comodidad; en realidad, el sembrador arrojaba a la tierra de tres a cinco granos de maíz en cada movimiento, lo cual daba como resultado un promedio de tres a cuatro matas de maíz en la misma fracción de terreno, situación que también estaba perfectamente calculada.

delgado se sembraban tres de híbrido, lo que compensaba con creces el defecto de los granos pequeños. Pero incluso esta desventaja empalidecía ante el enorme alivio que representaba el hecho de que esta variedad necesitara la mitad de agua que la otra para desarrollarse plenamente y rendir sus frutos.

Por otra parte, las hojas de la nueva planta eran bastante más rígidas y *aguatosas* (irritantes) que las del maíz delgado. Claro que esto último sería un defecto menor de no existir el inconveniente de que ello dificultaba su aceptación por el ganado criollo de los rancheros de Tepehuastitlán, para el cual la hoja de milpa constituía un forraje de reserva del que éstos echaban mano en el periodo más seco de la cuaresma, cuando el pasto se había agotado en los potreros y el ganado no tenía casi qué comer. Y esta fue otra de las circunstancias que agravaron la situación del ganado criollo, pues de pronto se redujeron sus posibilidades de alimentación, lo que unido a una resequedad cada vez mayor de la tierra, hizo que los propietarios de ganado vieran con buenos ojos la introducción en la localidad del ganado cebú, y que lo empezaran a cruzar con el criollo para mejorar la raza.<sup>96</sup>

Pero antes de entrar a este otro tema, conviene dejar sentado que tanto la adopción de la variedad híbrida del maíz en la década de los sesenta, seguida poco después por la del abono, e incluso la del ganado cebú, fueron medidas que si bien por algunos fueron tomadas con reticencias, al final demostraron ser la única vía para sortear el cambio climático representado por el retraso de las lluvias y el consecuente agotamiento de los mantos acuíferos superficiales y

---

<sup>96</sup> Se entiende que esta adopción se dio no sólo en Tepehuastitlán, sino en todas las localidades de los alrededores, todas las cuales pasaban por la misma circunstancia. El problema era regional, no sólo local.

subterráneos, así como el progresivo desecamiento de la tierra provocado por estos fenómenos. Fueron como una bocanada de oxígeno que llegaron en el momento preciso para aliviar el agravamiento de las condiciones en que los hombres de Tepehuastitlán se ganaban el sustento, y la prueba de ello es que en el transcurso de unos pocos años todos ellos habían adoptado estas medidas, incluso aquellos que carecían de capital suficiente para comprar a particulares el abono para la milpa, pues a fines de la década de 1970 el Estado pareció interesarse en un incremento de la productividad de la tierra, y llegó a vender a crédito el abono a los campesinos, aunque un poco más caro de lo que se podía conseguir en el mercado.<sup>97</sup> Las nuevas variedades y modalidades de cultivo, tanto en lo tocante al maíz como en lo tocante al ganado, parecieron llegar en el momento más apropiado, lo que no es sino otra manera de decir que los campesinos de Tepehuastitlán adoptaron los cambios que creyeron necesarios para adaptarse a las cambiantes condiciones del medio y del mercado.

### **2.2.1. El triunfo del ganado cebú**

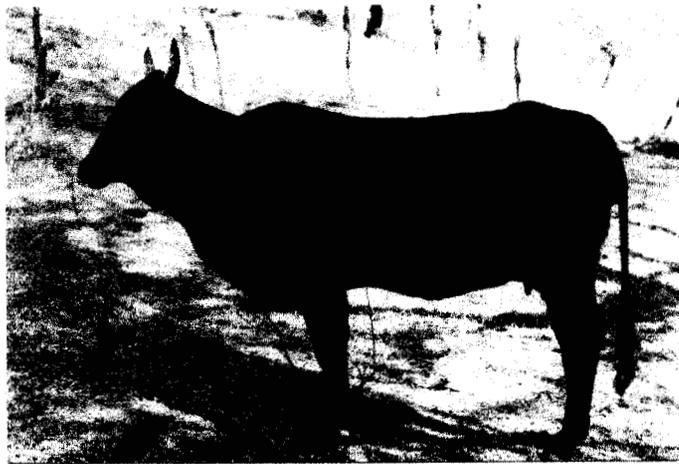
Este fue un proceso que se llevó varios años, incluso décadas, pues no todos disponían de capital suficiente para comprar un pie de cría o un semental cebú. Lo más común era que quien tenía vacas o terneras acudiera con ellas, ya que estaban en celo, a cruzarlas con un semental o toro de aquella raza pagando una renta, de manera que las crías de estos animales fueron perdiendo a lo largo de sucesivas generaciones los rasgos de sus progenitores criollos, hasta

---

<sup>97</sup> La medida buscaba fomentar el cultivo del maíz híbrido, que sin abono no crecía adecuadamente.

desaparecer totalmente de Tepehuastitlán, al tiempo que el cebú se apoderaba de la escena, de tal modo que los únicos ejemplares que uno ve actualmente cuando camina por las veredas y caminos de Tepehuastitlán, pero también de Chapuluapan, El Salitre y otras localidades de los alrededores, son ejemplares de esta última raza.

**Ejemplar típico de la cruce entre ganado criollo y cebú en Tepehuastitlán\***



\* Foto tomada por el autor.

El cebú es poseedor de al menos dos características que lo hacían valioso para los habitantes de estos tórridos lugares: soportan el calor mejor que el ganado criollo y son más grandes de cuerpo; es decir, son mejores productores de carne. También son más ágiles, lo cual por una parte es una ventaja, pues pueden buscar su alimento en lugares donde el ganado criollo –hecho a vivir en lugares menos abruptos o de pendientes más amables– no se atreverían. Por otra parte, esta misma característica los hace más difíciles de manejar, pues hasta para un jinete le puede resultar pesada la tarea de bajar

del cerro a uno de estos briosos y bravos animales. Sin embargo, el mayor de sus defectos no es ese, sino el hecho de que no se trata de una raza productora de leche. Este tipo de ganado es apropiado sobre todo para la producción de carne –y eso sólo comparado con el ganado criollo, pues los ejemplares de las razas introducidas a últimas fechas en la región, en El Salitre por ejemplo, lo dejan muy atrás en cuanto a producción de carne: comparativamente, estas últimas razas<sup>98</sup> son al ganado cebú lo que éste era al ganado criollo en la década de los sesenta. En resumen, lo que se ha venido dando a partir de entonces es una tendencia hacia la crianza de ganado con mayor producción de carne, teniendo que renunciar a la leche y derivados que obtenían del ganado criollo.

Tal vez esto no fue totalmente deliberado, ya que debieron privarse de una fuente alimenticia, pero dadas las circunstancias no parece que hubiera otra opción ante la progresiva escasez del agua y el aumento del calor en la zona. La desaparición del pasto forrajero silvestre y la impropiedad del rastrojo obtenido de la variedad híbrida del maíz para alimentar el ganado criollo, hacía que éste enflaqueciera demasiado en la cuaresma, lo que reducía considerablemente las posibilidades de venderlo a los compradores ocasionales que se acercaban a localidades como Tepehuastitlán precisamente en esta temporada –cuando la oferta de carne disminuía debido a los mismos factores– para comprar ganado en pie para carne, o cuando había alguna necesidad que tenía que solventarse con la venta de algunas cabezas de ganado en Tejupilco

---

<sup>98</sup> Estas otras razas son la Charolais y la Hereford. Los ejemplares de estas razas son, en todo caso, bastante escasos, y ninguno de los propietarios de Tepehuastitlán tiene todavía un semental de alguna de ellas; en cambio, en El Salitre hay varios propietarios dinámicos que ya cuentan con algunos de estos ejemplares: a partir de ellos es que empezará el nuevo cruce de razas.

o Amatepec, pues aunque a principios de 1960 no se afianzaba todavía el pueblo de Luvianos –ubicado dentro de los límites del municipio de Tejupilco, pero más cercano a Tepehuastitlán que su cabecera, del mismo nombre– como mercado ganadero, cuando esto ocurrió, a principios de la década siguiente, ello no hizo sino reforzar el camino seguido por los pequeños ganaderos<sup>99</sup> de Tepehuastitlán.

Por lo demás, las adaptaciones que debieron hacer a su vida económica no pararon ahí para los tepehuastitlanenses. La introducción del maíz híbrido, y posteriormente del abono, los llevó a tener que iniciar un nuevo aprendizaje, pues descubrieron que la utilización del abono para incrementar la productividad del maíz “quemaba” el frijol que se acostumbraba sembrar junto con el maíz, es decir el frijol de milpa, lo cual no significó que hayan tenido que renunciar al cultivo del frijol, pues les quedaba la opción del frijol de matón –el frijol de vara se sembraba sólo con el fin de proveerse de ejotes, pues seco no valía gran cosa, ya que era poco resistente a las plagas–, pero a final de cuentas sí implicó un empobrecimiento genético, pues el frijol de milpa no pudo volver a sembrarse. También tuvo otro efecto económico más inmediato, pues si bien es cierto que con el abono se incrementó la cantidad cosechada de maíz, y esto produjo excedentes que pudieron colocarse en el mercado, también es cierto que al menos una parte del producto tuvo que destinarse a la compra del abono para la próxima siembra y

---

<sup>99</sup> Esto de ‘pequeños ganaderos’ hay que tomarlo con todas las reservas del caso; se entiende que en la mayoría de los casos no se trataba de gente dedicada de tiempo completo a la cría de ganado, sino de campesinos, de hombres cuya actividad principal era la agricultura de temporal que además se habían hecho de algunas cabezas de ganado y que trataban de cuidarlas lo mejor que podían y según sus recursos se lo permitían, pues no podía decirse que el cuidado de los bovinos alcanzara el nivel de un verdadero ganadero. El ganado se reproducía a la buena de Dios y esto dependía de que no se desataran epidemias en el año o que no se desbarrancaran y murieran muchos animales en una temporada determinada. No obstante, tampoco hay que recargar los tientes miserabilistas: aunque atendiendo al común de la gente puede decirse que se trataba de una agricultura de subsistencia, había ciertos propietarios que frecuentemente podían disponer de excedentes de maíz o de frijol para vender a los vecinos de Tepehuastitlán que carecían de los mismos, o incluso que acudían a venderlos a Tejupilco o a Amatepec.

a la compra del frijol que dejó de sembrarse, pues la producción de frijol de matón nunca pudo compensar el frijol de milpa que se había dejado de sembrar.<sup>100</sup>

Vale la pena que nos detengamos un poco en la cuestión del fertilizante, pues nos puede servir para comparar la productividad media de la tierra en Tepehuastitlán con la que Arturo Warman menciona como normal en su texto. De acuerdo a las datos extraídos de los cronistas que utiliza, la producción habitual de maíz durante la Colonia –sin la ayuda de fertilizantes– podía llegar a ser de hasta 800 por 1, aunque “la relación normal más frecuentemente mencionada por los cronistas de Indias es la de 150 por 1”.<sup>101</sup> Este dato resulta sumamente interesante si lo comparamos con la información proporcionada por los campesinos de Tepehuastitlán en el sentido de que hacia 1960 la productividad del maíz en los años buenos era de una carga por cuartillo de semilla sembrada, relación que podía bajar en los años en que las lluvias se retrasaban hasta un tercio por cuartillo, o menos aún. En Tepehuastitlán y localidades vecinas una carga equivale a 100 cuartillos, y un tercio a 50 cuartillos, lo cual significa que después de casi cuatro siglos el rendimiento del maíz en esta localidad había bajado en más de un 30%.<sup>102</sup> La razón de este menor rendimiento puede residir en una

---

<sup>100</sup> Evangelina Villegas y Surinder Vassal, del Centro Internacional para el Mejoramiento del Maíz y el Trigo, obtuvieron el 7 de septiembre de 2000 el Premio Mundial de Alimentación por el desarrollo de una variedad de maíz, el Quality Protein Maize (QPM) con el doble de proteínas que las variedades normales; a la fecha esta variedad se encuentra sembrada tan sólo en un millón de hectáreas en África y América Latina, y la investigadora dice que “ahora toca a los políticos promover una campaña de sustitución de cultivos para que las familias que dependen más del maíz dupliquen su consumo de proteínas sin costos adicionales”: <http://reforma.com/ciencia/articulo/032665/>

<sup>101</sup> A. Warman, *op. cit.*, p. 27.

<sup>102</sup> Warman no lo menciona, pero es de suponerse que los informes proporcionados por los cronistas que cita (Juan de Cárdenas entre ellos, quien escribe su libro *Problemas y secretos maravillosos de las Indias* en 1591) son datos de cultivos en que ya se utilizaban el arado con reja de hierro y otros utensilios metálicos para labrar la tierra, tal como se hacía en Tepehuastitlán para la década de 1960; de no ser así, y suponiendo, por un lado, que aquellos instrumentos hubieran elevado el rendimiento de la producción maicera y, por otro, que aquella relación de 150 por 1 se refiriera al rendimiento obtenido con las técnicas indígenas tradicionales, los datos serían aún más asombrosos.

menor calidad de las tierras, pero también al empobrecimiento de las mismas después de un uso continuado y a lo inadecuado de las técnicas de cultivo, que es la explicación adoptada por los propios campesinos después que decidieron abandonar el arado y la talacha, según veremos. En todo caso, lo importante es retener este dato para compararlo con el del rendimiento de las cosechas a partir de la utilización de abono industrial en Tepehuastitlán, el cual subió al doble, es decir a dos cargas por cuartillo, o lo que es lo mismo, a 200 cuartillos por 1. Pero este incremento es desmesurado, y lo más razonable es suponer que para principios de la década de 1960 la tierra en Tepehuastitlán había agotado casi su fertilidad. Un dato que apoya esta aseveración es que de acuerdo a los propios campesinos, a principios de la siguiente década, entre 1970 y 1975, si no se regaba abono la tierra no daba ya casi nada;<sup>103</sup> y esto sucedía incluso en las tierras que comúnmente estaban conceptuadas como muy buenas. Lo que ellos dicen es que “la semilla se acostumbró al abono”, lo cual no es sino otra manera de decir que la tierra era ya tan pobre que prácticamente los únicos nutrientes que podía ofrecer a la semilla eran los proporcionados por el fertilizante de origen industrial, y consecuentemente los rendimientos bajaron nuevamente. Y esto es lo importante, porque es precisamente en esta década cuando Tepehuastitlán y las localidades vecinas se convierten en “polos expulsores de población”.

---

<sup>103</sup> En realidad esto tiene otra explicación: cuando los campesinos de Tepehuastitlán dicen que si no se echaba abono la tierra ya no daba nada, sin saberlo aluden a una de las características de la semilla de alto rendimiento utilizada por ellos (el maíz híbrido): “El abastecimiento de agua es fundamental para el empleo eficaz de fertilizantes, a los cuales las semillas mejoradas reaccionan óptimamente”, en Ingrid Palmer, *La alimentación y la nueva tecnología agrícola*, México, SEPSETENTAS, 1976, p. 112. Es decir, no se trata de que la tierra hubiera perdido todos sus nutrientes, sino de que la variedad adoptada de maíz *necesita* del abono para desarrollarse, así como la variedad de trigo enano de alto rendimiento requería de terrenos de riego para dar el rendimiento que los científicos prometían. Pero lo otro también es cierto.

El progresivo empobrecimiento de las tierras y el encarecimiento del cultivo del maíz a que ello dio lugar, junto a otros factores como el afianzamiento de Tejupilco como eje económico de la región, situación a que lo predisponía tanto su historia como su favorable ubicación geográfica, así como el inicio en 1978 de los trabajos que culminaron en 1982 con la construcción de una carretera de terracería que comunicó a Tepehuastitlán con los pueblos de Tejupilco y Amatepec, parecieron colocar a la población joven de la localidad ante la disyuntiva de continuar cultivando la tierra en esas condiciones o de aprovechar la opción que se abrió ante ellos cuando algunos de los que inicialmente habían emigrado a la Ciudad de México, y más frecuentemente los hijos de éstos, empezaron a irse de “mojados” a trabajar a los Estados Unidos, sólo para volver en las fiestas de fin de año a contar de las oportunidades de trabajo y las facilidades de vida existentes al otro lado de la frontera.

### **2.2.2. La seguridad que se aleja y la soledad que se acerca**

Si el pueblo de Tejupilco había crecido hasta 1960 a un ritmo sostenido pero moderado, a partir de esta década, y sobre todo a partir de 1970, el ritmo se incrementó de manera casi geométrica. Basándonos en los datos de los censos de población, vemos que si de 1921 a 1960 la población del municipio pasó de 19 000 a 30 000 habitantes, lo que concuerda con la tasa promedio de crecimiento de la población para esos años en México, de 1960 a 1990 su población pasó a ser de 74 000 almas, lo cual de ninguna manera podríamos hacer coincidir con un crecimiento vegetativo de la población, pues entretanto la tasa de natalidad había disminuido. Por otra parte, la

cabecera municipal, en los mismos periodos, pasó de 1 800 a 3 700 habitantes, y de este último número a 15 200 en 1990, lo cual significa que en treinta años creció casi cuatro veces, algo que no se explica si no es por la inmigración de pobladores de las localidades vecinas, pertenecientes tanto al propio municipio de Tejupilco como al de Amatepec –Tepehuastitlán entre ellas–, e incluso de más lejos.

Aunque en la primera fase de la migración, es decir, durante la década de 1960, la mayoría de los migrantes de Tepehuastitlán no eligieron como destino Tejupilco sino la Ciudad de México, a medida que localidades como Tepehuastitlán fueron perdiendo su población joven, la seguridad se hizo más precaria para los que se habían quedado, sobre todo para las parejas de más edad, para quienes el trabajo del campo podía ser más pesado, y más difícil –en consecuencia– obtener el sustento. Mencionaré un ejemplo de cada uno de estos casos, que si bien revisten tintes dramáticos que no sería válido generalizar, podrían dar una idea de las vicisitudes a que estaban sujetos los habitantes de Tepehuastitlán y de las localidades cercanas, así como de las opciones que se ofrecían a quienes se encontraban en situaciones semejantes o parecidas.

Aunque al parecer muchos episodios violentos tuvieron como motor inicial las pasiones despertadas al calor de discusiones regadas con alcohol y no hay ninguna regla al respecto, la edad más peligrosa para este tipo de reyertas era entre los veinte y los treinta años, por lo menos eso es lo que puede deducirse de la inspección realizada entre las lápidas que señalan las tumbas del cementerio de Tepehuastitlán. De las que aún conservan el registro de su ocupante<sup>104</sup> y murieron de muerte violenta pueden ser ilustrativos los

---

<sup>104</sup> Muchas de ellas sólo cuentan con una piedra en la que aparece registrado el nombre y las fechas de nacimiento y muerte, pero en otras ni eso. Sin embargo, no todas las tumbas son de este tipo; las de las familias más ricas de Tepehuastitlán y de las localidades cercanas, como El Salitre o Chapuluapan,

casos de Vicente Prudencio, de Tepehuastitlán, asesinado en 1955, y de Maximino Acuña Palencia, de Chapuluapan, quien corrió la misma suerte en 1968. El primero murió en Tepehuastitlán en el transcurso de una reunión en la que se había estado bebiendo alcohol; el segundo fue asesinado a balazos por uno que había sido su amigo hasta el momento del conflicto, que se desató después de una reunión aderezada también con alcohol en el pueblo de Amatepec.

Sin embargo, no eran esas las únicas ocasiones o causas de los crímenes cometidos en Tepehuastitlán y localidades cercanas, a las que en este caso extendemos el estudio por ser rasgos comunes a todas ellas. Por ejemplo, en el cementerio se encuentra también la tumba de Laureano Aguirre, asesinado el 11 de enero de 1972 por ladrones que asaltaron su casa en Chapuluapan. Y es que los asaltos no eran raros en estas localidades, sobre todo en esta época, en que varios de los hombres jóvenes habían empezado a emigrar y la seguridad de los hogares se había debilitado.

Aunque este último caso no ocurrió específicamente en Tepehuastitlán, puede servirnos para ejemplificar el tipo de opciones que se presentaban a quienes, como doña Natividad Palencia y Francisco Acuña, sintieron que se habían quedado solos a la muerte de Maximino, su único hijo varón. Estas dos personas eran ya de edad avanzada y, aunque siguieron viviendo todavía algunos años en Chapuluapan, a fines de la década de 1970 terminaron por mudarse a Tejupilco, donde con el producto de la venta de algunas cabezas de ganado lograron comprar un pequeño lote con tres habitaciones en el que vivieron sus últimos años.<sup>105</sup> Las razones de la mudanza

---

cuentan con tumbas lujosas, con su catedral a escala encima de algunas de ellas hechas de cemento, como en cualquier otro lugar.

<sup>105</sup> Este es un rasgo característico que volveremos a encontrar en los emigrados de Tepehuastitlán a la Ciudad de México: ninguno de ellos se resignó a rentar vivienda permanentemente, sino que procuraron por todos los medios hacerse de un lote de terreno en el que poco a poco, con sus propias manos algunas

tenían que ver con la relativa falta de seguridad en la localidad que dejaban, pero había otras. A medida que el pueblo de Tejupilco crecía, el número de servicios aumentaba, ofreciéndose cada vez con mayor regularidad y calidad. Disponer de agua en la propia casa con sólo abrir una llave era bastante más cómodo que transportarla en la cadera desde el pozo hasta la casa, un trayecto que frecuentemente superaba los cien metros; y algo semejante podía decirse de la preparación de las tortillas o de la cocción de los alimentos: ni se tenía que preparar el nixtamal con un día de anticipación, ni se tenía que moler éste en el molino y el metate para echar las tortillas a cocer sobre el comal, cuyo fuego era alimentado con leña que los hombres, o las propias mujeres si los hombres andaban ocupados en otros quehaceres, debían ir a cortar al campo y cargarla hasta la casa, ya sea en el hombro o a lomo de burro. En Tejupilco funcionaban suficientes tortilladoras para satisfacer la demanda de su población, y también estufas de gas y luz eléctrica, etc. Además había doctores y farmacias, y un buen sistema carretero por el que en casos de emergencia podían llegar rápidamente sus familiares desde la Ciudad de México o Toluca a brindarles auxilio en caso de necesidad. Y a doña Natividad y a don Francisco los siguieron otros, y no sólo de Chapulapan, de El Salitre, San Martín o Tepehuastitlán, sino incluso de algunas pequeñas localidades del estado de Guerrero, del que no lo separan sino unos cincuenta kilómetros de

---

veces, fueron construyendo sus viviendas, sin la intervención de arquitectos y haciendo a un lado la tradición arquitectónica de sus lugares de origen. Guiándose únicamente por la necesidad de tener un sitio que pudieran llamar suyo, a partir de mediados de la década de 1960 empezaron a asentarse en lo que en México se ha llamado las ciudades perdidas de Nezahualóyotl, Valle de Aragón, Ecatepec y en las alturas cercanas al Ajusco que rodean al D. F. por el sur, aunque hubo afortunados que disponían todavía de bienes inmuebles o ganado en Tepehuastitlán, Chapulapan o alguna otra localidad de la región, mismos que vendieron para dar el enganche o comprar un lote en otro lugar. Algunos empezaron construyendo con lámina su casa, para pasar después al tabique, hasta que lograron reunir lo suficiente para techar con loza de cemento sus casas, que en su forma de chorizo reflejan la manera en que se fue construyendo, añadiendo este año un cuarto al que se había construido hace dos o tres. Autoconstrucción llaman a esto.

carretera. Esto explica que ya para 1990 el pueblo alcanzara el rango de ciudad, rango que se adquiere al rebasar los quince mil habitantes, según el criterio establecido por el INEGI. Una buena medida de la atracción que esta localidad ejerció sobre las pequeñas localidades, tanto del municipio de Tejupilco como del de Amatepec y otros, es su extraordinario ritmo de crecimiento: en 1980 contaba sólo con 9 298 habitantes, mientras que el XI Censo General de Población y Vivienda de 1990 estableció su población en 15 474 seres; es decir, en sólo diez años casi duplicó su población.

Los antecedentes de este explosivo crecimiento de Tejupilco en las tres últimas décadas del siglo XX se encuentran tanto en su favorable ubicación geográfica en un valle que era cruce de caminos, como en las políticas de apertura de vías de comunicación aplicadas en su favor. Un ejemplo es el ramal carretero que con centro en la ciudad de Toluca y, por extensión, del D.F., se hizo llegar hasta el pueblo de Tejupilco. El impacto que este hecho tuvo con el tiempo fue, como hemos visto, tremendo, pero no sólo para Tejupilco, sino para pueblos como el de San Miguel o Amatepec, que poco a poco perdieron su calidad de centros económicos de las localidades aledañas, cuyos habitantes por décadas habían acudido a ellos para abastecerse de lo más elemental. Y aunque el trazo original de los caminos no fue alterado por aquella carretera ni, en lo general, por las que se siguieron construyendo después, el uso de vehículos automotores y la construcción de brechas y caminos de terracería hacia las localidades y rancherías del municipio modificó, sensiblemente la vida de sus habitantes. Por ejemplo, cuando a principios de la década de los setenta la carretera de Tejupilco se había extendido hasta Ciudad Altamirano, en el estado de Guerrero, y a partir de ella se hizo llegar en 1982 una brecha o camino de

terracería hasta Tepehuastitlán, los intercambios económicos de sus habitantes –que se encuentran aproximadamente a la misma distancia del pueblo de Amatepec que del de Tejupilco– cambiaron muy pronto de dirección. Si antes les era más fácil subir hasta Amatepec los días de plaza que desplazarse hasta Tejupilco, debido a la dificultad representada por los dos ríos que había que atravesar, ahora esas mismas personas prefieren trasladarse a Tejupilco, donde la variedad de bienes es mayor y más abundante que en Amatepec. De la decadencia económica que trajo la apertura de la ruta Toluca–Temascaltepec–Tejupilco–Cd. Altamirano–etc., son conscientes los propios amatepequenses:

El gobierno del Lic. Alfredo Del Mazo [1981-1987] trajo como beneficio para [el municipio de] Amatepec el incremento y la ampliación de las vías de transporte y comunicación, aunque hemos padecido una decadencia comercial debido al desarrollo en pueblos cercanos de sus propias vías de comunicación y transporte.<sup>106</sup>

Y si para el pueblo de Amatepec, núcleo de población cuyos orígenes se remontan a los tiempos prehispánicos, podía ser un factor de inestabilidad el acelerado crecimiento de un centro urbano como Tejupilco en las décadas de 1970 al 2000, podremos tener una idea de lo que eso mismo representó para comunidades mucho más pequeñas y económicamente débiles –en cuanto a su oferta potencial de bienes al exterior, aunque en lo interior hubieran sido relativamente autosuficientes– como Tepehuastitlán.<sup>107</sup> Tal vez echar una ojeada al caso del pueblo de Amatepec nos ayude en esta tarea.

---

<sup>106</sup> Alumnos y maestros de la Escuela Primaria Estatal **20 de Noviembre**, “Amatepec”, *op. cit.*, p. 163.

<sup>107</sup> Las concentraciones urbanas como focos de inestabilidad de las localidades aledañas es enmarcado por Florescano dentro del fenómeno más general de la subordinación del campo a las ciudades, y ubica sus orígenes en los cambios introducidos por los españoles a raíz de la conquista: “De una economía de subsistencia, con escaso intercambio de productos entre las poblaciones y sin grandes divisiones entre el

### 2.2.3. Confinado en la cima, observa el espacioso llano

La urbe como factor de inestabilidad para el campo podemos considerarla desde el punto de vista demográfico. La gran ventaja del pueblo –ahora ciudad– de Tejupilco con respecto al de Amatepec es que gracias a que el valle en que se asienta puede alimentar a la población que en él sigue concentrándose, a sus facilidades de comunicación y a su larga tradición como centro del intercambio comercial entre la tierra caliente y la tierra fría, ha sido capaz de generar suficientes fuentes de empleo y oportunidades de negocios para los recién llegados, de manera que hasta cierto punto ha podido retener en su seno los excedentes de población de los municipios vecinos que, por lo menos hasta principios de la década de los ochenta, salían en busca de seguridad y mejores condiciones de vida.<sup>108</sup> Y es que la atracción de las ciudades y de los servicios

---

campo y los centros ceremoniales, se había pasado a una economía mercantil, dirigida a satisfacer las demandas de los centros urbanos y mineros” (Enrique Florescano, “Una historia olvidada: la sequía en México”, en *Nexos*, núm. 32, agosto de 1980, p. 10).

<sup>108</sup> Estas son en realidad sólo algunas de las causas, pues no resulta válido reducir el fenómeno sólo a factores económicos; de hecho, los factores pueden ser múltiples. En el caso de Tepehuastitlán, por ejemplo, podríamos decir que en principio se trató de una migración “libre”, con motivaciones individuales como el espíritu de aventura o la búsqueda de novedades –carácter que pudo haberse ido modificando con el tiempo. Respecto a este tipo de migración se ha dicho: “Su importancia no está en el tamaño, que nunca es grande, sino en el ejemplo que dan a otros. Si el flujo a que da lugar se convierte en corriente caudalosa, patrón instituido para clases sociales enteras, ejemplo de comportamiento colectivo, hablaremos de emigración en masa, semejante a la que ha sido llamada *emigración en cadena* (Mac Donald y Mac Donald 1964). En tales casos las motivaciones individuales van perdiendo importancia, y puede ocurrir que los individuos que intervienen sean incapaces de dar una explicación racional a su decisión de emigrar. Los motivos que aducen son probablemente triviales o, más probable aún, generalidades que ellos suponen se espera que contesten.” En *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, dirigida por David L. Sills, España, Aguilar, 1975, vol. 7, p. 96. Por supuesto, en el caso de Tepehuastitlán no podemos hablar de clases sociales, pero en cuanto a los que basados en el ejemplo de Eduardo Jaimes emigraron a la Ciudad de México para enrolarse en la corporación de la policía auxiliar, bien podríamos hablar de un aumento en el nivel de aspiraciones de aquellos que decidieron hacerlo, jóvenes casi todos, que ya no se conformaban con depender sólo de la agricultura para mantenerse.

que ofrecen hacen parecer desventajosa la vida en el campo. Esta conclusión se desprende del hecho de que ningún crecimiento vegetativo de la población podría dar cuenta de un incremento tan explosivo de la misma como el que ya hemos señalado: en un lapso de 65 años, de 1930 a 1995, la población del municipio de Tejupilco creció cuatro veces, en tanto que la de su cabecera municipal creció once veces. Estos números contrastan con los de Amatepec, cuya tasa de natalidad es igual que la de Tejupilco, pero cuya población total sólo creció en el mismo lapso poco más de dos veces, en tanto que la de la cabecera municipal sólo ha crecido un 28% en 75 años, al pasar de 1 225 habitantes en 1921, a 1 712 en el año de 1995.

Si consideramos únicamente las cifras censales de 1960 a 1995, resulta que en la traza original del pueblo sólo se ha incrementado en 352 el número de individuos en ese lapso (1 360 en 1960 contra 1 712 en 1995), lo que significa que en 35 años su población ha crecido nada más en un 20%. Si consideramos que en este periodo el índice de natalidad promedio en el estado de México fue de 3.5 por millar, deberemos concluir que el pueblo de Amatepec ha perdido al menos la mitad de su población económicamente activa. Para algunos de sus habitantes, la mecánica de este proceso es bastante sencilla: muchos de los estudiantes que se van a Tejupilco a estudiar en la Escuela Normal, al terminar sus estudios ya no regresan al pueblo;<sup>109</sup> otros simplemente toman el camino de la Ciudad de México... o, últimamente, el de los Estados Unidos.

En síntesis, Amatepec, un pueblo cuya fundación rebasa probablemente los quinientos años, no ha podido superar su

---

<sup>109</sup> Información proporcionada por el profesor Alfonso Casillas Vences, regidor municipal de Amatepec en el periodo 1997-2000. Hay que decir que la profesión de maestro (a) es una de las pocas opciones de empleo viables por estos lugares para los jóvenes que recién ingresan al mercado de trabajo.

condición de tributario.<sup>110</sup> Su relativa inaccesibilidad en la punta de un cerro no lo salvó de ser avasallado por los aztecas, primero, y por los conquistadores españoles, después, quienes lo conservaron como centro político y administrativo, igual que habían hecho con otros centros ceremoniales de importancia, al tiempo que fundaban –al poniente del mismo– haciendas ganaderas y cerealeras que con el tiempo darían origen a localidades cuyas tendencias actuales de crecimiento parecen estar dejando atrás a la cabecera municipal.

Aparte del tianguis, o “plaza”, que se celebra todos los domingos, y de su comercio establecido, al que acuden los marchantes de las localidades más cercanas para abastecerse, el pueblo de Amatepec no posee industria ni actividades artesanales; la ampliación urbana es más costosa que en los valles y buena parte de su población se dedica a la agricultura de temporal, es decir, de autoconsumo. Por su parte, los jóvenes que salen del pueblo a estudiar, generalmente no regresan, por lo que la decadencia económica parece ahondarse cada vez más, en tanto que se agudiza su dependencia con respecto a Tejupilco y, actualmente, de los Estados Unidos, desde donde los emigrados envían las remesas de dinero a sus parientes que se quedaron en casa.<sup>111</sup> En otras palabras, tanto su situación geográfica como la expansión de la red carretera hacia el interior del municipio han jugado en contra de su expansión económica.

No obstante, debemos cuidarnos de crear una impresión catastrofista de la situación. Es cierto que aparte de las estrictamente agrícolas, Amatepec no cuenta con fuentes de empleo

---

<sup>110</sup> Actualmente diríamos que esa condición la ha sustituido por la de centro expulsor de población.

<sup>111</sup> Es en Tejupilco, no en Amatepec, donde se encuentra la oficina postal de la región. Aunque no hay datos del número de giros recibidos por año, ni su monto, en Tepehuastlán se sabe de las personas que acuden a cobrar sus giros a Tejupilco. Por otra parte, no todos envían dinero a través de esta vía; varios de los que se van prefieren ahorrar su dinero durante el tiempo que trabajan allá para traer todo junto cuando regresan, como Joel Jaimes, que regresa con el dinero necesario para realizar algún proyecto específico.

para ofrecer a su fuerza de trabajo, pero tampoco es una localidad en vías de desaparición; tal vez se ha convertido en un centro expulsor de población, pero crece... aunque con mucha lentitud. Podríamos decir, incluso, que la migración de su fuerza de trabajo a los Estados Unidos ha sido una válvula de escape ante la carencia de fuentes de empleo, el medio que sus habitantes han encontrado para adaptarse a circunstancias del entorno que escapan a su control, y tal vez sea ello lo que le permita perdurar.

En realidad son pocos los que emigran permanentemente; como ya decíamos, la mayoría de ellos regresa al año, o después de varios años, con videocaseteras, televisores y hasta camionetas, por las cuales casi nunca enfrentan problemas legales si las mantienen dentro de los límites del municipio. Generalmente vuelven para las fiestas que cada fin de año se celebran tanto en el pueblo de Amatepec, como en los de Bejucos y Tejupilco, y nunca falta quien se dedique a gastar alegremente el dinero que trae del otro lado, aunque al final tenga que pedir prestado a los parientes para pagarle al *pollero* su pase a los Estados Unidos al término de las fiestas, o de la temporada que haya decidido permanecer en el pueblo.

Para los más jóvenes, éstos nómadas se convierten en el ejemplo a seguir, y de ese modo se van tejiendo las redes de relaciones utilizadas por los nuevos emigrantes para salir del país y empezar a trabajar en los mismos lugares y oficios que sus paisanos que los han precedido en la aventura. Sin embargo, el hecho de que muchos de los servicios y aparatos usuales en las ciudades se puedan conseguir y disfrutar en el propio pueblo puede hacer que los estímulos para salir del terruño sean cada vez menos, y que más bien el objetivo al ir a trabajar a los Estados Unidos sea ahorrar algún capital que puedan invertir en el pueblo y con cuya renta

puedan vivir sin tener que recurrir forzosamente a la agricultura de autoconsumo. Hablo de la ganadería en pequeña escala, del comercio y de las nuevas oportunidades en el transporte público y de carga abiertas en estas localidades. Y es precisamente por esto último que me interesaba el caso del pueblo de Amatepec como ejemplo de lo que podría estar sucediendo en Tepehuastitlán a partir de 1980, como veremos a continuación.

La cuadrilla de Tepehuastitlán en la década de 1990\*



\* Foto tomada por el autor. Las dos casas a la izquierda forman parte del costado oriente de la cuadrilla (el espacio vacío en el extremo izquierdo era ocupado por una casa que ya se cayó de vieja), y la casa de la que se mira un fragmento a la derecha de la fotografía, junto con otras que ya se cayeron, formaban el costado sur. En la primera casa de la izquierda vive don Urbano Duarte y su mujer, los dos ya muy viejos; la casa que sigue está deshabitada y la otra es habitada sólo por temporadas. Al fondo se distingue un tramo de la carretera de terracería que partiendo de la carretera federal núm. 134 pasa por Tepehuastitlán, El Salitre, Chapuluapan, El Tanque, San Martín y otras localidades rumbo al pueblo de Amatepec, cabecera del municipio.

### **CAP. 3**

#### **LOS NUEVOS EMIGRANTES: TEPEHUASTITLÁN, 1981-2000**

Este periodo, que sella la terminación del sueño y la inmersión cada vez más profunda en la pesadilla económica que aún vive México después de setenta años de gobiernos 'revolucionarios', es también la que marca el fin de la emigración a las ciudades mexicanas. La Ciudad de México cede su lugar a Los Ángeles, Chicago, etc., como destino de la corriente migratoria. La antigua cuadrilla es abandonada casi por completo: desde 1982, a raíz de la construcción de la brecha de terracería hasta Tepehuastitlán, parece resultar más atractivo construir casa a la vera de la carretera que en la cuadrilla. La migración ocasiona la escasez de mano de obra, así como cambios en las técnicas de cultivo y el parcial desplazamiento de la milpa a favor del pasto forrajero.

La luz llega a Tepehuastitlán en 1996, y con ella la posibilidad de utilizar aparatos antes vedados a sus habitantes; esto podría modificar las tendencias migratorias.

### 3.1. Los nuevos emigrantes

Con este término nos referimos a los emigrantes de Tepehuastitlán que empezaron a dejar la localidad a partir de la segunda mitad de la década de 1970, pero ya no a la Ciudad de México, sino a las ciudades de Los Ángeles, Chicago o a las ciudades y al campo texanos. Los que abrieron el camino fueron jóvenes que habían emigrado originalmente a la Ciudad de México, que habían entrado a trabajar a la policía auxiliar y que decidieron continuar el camino al norte en lugar de quedarse en la capital. Su salida coincidió con la primera de las grandes devaluaciones sufridas por el peso, en 1976, aunque por lo que respecta a este caso en particular no parece que pueda establecerse una relación de causa–efecto entre ésta y el fenómeno migratorio. Las motivaciones para la migración es algo sobre lo que todavía no puede decirse nada definitivo, pues podemos suponer que varían de un individuo a otro, y no siempre son económicas. En general, podríamos suponer que muchos lo hacen por “una elevación general del nivel de aspiración. Los jóvenes, que ya vivían mejor que sus padres, seguían sintiéndose insatisfechos...”,<sup>112</sup> de ahí que decidieran probar suerte en otro lugar. Y en el caso de los emigrantes de Tepehuastitlán tal vez deba hablarse más de insatisfacción que de la huida de una situación de efectiva pobreza. Claro que también hubo casos en que los migrantes decidían salir de la localidad porque carecían de propiedades inmuebles y de ganado, situación que podía hacer más difícil y dura la labor de ganarse la vida, pero del examen de los casos que a continuación se verán de Tepehuastitlán, lo que puede

---

<sup>112</sup> *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, dirigida por David Sills, España, Aguilar S.A. de ediciones, 1975, vol. 7, p. 94.

deducirse es que las motivaciones económicas no eran las únicas que se consideraban a la hora de tomar la decisión de emigrar.

Por ejemplo, Misael, Noel, Marcelina y Luis Jaimes Benítez habían emigrado a la Ciudad de México a fines de la década de 1960, y entraron a trabajar, como casi todos los que llegaban de Tepehuastitlán en seguimiento de sus familiares y conocidos, en la policía auxiliar, y en 1975 emigraron a los Estados Unidos. Pero cuando salieron de Tepehuastitlán no lo hicieron porque no tuvieran qué comer; eran hijos de Carlos Jaimes Flores y de Cidonia Benítez, y nietos de don Carlos Jaimes Gómez y de doña María Flores Albarrán, una de las cinco familias con mayores propiedades y ganado en Tepehuastitlán. Don Carlos Jaimes Gómez había muerto en 1958, y después del deceso los hijos entraron en posesión de los terrenos y cabezas de ganado que por herencia les correspondían, y Carlos Jaimes Flores era uno de ellos, así que no puede decirse que cuando sus dos hijos mayores, y después todos los demás, emigraron a la Ciudad de México –incluyendo a su esposa, que salió en seguimiento de sus hijos–, lo hayan hecho por carecer de medios para vivir. Como tampoco puede decirse que cuando Misael, Noel, Marcelina y Luis decidieron irse a los Estados Unidos lo hayan hecho por encontrarse en una situación de absoluta penuria, pues para entonces tanto Misael como Noel habían salido de la policía auxiliar y habían entrado a otras corporaciones donde su situación laboral y económica había mejorado. Y cuando se supo que habían encontrado empleo del otro lado su ejemplo cundió, tanto entre sus primos y familiares que vivían en la Ciudad de México, como entre los que se habían quedado en Tepehuastitlán. A final de cuentas la dinámica seguía siendo la misma que habían seguido los que a partir de la década de 1940 habían salido para la capital del país: los que

decidían emigrar llegaban a casa de los que ya se habían establecido en la ciudad, la cual era utilizada como punta de lanza para incursionar y establecerse a su vez en la urbe. En el caso de los que emigraron a los Estados Unidos el ejemplo no lo pusieron sólo los familiares, sino también amigos y conocidos, pues a veces se establecían relaciones más estrechas con éstos que con los familiares, ya que se daba el caso de que a veces vivieran bastante alejados unos de otros, o que los hijos de los primeros emigrantes con el tiempo hubieran dejado de frecuentarse. En todo caso, fue esta la razón de que aunque muchos emigrantes tuvieran antecedentes familiares comunes, no todos hayan elegido la misma ciudad o localidad gringa para establecerse.

Por ejemplo, los hijos de Carlos Jaimes y de Cidonia Benítez, (Misael, Noel, Marcelina y Luis) se establecieron en Los Ángeles, al igual que Carlos y Olivia, hijos de Eduardo Jaimes y Constantina Acuña, sólo que éstos tres años después, en 1978; en cambio, Pedro, Rubén y Orlando, hijos de Porfirio Jaimes y Lorenza Estrada, emigraron a la lejana ciudad de Chicago. De paso, hay que señalar que en estos tres casos se trata de individuos que ya vivían en la Ciudad de México, con una escolaridad muy variada: casi todos tenían la secundaria terminada; otros, la preparatoria; otro acababa de empezar sus estudios de licenciatura, y había uno que incluso ya los había terminado.

En los casos que acabamos de mencionar se trata de los descendientes de una de las familias más 'acomodadas' de Tepehuastitlán, pero hubo otros casos, como el de Merenciana y sus hijos, y el de Filemón Benítez y su esposa María Martínez, quienes carecían de bienes en Tepehuastitlán, que se mudaron a la Ciudad de México (en el primer caso por muerte del marido), vivieron algún

tiempo en ella y luego la familia completa se mudó a los Ángeles, en los Estados Unidos. Y a ellos siguieron muchos otros, sobre todo entre 1975–1980, pero ahora directamente desde el pueblo hasta las ciudades y la campiña de los Estados Unidos, sin pasar ya por el Distrito Federal, existiendo entre ellos la misma variedad en cuanto a propietarios y no propietarios que acabamos de mencionar en el caso de los que emigraron desde la Ciudad de México. Sirva de ejemplo el caso de Osvaldo y Moisés, hijos de Álvaro Duarte Campuzano y Moisés Jaimes Flores. Éste también es hijo de don Carlos Jaimes Gómez, y posee bastantes terrenos y ganado en Tepehuastitlán como para haber dado un pedazo a sus hijos para que se mantuvieran con su cultivo. Pero los hijos decidieron irse, y pocas veces han vuelto al pueblo. Por otro lado está el caso de “M” y “N”, cuyos padres no tenían propiedades inmuebles en Tepehuastitlán, y quienes también abandonaron la localidad en busca de otras oportunidades o simplemente de novedades. Y a ellos siguieron los hijos e hijas (más ellos que ellas) del resto de las familias de Tepehuastitlán, de tal manera que actualmente no hay familia en la localidad que no tenga o haya tenido a alguno(s) de sus miembros en algún lugar de los Estados Unidos. Por supuesto, estos movimientos de población se reflejan en las cifras censales, de tal manera que la localidad, que entre 1940 y 1970 había estado incrementando su población a un ritmo promedio de 12.6% cada diez años, lo que de por sí refleja cierta pérdida de población a lo largo de ese periodo, en la octava década de este siglo vio cambiar dramáticamente la tendencia, pues de 374 habitantes con que contaba en 1970 pasó a 203 almas en 1980, y a 144 en 1990, lo que sólo en números brutos representa una pérdida del 61.5% de su

población a lo largo de 20 años,<sup>113</sup> sin considerar el crecimiento natural que pudo haber registrado la localidad, lo cual aumentaría el monto de la pérdida poblacional.

### **3.2. La escasez de mano de obra**

Así como los jóvenes de Amatepec se dirigían a Tejupilco a estudiar en la Escuela Normal, salida que se les facilitaba por la existencia de un servicio regular de transporte relativamente barato entre las dos localidades, el cual no hacía más de una hora y media entre ambas (tiempo promedio empleado para el traslado entre dos puntos extremos del Distrito Federal),<sup>114</sup> Tepehuastitlán perdió en las décadas de 1970 y 1980 a una buena parte de su fuerza de trabajo masculina joven, y fue entonces –a mediados de esta última década– cuando empezó a operarse el otro gran cambio en la vida económica de la localidad; un cambio extraordinariamente importante que a primera vista podría hacernos pensar que las técnicas de cultivo retrocedieron quinientos años en el tiempo, pues lo que ha sucedido

---

<sup>113</sup> Es cierto que las cifras ofrecidas por el Censo de Población y Vivienda de 1995 suavizan un poco esta tendencia negativa, pues dan una cifra de 203 habitantes, pero falta conocer los resultados definitivos del XII Censo General de Población y Vivienda para poder afirmar algo definitivo al respecto.

<sup>114</sup> Valdría la pena revisar las obras escritas en esas mismas décadas sobre las regiones expulsoras de población, pues, por ejemplo, si Amatepec puede ser válidamente descrita como una localidad de ese tipo, Tejupilco, a menos de 34 kilómetros de distancia, de ninguna manera podemos hacerla entrar dentro del mismo costal. ¿Cómo clasificar a una región dentro de la cual existen localidades que no son expulsoras sino receptoras de población? Aparte de que cierto porcentaje de población de Tejupilco –pese a su acelerado crecimiento– también es migrante, y no sólo eso, sino que existen personas conocidas que, habiendo obtenido su calidad de residentes en los Estados Unidos, o incluso de ciudadanos, se dedican a pasar al otro lado a quienes lo solicitan, servicio por el que actualmente cobran US \$1,000.00, tarifa que concuerda con las publicadas recientemente por la prensa. Lo que sigue fue difundido por la agencia Notimex el 26 de octubre de 2000: “El subsecretario de Población y Servicios Migratorios de la Secretaría de Gobernación (SG), José Ángel Pescador Osuna, afirmó que el tráfico de ilegales en México genera utilidades de entre 250 y 300 millones de dólares anuales... Pescador Osuna indicó que estas cifras dan cuenta del negocio en que se ha convertido el tráfico ilegal de seres humanos. Tan solo en la frontera norte se llegan a cobrar hasta mil y mil 500 dólares a quienes quieren cruzar la frontera a Estados Unidos”: <http://t1.msn.prodigy.net.mx/noticias/nacional/nacional.asp?tema=11&subtema=62093>.

es que se abandonó la yunta, es decir la tracción animal y el arado para el cultivo de la tierra, sustituyéndose por el chuzo<sup>115</sup> o barreta, con la que ahora se hace el hoyo en la tierra para depositar el grano.

Las circunstancias en que esto ha sucedido hicieron de la necesidad una virtud. De pronto todos salieron diciendo que el uso de la yunta y el arado en terrenos con tanta pendiente como los de Tepehuastitlán lo único que hacía era arrastrar el manto fértil a las hondonadas y *joyas*, que era lo que había provocado la necesidad de usar abono para que la tierra siguiera rindiendo sus frutos, y que la yunta era buena sólo en lo parejo. Por otro lado, se dieron cuenta que el uso de la barreta ahorra mucho dinero y trabajo, pues aparte de que ya no se tenía que pagar renta por la yunta (cuando no se tenía una propia) se eliminaba la dura faena de uncir las bestias al yugo, roturar la tierra con el arado y llevar a pastar a los bueyes por la noche, teniendo que buscar cada vez nuevos pastizales, tareas todas pesadas y agotadoras que difícilmente podía llevar a cabo una mujer o un adolescente. En cambio, la barreta, que no ha de pesar más de 10 kg, es relativamente fácil de manejar y, en caso de necesidad, hasta una mujer puede manejarla para sembrar dos o tres cuartillos de maíz.

---

<sup>115</sup> El origen de la palabra es incierto. Santamaría da estas acepciones: **chuzo**. m. En Chile, barra o barreta grande que se usa para cavar la tierra... En Tabasco, punta, vara puntiaguda y tosca", en Francisco J. Santamaría, *Diccionario general de americanismos*, Villahermosa, Gobierno del Estado de Tabasco, 1988, tomo I, p. 554. La última acepción resulta indistinguible de la **coa**: (Voz car.) m. Barra de madera recia, con extremo aguzado o en forma de pala, que los primitivos habitantes del Continente usaron para cavar la tierra y que aún se usa en algunas partes... En la primera acepción, fundamental, Becerra emite el parecer de que deriva del azt. *Cuahuitl*, palo", *ibid.*, p. 360. Por supuesto, no se trata de un sustantivo masculino, sino femenino, pero lo importante es que la barreta es en realidad una coa cuyo único adelanto o progreso con respecto a la que se usaba en Mesoamérica hace más de 500 años es la sustitución de la punta aguzada por una especie de pequeña pala recta de acero aguzada por uno de sus extremos; en su parte más ancha mide unos 6 cm, y por el otro se ensancha por los extremos y se abre hacia delante para abrazar el mango de madera, de 1.40 m de longitud y 8 cm de diámetro, aproximadamente, que se hace entrar a presión y con el cual se cava la tierra para sembrar la semilla.

En realidad, ni el instrumento ni el procedimiento eran nuevos; lo que sí es novedoso es la escala de su implementación, pues si antes la barreta se usaba sólo en los terrenos cuya pendiente impedía el trabajo con la yunta, desde hace quince años la práctica agrícola a este respecto dio un vuelco, porque como si se hubieran puesto de acuerdo, desde San Gaspar Amatepec hasta Tejupilco, todos empezaron a sembrar con barreta. Actualmente en ninguna casa se ven ya los arados de madera con reja de hierro arrinconados junto a las trojes esperando la próxima temporada de lluvias; los pocos que quedaban terminaron por usarse como leña para el fogón. Y junto con el arado y la yunta desapareció la costumbre de escardar los terrenos a talacha y a mano para librar los sembrados de yerbas inútiles.

La renuncia a escardar la milpa resulta en realidad bastante explicable si volvemos a examinar la baja en la población de Tepehuastitlán a partir de la década de 1980: para llevar a cabo este trabajo se requería de peones –un hombre solo no hubiera podido hacerlo con la rapidez requerida: se disponía de un tiempo preciso para hacerlo, más allá del cual hubiera sido inútil hacerlo y la milpa hubiera sido afectada –, y era peones precisamente lo que no había en la localidad. Por consiguiente, la escarda fue descartada. Ahora para librar a la milpa de malezas se usa defoliante líquido, lo cual puede realizarlo casi cualquier persona, pues lo único que hay que hacer es cargarse a la espalda el depósito y pasearse por los campos sembrados rociando con la manguera una pequeña superficie alrededor de la mata de maíz. Sobra decir que en ocasiones, por mala o errónea aplicación, el defoliante llega a afectar los propios sembrados. Como quiera que sea, el caso es que se ha vuelto a ver en los campos de Tepehuastitlán y de las localidades vecinas una

estampa muy semejante a aquella imagen tan familiar en los grabados del siglo XVI del indio con su coa sembrando el maíz, aunque ahora algunos de los hombres que lo hacen portan pantalones vaqueros y botas o zapatos *tennis*.

**Grabado antiguo representando a un agricultor indígena\***



\* Tomado de Woodrow Borah, *El siglo de la depresión en Nueva España*, México, SEP-SETENTAS, 1975, p. 33 (extraído del Códice Florentino).

Si por una parte el cultivo del maíz se ha abaratado, pues para quienes no disponían de yunta se acabó la necesidad de rentarla, por otra han debido desembolsar más dinero para la compra del defoliante y el abono (recordemos que sin él, la tierra ya no produce nada). A final de cuentas, quizá el cultivo de maíz no salga más caro que antes, pero lo parece por la ausencia de fuerza de trabajo. Todos están de acuerdo en que los jóvenes que regresan ocasionalmente para visitar a sus familias se niegan a trabajar a sueldo en el campo cuando por casualidad se encuentran todavía en casa para cuando empieza la temporada de lluvias, o piden demasiado como para contratarlos de manera más o menos permanente (se ha dado el caso de que se contraten peones a \$130.00 por día). Por otra parte,

el hecho de que los precios del maíz estén tan deprimidos y el del abono y el defoliantes tan altos, hace que para ninguno sea atractivo ni rentable el cultivo de maíz para el mercado en la escala en que se practica en Tepehuastitlán (tal vez nunca lo fue). Los que se han quedado a vivir en la localidad siembran sólo lo necesario para no tener que comprarlo en el mercado, o por lo menos no todo, lo que ha conducido a un hecho que para los preocupados por la autosuficiencia alimentaria resulta grave, y es la disminución de la superficie dedicada al cultivo del maíz. Es decir, si hubo un tiempo en que algunos propietarios y medieros decidieron sembrar para vender la cosecha en el mercado, eso ha dejado de hacerse. El frijol y el maíz se siembran nada más para consumo humano y animal, ya no como negocio, porque no lo es.

El único negocio ahora parece ser el del ganado y el de la siembra de pasto forrajero para su alimentación, pues aquellas superficies que han dejado de sembrarse con maíz— porque las necesidades son menos; porque la mano de obra escasea, y porque no es rentable en absoluto— ahora se siembran con una semilla de pasto cuyo nombre comercial es *Papalotla*. Este pasto crece hasta la altura de un metro, aproximadamente, y tiene la particularidad de que no se “pierde”: el ganado puede acabárselo en la cuaresma, pero en la siguiente temporada de lluvias volverá a brotar y a retoñar como si acabara de ser plantado. ¿Qué mejor solución a la falta de brazos para trabajar el campo: sólo tienen que sembrarlo una vez?. Se comprende, por otra parte, que en los terrenos sembrados con este u otro tipo de pasto ya no sea tan fácil volver a sembrar maíz. Y el pasto lo siembran no sólo los propietarios de ganado, sino todo aquel que dispone de un pedazo de tierra extra; si no tiene ganado, lo cercará para rentarlo en la temporada seca a quien sí lo posea, obteniendo

de ello una renta más o menos raquítica, pero que le servirá para comprar los alimentos que han dejado de sembrarse, o por lo menos para complementar las remesas que regularmente llegan de los lugares más raros de los Estados Unidos a las familias que se han quedado en la localidad. Por ejemplo, Raúl Jaimes Estrada, quien vive con su familia en el Distrito Federal, pero regresa periódicamente a Tepehuastitlán a vigilar y administrar algunos terrenos que su padre conserva en el pueblo, cada año viaja para tratar la renta de uno de esos terrenos, habilitado como potrero, a alguno de los propietarios de ganado de Tepehuastitlán o de las cercanías –aunque se ha dado el caso de que algunos terrenos hayan sido rentados incluso a gente del Estado de Guerrero: la carretera ha acercado a las localidades de la región–. En 1997 lo rentó en \$3,500.00 por un año. Y esto de la construcción de brechas y carreteras de terracería para la circulación de los vehículos es también muy importante, pues ello ha posibilitado la colocación y circulación en el mercado de bienes que hasta ese momento no habían sido consideradas como mercancías susceptibles de venderse o alquilarse a demandantes de otros municipios o localidades, como en el caso de los potreros sembrados de pasto forrajero y de algunos frutos que antes nadie hubiera reclamado como suyos. La decisión de estas familias de construir brechas transitables hasta la puerta de sus casas ha sido de tal magnitud que prácticamente a todas las casas de Tepehuastitlán puede hacerse llegar un vehículo, y esto ha hecho cambiar la fisonomía de algunos lugares, de tal modo que hoy en día El Salitre, por ejemplo, parece una pequeña y agradable localidad suburbana, con sus postes de energía eléctrica y sus instalaciones de teléfono inalámbrico y caminos, no la cuadrilla

aislada y relativamente incomunicada que era todavía hace unos diez años.

Algo semejante ha sucedido en Tepehuastitlán, que fue dotado de energía eléctrica apenas en el año de 1996. A partir de entonces empezaron a llegar los refrigeradores, televisores, videocaseteras, grabadoras que atruenan el aire con su música y, en fin, todos aquellos aparatos y utensilios que poco antes hubieran sido impensables y que la gente ha adoptado alegremente, mostrando con ello que carece de prejuicios respecto a las comodidades que puede brindarle el modo de vida urbano. Las recomendaciones de hábitos de higiene han tenido resultado, y ahora casi todos hierven el agua que toman y han construido letrinas fuera de sus viviendas, eliminándose casi por completo el fecalismo al aire libre, lo que en cierto modo ha reforzado la tendencia a la separación entre las familias y a refugiarse en un espacio propio, privado, que contrasta con las costumbres de otra época, cuando podría decirse que casi todo se hacía a la vista de todos.

En otras palabras, los campesinos de la localidad han quedado reducidos a sus propias y personales fuerzas y el cultivo del maíz se ha individualizado en la misma medida: los “combates”, aquella participación colectiva en algunas fases del trabajo, han quedado en el pasado.

Volviendo al tema del ganado, convendría hacer notar que aquel primer paso dado al adoptar ejemplares cebúes por su mayor resistencia al calor, pero también por su mayor producción de carne, en cierto modo condicionó los primeros pasos que algunos emprendedores –sobre todo en El Salitre, aunque es previsible que su ejemplo sea seguido por otros en Tepehuastitlán y en otras localidades– parecen estar dando hacia una incipiente

especialización en la cría de ganado de engorda de razas Hereford o Charolais, sólo que ahora esos ganaderos parecen empeñados en hacer las cosas metódicamente, como verdaderos criadores, y eliminando en lo posible la improvisación. Aunque, como decía Niels Bohr, “predecir es siempre riesgoso, particularmente si se trata del futuro”,<sup>116</sup> para allá es hacia donde tienden las actividades económicas de Tepehuastitlán y El Salitre: hacia la siembra de pasto forrajero y la cría de ganado, con lo cual el destino de muchos terrenos en Tepehuastitlán se vuelve bastante previsible: desmontarlos y sembrar pasto en ellos a fin de usarlos después como pastizales para el ganado; propio, si se tiene la suerte de tenerlo, o ajeno, a cambio de una renta anual, aunque sin abandonar del todo la siembra de maíz, que representa algo así como un seguro de alimentación para la gente de la región.

En suma, Tepehuastitlán se quedó sin mano de obra y respondió con la sustitución del arado y la yunta como medios para roturar la tierra; había adoptado antes el abono e hizo lo propio después con el defoliante, de tal manera que incluso aquellas mujeres cuyos maridos o hijos no regresaron a tiempo de los Estados Unidos pudieron ellas mismas ponerse a sembrar para subsistir con el producto en lo inmediato, y cuando definitivamente no se sembró nada suplieron con las remesas enviadas por sus hijos o maridos la falta del maíz que había dejado de sembrarse en casa, comprando a los vecinos o en el mercado de Tejupilco el maíz y el frijol que les hacía falta, ampliando en ocasiones la gama de productos alimenticios a la que estaban habituados, aunque en el trayecto hayan perdido algo de su autosuficiencia alimentaria.

---

<sup>116</sup> Esta curiosa muestra del humor de los científicos aparece citada por Marcos Moshinsky en sus palabras de bienvenida al Dr. Manuel Peimbert Sierra como nuevo miembro de El Colegio Nacional, en *Memoria de El Colegio Nacional, 1993*, p. 63.

### **3.3. Los migrantes gananciosos y las nuevas alianzas económicas y familiares**

Convendría hablar ahora, así sea brevemente, de aquellos que habían migrado a los Estados Unidos pero que decidieron volver. Cuando en 1987 la carretera llegó a la localidad, los que del norte habían regresado con alguna camioneta pudieron por fin llegar hasta el caserío, aprovechando muy pronto algunos de ellos la oportunidad representada por la ausencia de un servicio de transporte público hacia Tejupilco y Amatepec, y emprendieron por su propia cuenta y riesgo (de manera irregular, pues carecían de los permisos necesarios) a prestar el servicio público de pasajeros, unos al pueblo de Amatepec y otros a la ahora ciudad de Tejupilco; como en el caso de Abel, un sobrino de Celestino, el antiguo tendero de Tepehuastitlán, quien valido de una camioneta pick up “chocolata” conseguida en uno de sus viajes a los Estados Unidos, presta de manera clandestina –es decir, sin permiso para ello– el servicio de transporte a los habitantes de la cuadrilla los jueves y domingos de cada semana, que son los días de plaza en Tejupilco, cobrando ocho pesos por persona de ida y lo mismo de vuelta.

Algo que, sobre todo en los primeros tiempos, resultó un tanto asombroso fue la facilidad con que la gente aceptó el servicio que se le ofrecía, pues uno podría haber supuesto que preferirían caminar antes que pagar a Abel por llevarlos al lugar al que necesitaran ir. Pero no; todo el que necesita hacer una diligencia fuera de la cuadrilla, así sea en lugares no demasiado alejados, se sube alegremente, y casi con un gesto de alivio en el rostro, a la camioneta y paga sus ocho pesos al conductor para que los lleve al sitio que desean ir y que quede dentro de la ruta que sigue el

vehículo. Ello ha implicado, por supuesto, que sus necesidades de efectivo hayan aumentado, lo que los ha llevado a aprovechar esas mismas vías de comunicación para comercializar todo lo comerciable que poseen y, en consecuencia, a tratar de definir con mayor precisión lo que pertenece a cada uno. Todo esto puede llevarnos a una conclusión: sin renunciar a la relativa seguridad que puede brindarles la agricultura de autoconsumo, están tratando de aprovechar todas las ventajas que su incorporación a la economía de mercado les puede ofrecer, que no son muchas, por cierto.

Por lo demás, resulta curioso ver cómo la adecuación a novedades tales como la introducción de la carretera y la apertura de brechas a partir de ella hacia casi todas las viviendas, con las posibilidades de comercialización de los productos existentes que ello implica, ha provocado el surgimiento de grupos rivales, a veces dentro de una misma familia, que tratan de hacerse la vida pesada unos a otros. Esta oposición de intereses frecuentemente tiene su origen en conflictos familiares por la propiedad de la herencia paterna (nadie hace testamento; el reparto de bienes generalmente es de palabra, y lo más común es que con el tiempo alguien se inconforme con su parte o que descubra que tiene más derecho que los otros a los bienes dejados por los padres, sobre todo si sus hermanos emigraron). Y una manera de hacerse pesada la vida es, por ejemplo, impidiéndole a alguien construir una brecha hasta su casa, utilizando para ello el expediente de comprar los terrenos por los que tendría que trazarse aquélla y negándole al rival el permiso de atravesar por los mismos, como ha sucedido recientemente en el conflicto que mantiene divididos a Alejandra Macedo y sus hijos, por una parte, y a Moisés Jaimes, por otro, a quien por lo menos temporalmente le han cancelado las posibilidades de mandar

construir una brecha por la que puedan transitar vehículos hasta su casa. La respuesta de Moisés ha consistido –aunque parezca increíble– en tratar de sitiarnos en su propia casa y a inmovilizarlos, por decirlo así, al amenazar con represalias a toda aquella persona solicitada por Alejandra para realizarle algún trabajo (su esposo ha muerto y su hijo se encuentra temporalmente incapacitado debido a una herida que se produjo él mismo con una pistola, arma que había decidido portar en previsión de algún ataque de Moisés...) También aquí es aplicable aquella frase: pueblo chico, infierno grande.

Otro campo en el que se nota el resquebrajamiento de las solidaridades comunitarias es en el ejercicio patrimonialista del cargo de Delegado Municipal en la última década. Para esta práctica tienen un excelente ejemplo en la persona de la presidenta municipal de Amatepec para el trienio 1997–2000, de filiación priísta, quien a pesar de que había negociado el puesto de presidenta del DIF municipal con una lideresa local a cambio de su apoyo, finalmente incumplió el pacto –había un sueldo de por medio–, y otorgó el puesto... a su marido. Esto la ha vuelto muy famosa entre la burocracia de los municipios vecinos, también priístas, pues parece que ese ha sido el único municipio donde la dependencia encargada del desarrollo de la familia estaba en manos de un hombre.

El cargo de Delegado Municipal empezó a ser atractivo para los potenciales candidatos a partir de la década de los noventa, cuando, a consecuencia de la instrumentación del Programa Nacional de Solidaridad, fueron liberados desde la cabecera municipal algunos recursos como semillas mejoradas y materiales de construcción, los cuales fueron canalizados a los habitantes de la cuadrilla precisamente por conducto del delegado. Pero en Tepehuastitlán casi todos están de acuerdo en que estos recursos pocas veces

llegaron a sus destinatarios originales. Según la apreciación general, la mayoría de los delegados han utilizado estos recursos discrecionalmente, ya sea en beneficio propio o en el de sus familiares y allegados. Cuando esto sucede todos terminan por enterarse, pero no se sabe de ningún caso en que este tipo de conductas haya terminado en una reclamación directa de los afectados o en conflictos violentos. El delegado en cuestión se convierte en tema de conversación y de relajo para los lugareños, quienes se conforman con reírse de él a sus espaldas, hasta que el incidente es desplazado del interés de la gente por otro, pasando a formar parte de la picaresca local. Tal vez debido a ello la figura del delegado municipal no parece ser particularmente respetada en Tepehuastitlán, aunque tampoco deja de tomársele en cuenta, pues existen trámites administrativos que no pueden llevarse a cabo sin su intermediación.

Sin embargo, no siempre fue así, sobre todo cuando el cargo recayó en don Abraham Jaimes Flores, hijo mayor de don Carlos Jaimes Gómez, quien siempre se mantuvo en buenas relaciones con los curas y los políticos de Amatepec. Era él quien se encargaba de dirigir las peticiones de escuela o carretera para la cuadrilla, generalmente en la época en que los candidatos a diputado o a gobernador andaban en campaña por estos lugares, aunque pocas veces estas peticiones fueron atendidas con algo más que con promesas. Pero lo cierto es cuando a Tepehuastitlán llegaba uno de estos políticos, o cuando el cura bajaba de Amatepec para decir misa en la capilla de la cuadrilla, o para celebrar alguna festividad religiosa, era a su casa a donde llegaban a quedarse, razón por la cual llegó a gozar de una gran consideración entre los lugareños.

Lo curioso del caso es que don Abraham no parece haber utilizado nunca en su exclusivo beneficio las buenas relaciones que mantenía con los poderosos de la cabecera municipal. No fue así cuando se hizo llegar agua a la cuadrilla desde unos manantiales de El Cerro de las Ánimas, ni cuando, en los sesenta, se acondicionó en la cuadrilla una escuela que impartía hasta el cuarto año de primaria. No obstante, la introducción en la década de los ochenta de la carretera de terracería hasta Tepehuastitlán, pero también hacia las otras pequeñas localidades de la región, aparentemente obedeció a un plan estatal –nacional, tal vez– de ampliación de las vías de comunicación, más que a la gestión de algún delegado en particular; éste tenía detrás de sí a una clientela potencial demasiado reducida como para convertirse en un grupo de presión efectivo ante las autoridades municipales o estatales.

En general, podríamos decir que mientras no hubo recursos que repartir desde la cabecera municipal, el cargo fue hasta cierto punto honorífico, o por lo menos ese fue el aspecto que revistió durante el tiempo en que don Abraham Jaimes mantuvo sus relaciones con los políticos de Amatepec, pues para casi todo efecto administrativo su único interlocutor en Tepehuastitlán era el hijo de don Carlos.

Para finalizar, habría que decir que la mayor parte de los sucesos económicos y culturales que tratamos en este trabajo rebasan por mucho el ámbito de acción de esta figura política. En la práctica ha tenido escasa importancia en la vida local durante el periodo estudiado, aunque la situación parece estar cambiando en los últimos años, pero no precisamente porque haya aumentado el peso político de las localidades y, por extensión, el suyo propio, sino por los conflictos y desequilibrios que su actuación política puede provocar entre los miembros de la cuadrilla.

## CONCLUSIONES

### **Los habitantes de Tepehuastitlán asumen los cambios, se defienden de sus lobos y tratan de vivir pacíficamente su vida**

En vista de los procesos económicos y sociales aquí planteados, parece inevitable concluir que, en líneas generales, la Ciudad de México –el Centro por antonomasia de la nación–, ya sea por el influjo de sus servicios o por sus políticas de desarrollo de la infraestructura carretera, entre otras, ha sido una especie de *presencia lejana*, pero presencia al fin, que ha condicionado el ritmo de la vida en localidades aparentemente tan incomunicadas del resto de la nación como Tepehuastitlán. Esta conclusión daría la razón a esa corriente revisionista de la historia regional que plantea “las relaciones centro–región como una mediación estructural determinante del ritmo de la historia regional”,<sup>117</sup> aunque con sus matices: no “determinante”, sino “condicionante”.

En este caso, en particular, tal vez no podría haber sido de otra manera: Tepehuastitlán se encuentra dentro del amplio espacio comprendido por lo que ciertos urbanistas llaman la *corona regional* de la Ciudad de México, concepto utilizado para “describir porciones del territorio relativamente integrados entre sí y con la ciudad central...”,<sup>118</sup> que abarca más de doscientos municipios de Puebla, Morelos, Hidalgo y las 16 delegaciones del Distrito Federal, además del Estado de México en su totalidad.

<sup>117</sup> Pablo Serrano Álvarez (coord.), *Pasado, presente y futuro de la historiografía regional de México*, México, IIH-UNAM, 1998, p. 22.

<sup>118</sup> Javier Delgado, *Ciudad–región y transporte en el México Central*, México, UNAM–Plaza y Valdés, 1998, p. 90.

Por otra parte, de esta rápida revisión de las modificaciones que los habitantes de la minúscula localidad de Tepehuastitlán han tenido que realizar en sus técnicas de cultivo y en su modo de vida para adaptarse a las cambiantes circunstancias de su entorno, es de donde he extraído la idea que anima a este trabajo; es decir, que contrariamente a lo que pensaba Luis González, no hay ningún ser en plenitud que las parroquias o pequeñas localidades deban esforzarse en preservar. De hecho, lo que puede observarse es que pequeños caseríos como éste del que me he ocupado han debido recrearse varias veces a lo largo de este siglo de un modo bastante pragmático y ecléctico pero, y esto es lo que resulta asombroso y reconfortante, lo han hecho aprovechando una experiencia ancestral, extrayendo de ella lo mejor en cada caso para enfrentar cada desafío, y demostrando algo que tal vez sea lo más importante de todo: que es de dicha experiencia acumulada de donde se puede partir para mejorar su mundo, lo cual tal vez tendría que llevarnos a concluir que el peligro no reside en la pérdida de una supuesta identidad, sino de aquello que la comunidad ha aprendido sobre su medio a lo largo del tiempo, lo cual sería lo que mejor le puede servir para adaptarse o aprovechar nuevas condiciones planteadas por su entorno; es decir, la planeación del futuro de localidades como ésta debería pensarse a partir de su propia experiencia. En ese sentido, estoy de acuerdo con la apreciación hecha por Rocío Rosales Ortega sobre el tono general de los trabajos que coordina en su libro:

La mayoría de las propuestas de análisis regional que se presentan en este libro, considera que los agentes sociales, regionales y locales tienen una gran capacidad para aprender, residir, organizarse y transformar su entorno social. La interrelación con nuevos valores, tecnologías y formas de organización promovidas por la globalización, han dado lugar a un proceso de

“relocalización”, apropiación o interiorización que en un sentido amplio promueve una continua “reinvención” de las comunidades. En otras palabras, una explosión de diversidades socio-culturales y formas de organización productivas.<sup>119</sup>

Aunque dentro de este contexto el término “reinvención” parece poco claro, podríamos aplicarlo al caso de Tepehuastitlán diciendo que se refiere a su demostrada capacidad de adaptarse a circunstancias exteriores transformándose, recreándose a lo largo de estas décadas de manera de tratar de insertarse, con mayor o menor fortuna, en una dinámica vertiginosa en ocasiones. El uso del término es afortunado porque puede también aplicarse a uno de esos esfuerzos de adaptación que ha debido enfrentar la gente de Tepehuastitlán; me refiero a la escasez de mano de obra y al reencuentro de formas “primitivas” de cultivo de la tierra que a las veces resultan ser menos agresivas o invasivas del medio, como el uso de la barreta para la siembra del maíz. Un instrumento que, como ya vimos, puede considerarse descendiente directo de la coa indígena, y utilizada para los mismo fines. Esta actualización de una experiencia ancestral hace ver lo adecuado del término “reinvención” en este contexto, pues nos recuerda el significado que alguna vez tuvo y que perdió. “Inventar” significa en nuestros días crear algo nuevo, algo distinto a lo existente hasta este momento, pero en el siglo XVI tenía otro significado además de éste. En un trabajo de Silvio Zavala, en el que revisa la bibliografía sobre las utopías, he encontrado esta cita:

“Un contemporáneo de Tomás Moro, Hernán Pérez de Oliva, emprendió una *Historia de la invención de las Indias*, y a finales del siglo XVI cantaba Juan de

---

<sup>119</sup> Rocío Rosales Ortega, *Globalización y regiones en México*, México, UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 2000, p. 10.

Castellanos, en sus elegías, la memorable partida de Cristóbal Colón: *Al Occidente van encaminadas / Las naves inventoras de regiones...*” Y comenta Pardo: “Inventar significaba entonces, como ahora, crear, imaginar, pero también hallar o descubrir, y a pesar de haber caído en desuso esta segunda acepción hemos querido conservar, por considerarla adecuada al tema que nos ocupa, la antigua dualidad en la cual se difumina la línea divisoria entre lo ideado y lo vivido.”<sup>120</sup>

El significado que da Cobarruvias de la palabra *inventar* es “Sacar alguna cosa de nuevo que no se aya visto antes ni tenga imitación de otra. Algunas veces significa mentir, y llamamos invencioneros a los forjadores de mentiras. Inventor, el autor de la cosa nueva; invención, la cosa inventada o nuevamente hallada.”<sup>121</sup> *La cosa inventada o nuevamente hallada*; eso es lo que ocurrió con la barreta o chuzo: se encontró nuevamente, pues no cabe duda que la gente de la región está echando mano de su cultura tradicional para enfrentar nuevas situaciones, demostrando una capacidad para deshacerse de lo que de ella le estorba: sembraron con yunta durante décadas, tal vez por siglos, y en el transcurso de unos pocos años la dejaron de usar sin el menor remordimiento. Sucede como si hubieran decidido deshacerse de prácticas que la costumbre les había impuesto y que de pronto descubren como agresivas para la tierra pero, sobre todo, en contradicción con la falta de brazos suficientes para practicar la agricultura como lo habían venido haciendo. En todo caso, lo que sí es cierto es que, tal vez sin ser conscientes de ello, están reivindicando, llevados por la necesidad, una técnica indígena que podría transformar nuevamente su medio,

---

<sup>120</sup> La cita pertenece al escritor venezolano Isaac J. Pardo, y fue extraída de su obra *Fuegos bajo el agua. La invención de utopía* (Caracas, Fundación La Casa de Bello, 1983, 802 p.), en Silvio Zavala, “Noticias de literatura utópica en España e Hispanoamérica”, *Memoria de El Colegio Nacional*, tomo XI, núm. 5, 1986, México, pp. 16-17.

<sup>121</sup> Sebastián de Cobarruvias, *op. cit.*, p. 723.

pero para bien, pues como ellos mismos lo han notado empieza a aumentar el número de árboles en los campos tradicionalmente dedicados a la siembra, ya que no se necesita tumbarlos para facilitar las maniobras de las yuntas. De hecho, al utilizar la barreta de la manera en que lo hacen están sintetizando lo mejor de sus tradiciones agrícolas, pues de lo que se trata es de un redescubrimiento de las bondades de la técnica antigua –que nunca abandonaron del todo, es cierto– y que ahora, acicateados por la necesidad, deciden retomar sin restricciones pues, paradójicamente, es lo que mejor los habilita en este momento de su historia para enfrentarse a la relocalización de sus comunidades: se vuelven al pasado para encontrar en él las armas con qué enfrentarse a su presente.

Al margen de la supuesta o real preocupación estatal por la despoblación del campo o la pérdida de autosuficiencia alimentaria, Tepehuastitlán ha respondido abriéndose y adaptándose a los cambios operados en su medio; cruzando su ganado criollo con otro más resistente al calor; adaptándose a las condiciones de una economía de mercado y emigrando cuando otra cosa no fue posible para satisfacer sus aspiraciones. Pero no se ha rendido, ni ha desaparecido; los propietarios que se han quedado intentan nuevas actividades económicas y algunos de los emigrantes, los que no consiguen hacerse al modo de vida usual en su tierra adoptiva, vuelven periódicamente al terruño que los vio nacer a recuperar fuerzas para continuar la lucha. Y estas vicisitudes en realidad no son distintas a las que los habitantes de la ciudad deben enfrentar todos los días en su empeño por lograr hacer más habitable el lugar en que viven:

Los expertos prometen un escenario caótico para el futuro del área metropolitana: problemas de transporte, carencia de servicios y contaminación la harán invivible. Afortunadamente, la previsión es algo en que el hombre casi siempre ha fallado. Me alienta, por una parte, ver cómo esta ciudad enorme funciona; cómo sus habitantes reaccionan ante problemas y catástrofes.<sup>122</sup>

Soy consciente de que comparar las posibilidades de los habitantes de la ciudad más subsidiada de todas las ciudades de México con las de una pequeña localidad que hace apenas cuatro años fue dotada de energía eléctrica es una desmesura, pero creer que los habitantes del campo han aceptado el papel de víctimas incapaces de resolver los problemas a que se enfrentan es sólo una muestra de la suficiencia con que los ciudadanos miran a los del campo y, a fin de cuentas, una forma del menosprecio. Si nosotros creemos poder sortear las dificultades que nos han salido y nos siguen saliendo al paso, también ellos parecen ser capaces de enfrentar los retos y, lo que es más admirable, con muy pocos subsidios del exterior,<sup>123</sup> como en el caso de Tepehuastlán.

---

<sup>122</sup> Teodoro González de León, "Arquitectura y ciudad", en *Memoria de El Colegio Nacional*, 1989, México, pp. 74-75.

<sup>123</sup> Me refiero a los subsidios otorgados a sus habitantes, por ejemplo en el transporte y el agua, ya que según Armando Quintero, coordinador de la fracción perredista en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal, "contrariamente a lo que se piensa en el resto del país, el Distrito Federal desde 1991 no recibe subsidios de parte de la Federación": "Piden a la Federación absorber deuda del DF", en diario *El Metro*, núm. 158, jueves 7 de diciembre de 2000, p. 3.

## GLOSARIO

**Camagua**, la mazorca que en su proceso de maduración se encuentra en una fase intermedia entre el elote y la mazorca completamente madura y lista para desgranar. Los laxcales se preparan rebanando estas mazorcas tiernas y moliendo los granos en metate o molino; la masa resultante es muy blanca y lechosa.

**Campear** (salir a), se dice del hombre que sale al potrero a vigilar que su ganado esté completo, sano, con alimento, etc. En general, salir el propietario al *campo* a revisar el estado de sus tierras y de sus animales.

**Laxcales**, especie de panes de maíz tierno, es decir de camagua, de cinco a diez mm. de espesor aproximadamente y de forma triangular; no miden más de 10 cm de un vértice a otro. Se acostumbra comerlos con crema, requesón o leche, no como las tortillas comunes y corrientes.

**Mediero**, el que trabaja la tierra de otros a medias, es decir, a cambio de la *mitad* de la cosecha de maíz y frijol que se levante en dichas tierras. Las condiciones en que la media se pacta pueden variar de región a región.

**Nejos** (tamales), los que se preparan a base de maíz cocido en agua con la ceniza producto de la quema de la leña en el fogón, o con cal si la ceniza no es lo bastante fuerte, sin ningún otro ingrediente. Se distinguen así de los tamales con ejotes, con carne de puerco, etc.

**Pajonal**, especie de domo vegetal formado sobre los cauces de los escurrimientos por las ramas de los árboles, plantas

trepadoras, malezas y matorrales que por la humedad de la tierra en esos lugares crece de manera más libre que en las partes despejadas, formando una red intrincada de vegetación que frecuentemente impide el paso libre de las bestias y de las personas a través de ella. Por lo mismo, se vuelve refugio de culebras y otras inmundas alimañas y sabandijas.

**Varear**, golpear las vainas del frijol con una vara flexible, de longitud variable, a fin de separar de la cáscara los granos; las vainas son colocadas sobre unos costales extendidos en el suelo.

## BIBLIOHEMEROGRAFÍA

“AMATEPEC”, (1987), artículo escrito por alumnos y maestros de la ‘Escuela Primaria Estatal **20 de Noviembre**’, en Margarita Loera (coord.), *Mi pueblo: su historia y sus tradiciones*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 147-166.

ÁVILA PALAFOX, Ricardo (1988), *¿Revolución en el Estado de México?*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

AZUELA, Mariano (1993), *Avanzada*, México, Fondo de Cultura Económica, [1940], *Obras Completas*, tomo I.

BASSOLS BATALLA, Ángel (1990), “Las dimensiones regionales del México contemporáneo”, en Carlos Martínez Assad (coord.), *Balance y perspectivas de los estudios regionales en México*, México, UNAM/Miguel Angel Porrúa.

BENÍTEZ, Fernando (1975), *Viaje al centro de México*, México, Fondo de Cultura Económica.

BORAH, Woodrow (1975), *El siglo de la depresión en Nueva España*, México, SEP-SETENTAS.

BRADING, David (1982), "Otra vez la historia: alegría y explotación", en *Nexos*, núm. 53.

CÁRDENAS, Juan de (1591), *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, citado en Warman, Arturo, *La historia de un bastardo. Maíz y capitalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

COBARRUVIAS, Sebastián de (1984), *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, México, Ediciones Turner, [1611].

CONTEO DE POBLACIÓN Y VIVIENDA 1995. *Resultados definitivos tabulados básicos. Estado de México*, tomo I, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), 1995.

COSÍO VILLEGAS, Daniel, coord. (1981) *Historia General de México*, México, El Colegio de México.

CRAVIOTO, René O. (1951), "Valor nutritivo de los alimentos mexicanos", en *América Indígena*, vol. XI, núm. 4, 297-309.

DELGADO, Javier (1998) ***Ciudad-región*** y transporte en el México Central. *Un largo camino de rupturas y continuidades*, México, UNAM-Plaza y Valdés.

DIARIO *EL METRO*, edición No. 158, del jueves 7 de diciembre del año 2000.

DIARIO *REFORMA* en internet: <http://reforma.com/ciencia/articulo/032665/>

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA, *III, IV, V, VI, VII, VIII y IX Censos Nacionales de Población, México.*

*ENCICLOPEDIA INTERNACIONAL DE LAS CIENCIAS SOCIALES (1975)*, dirigida por David L. Sills, España, Aguilar.

ESPINOSA PINEDA, Gabriel (1996), *El embrujo del lago. El sistema lacustre de la Cuenca de México en la cosmovisión mexicana*, México, UNAM.

FLORESCANO, Enrique (1980), "Una historia olvidada: la sequía en México", en *Nexos*, núm. 32, pp. 9-18.

———, (1983), *Atlas histórico de México*, México, Siglo XXI.

———, [Coord. gral.] (1987), *Atlas Cultural de México*, vol. *Turismo*, México, SEP-INAH-PLANETA.

GARCÍA CUBAS, Antonio (1881), *Itinerarios generales de la república Mexicana, con expresión de las distancias en leguas y kilómetros*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León.

GARZA, Gustavo (1999), *Cincuenta años de investigación urbana y regional en México, 1940-1991*, México, El Colegio de México.

GONZÁLEZ DE LEÓN, Teodoro (1989), "Arquitectura y ciudad", en *Memoria de El Colegio Nacional*, México, pp. 70-71.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis (1991), "Terruño, microhistoria y ciencias sociales", en Pedro Pérez Herrero (comp.), *Región e historia en México (1700-1850). Métodos de análisis regional*, México, Instituto Mora-UAM, pp.23-36.

INEGI, *X y XI Censos Nacionales de Población y Vivienda*, México.

ISLAS ESCÁRCEGA, Leovigildo (1945), *Vocabulario campesino nacional*, México, edición del autor.

LEPETIT, Bernard (1995), "La larga duración en la actualidad", en Bernard Lepetit, *et al*, *Segundas Jornadas Braudelianas: Historia y Ciencias Sociales*, México, Instituto Mora.

MANSELL CARSTEN, Catherine (1995), *Las finanzas populares en México*, México, CELAM-ITAM-Edit. Milenio.

MEYER, Eugenia y Alicia Olivera de Bonfil (1972), "La historia oral. Origen, metodología, desarrollo y perspectivas", en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. 21, No. 2 (82), pp. 372-387.

MIRANDA, José (1962), "La *pax hispanica* y los desplazamientos de los pueblos indígenas", en *Cuadernos Americanos*, núm. 6, México, pp. 187-190.

MOSHINSKY, Marcos (1993) "Palabras introductorias pronunciadas en la ceremonia de ingreso del Dr. Manuel Peimbert Sierra, el 26 de mayo de 1993", en *Memoria de El Colegio Nacional*, 1993, pp. 61-63.

NOTIMEX, 26 de octubre de 2000 (internet):  
<http://t1msn.prodigy.net.mx/noticias/nacional/nacional.asp?tema=11&subtema=62093>.

PALMER, Ingrid (1976), *La alimentación y la nueva tecnología agrícola*, México, SEPSETENTAS.

ROSALES ORTEGA, Rocío [coord.] (2000), *Globalización y regiones en México*, México, UNAM/Miguel Ángel Porrúa.

SÁNCHEZ BURGOS, Guadalupe (1980), *La región fundamental de economía campesina en México*, México, Nueva Imagen.

SANTAMARÍA, Francisco J. (1988), *Diccionario general de americanismos*, Villahermosa, Gobierno del Estado de Tabasco, tomo I.

SCHENK, Frank (1990), "Jornaleros y hacendados. La distribución de la propiedad de la tierra en el suroeste del

Estado de México hacia 1900", en Manuel Miño Grijalva (comp.), *Haciendas, pueblos y comunidades*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 230-269.

SERRANO ALVAREZ, Pablo (1993), "Análisis y perspectivas de los estudios históricos regionales mexicanos", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Históricas.

——— coord. (1998), *Pasado, presente y futuro de la historiografía regional de México*, México, UNAM.

SIMÉON, Rémi (1977), *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, México, Siglo XXI, [1885], Colección América Nuestra.

SOLARES ROBLES, Laura (1999), "El bandidaje en el Estado de México durante el primer gobierno de Mariano Riva Palacio (1849-1852)", en *Secuencia*, núm. 45, pp. 27-61.

SPP (1981), *Síntesis geográfica del Estado de México*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto.

———, *Síntesis Geográfica del Estado de México* (1981), México, Secretaría de Programación y Presupuesto.

WARMAN, Arturo (1995), *La historia de un bastardo: maíz y capitalismo*, México, UNAM-FCE.

YOUNG, Frank W., Donald K. Freebairn y Reuben Sniper (1980), "El contexto estructural de la pobreza en México. Estudio comparativo interestatal", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 42, núm. 1, pp. 153-174.

ZAVALA, Silvio (1986), "Noticias de literatura utópica en España e Hispanoamérica", en *Memoria de El Colegio Nacional*, tomo XI, núm. 5.